

U. Teresa me.

LA ALEGRÍA

de darse a los demás



EDICIONES PAULINAS

MADRE TERESA

LA ALEGRÍA
DE DARSE A LOS DEMÁS

«... a Mí me lo hicisteis» (Mt 25,40)

11.^a edición

EDICIONES PAULINAS

Los derechos de este libro van íntegramente a las obras de Madre Teresa a través de la cuenta corriente: 33-2910 (*Misioneras de la Caridad*). Caja Madrid - Leganés (Madrid). La misma cuenta puede ser utilizada por cuantos deseen ofrecer su colaboración a las obras de las Misioneras de la Caridad.

No nos coge de sorpresa la impresión que podrán sacar muchos de la lectura de estas páginas. Encontrarán el libro un poco desordenado, con repeticiones, aparentemente desigual. Efectivamente, así se presenta.

Algunas repeticiones hubieran podido evitarse. El orden hubiera podido ser diferente. El tono podría haber sido más uniforme. Pregunta a los lectores exigentes: ¿hubierais preferido un libro muy ordenado, sin repeticiones, más aparentemente igual, a un libro auténtico? Porque la clave radica justamente ahí: en que algo más elaborado hubiera sido, en este caso, menos auténtico.

Es de justicia confesar que no todo lo que aparece en estas páginas bajo la firma de Madre Teresa ha sido escrito por ella para un libro. Más bien hay que decir: para un libro, no ha escrito nada.

Todo lo ha escrito, expuesto y dicho ella, pero nada en forma de ni con destino a un libro.

Lo ha escrito, expuesto y dicho a sus Hermanas, a los Colaboradores de su obra, en conversaciones privadas,

en conferencias más o menos formales, en entrevistas y ruedas de prensa.

Madre Teresa no es una escritora.

Es, más bien, una persona que vive y trabaja intensamente.

Que vive —y se desvive!— en favor de los demás.

«Demás» que son, principalmente y por decisión irrenunciable, los pobres más pobres.

Y que trabaja intensamente también (ella, a su trabajo, le llama servicio) en favor de los demás: de los pobres más pobres.

Somos otros quienes, arrastrados por la fuerza de su testimonio, tratamos de lograr que el eco de sus palabras sea mayor, sabedores de la fuerza arrolladora de sus ejemplos.

Por eso hemos recogido esas palabras más o menos ocasionales, pero íntimamente sinceras, de Madre Teresa, y les hemos querido dar forma de libro: para que sirvan de estímulo a muchos —y a nosotros mismos!— en beneficio de los pobres más pobres de Cristo.

Madre Teresa es ya una de las personas más conocidas y famosas de nuestros días.

Las televisiones y diarios más importantes del mundo entero han hablado de ella.

Los semanarios de mayor circulación han dedicado, con sus cubiertas, reportajes vibrantes a su vida y a su obra.

Existen biografías que han contribuido a difundir su conocimiento: en inglés, francés, español, italiano, alemán, portugués, sueco, húngaro, etc.

Le han sido otorgados los más famosos premios internacionales —con excepción del Nobel de la Paz para el

que, no sin méritos abundantes y reiteradamente, ha sido propuesta.

El presente libro, compilado desde el deseo de dar a conocer palabras que han sido vividas por su Autora antes de ser pronunciadas o escritas, debe gratitud a más de un colaborador.

*Los dos nombres que encabezan la lista son los de Mrs Ann Blaikie, directora de la asociación internacional «Colaboradores de Madre Teresa», y el de Georges Gorrée, que lo fue de los franceses Amis de Mère Teresa hasta su muerte.**

Son acreedores también de especial gratitud Jesús Prada y Janet Playfoot de González: el primero por haber pasado a limpio muchos de los textos que componen el libro; la señora Playfoot de González por su paciencia en transcribir de cassettes originales ingleses numerosas intervenciones de Madre Teresa.

A unos y a otros, así como a cuantos lean y promuevan la lectura de estas páginas, mi más sincera gratitud.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ-BALADO

* El abbé Georges Gorrée, incansable difusor del conocimiento de la Obra de Madre Teresa a quien muchos profesábamos amistad y debíamos gratitud, falleció de infarto el 15 de enero de 1977. Dios habrá premiado sin duda la entrega de un hombre tan generoso a las obras de bien.

Pan de vida

Hace 750 años, san Francisco de Asís compuso la siguiente oración para sí mismo y para aquellos a quienes enseñó a amar a Dios:

*Haz de mí, Señor, un instrumento de tu paz
Donde hay odio, ponga yo amor
Donde hay ofensa, ponga yo perdón
Donde hay discordia, ponga yo armonía
Donde hay error, ponga yo verdad
Donde hay duda, ponga yo fe
Donde hay desesperación, ponga yo esperanza
Donde hay oscuridad, ponga yo luz
Donde hay tristeza, ponga yo alegría*

*Ayúdame, Señor, a esforzarme más por consolar,
que por recibir consuelo
Por dar, que por recibir comprensión
Por amar, que por ser amado
Porque sólo en el olvido de sí se encuentra uno mismo
Sólo perdonando, se recibe perdón.*

Dios amó tanto al mundo que le dio a su hijo Jesús, como comienzo del Cristianismo.

Jesús se hizo igual que nosotros en todo menos en el pecado. Y nos recomendó: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado».

¿Qué hizo Jesús para amarnos?

Se convirtió en pan vivo que vosotros y yo pudiéramos comer, para vivir. ¡Se hizo tan pequeño y tan débil! Pan, nada más, para saciar nuestra hambre de Dios.

Por eso él tomó pan, que es el más sencillo de los alimentos hasta el punto de que un niño puede comerlo y comprenderlo, lo trocó en su cuerpo y dijo: «Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no podréis tener vida». Necesitó el cuerpo de Cristo para amar a su Padre, para amarse uno a otro.

Pero la bondad del amor de Cristo tenía hambre de vuestro y de mi amor. Quiso saciar su hambre de nuestro amor y se hizo hambriento, desnudo, desahuciado, para que vosotros y yo pudiéramos verlo, tocarlo, servirlo.

Por eso digo yo que mis Hermanas y Hermanos, las y los Misioneros de la Caridad, no son trabajadores sociales: son contemplativos en medio del mundo.

Sus vidas están consagradas a la Eucaristía por medio del contacto con Cristo bajo las apariencias de pan y bajo el semblante dolorido de los pobres.

Para ayudarnos a merecer el cielo, Cristo puso como condición que a la hora de nuestra muerte, vosotros y yo, quienes quiera hayamos sido y donde quiera nos hayamos movido —cristianos y no cristianos: cada ser humano que ha sido creado por la mano amorosa de Dios a su propia imagen—, cuando comparezcamos en su presencia, seremos juzgados por lo que hayamos sido para los pobres: lo que hayamos hecho por ellos.

Cristo ha dicho: *Tuve hambre y me disteis de comer.* Tenía hambre, no sólo de pan, sino del amor comprensivo de ser querido, de ser conocido, de ser alguien para alguien.

Estaba desnudo no sólo de ropas, sino desnudo de esa dignidad humana, de ese respeto, por la injusticia que se hace a los pobres a quienes se mira desde arriba sólo porque son pobres.

Desahuciado, no sólo de una casa hecha de ladrillos, sino por el desahucio de los encerrados, de los indeseados, de los no amados, de los que caminan por el mundo privados de todo cuidado.

¿Salimos nosotros al encuentro de éstos?

¿Los conocemos?

¿Tratamos de descubrirlos?

Generosidad de los pobres

Los pobres no tienen necesidad de nuestra compasión o de nuestra lástima.

Los pobres tienen necesidad de nuestra ayuda y de nuestra asistencia. Es más lo que ellos nos dan que lo que les damos nosotros a ellos.

Tengo un recuerdo de los días terribles que atravesamos cuando millones de refugiados escapaban hacia la India.

Pedí al gobierno indio que permitiese que algunas religiosas que acudieron de otras partes viniesen a ayudarnos a servir a los refugiados.

Vinieron bastantes: unas 16 ó 17, de diferentes congregaciones religiosas.

Pasaron 6 meses con nosotras, ofreciendo amor, servicio, ternura y cuidados a quienes los necesitaban.

Cuando se fueron, dijeron todas que era mucho más lo que habían recibido que lo que habían podido dar.

Hace algunos meses —como bien sabéis, nosotras trabajamos también por las noches—, salimos por Calcuta y recogimos 4 ó 5 personas por las calles.

Por su estado, las llevamos a nuestra Casa del Moribundo.

Entre ellas, había una anciana que se encontraba en situación de extrema gravedad.

Dije a las Hermanas: «Yo me ocuparé de ella».

Cuando la puse en la cama, me cogió la mano mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa maravillosa.

Pronunció una sola palabra: «Gracias», al tiempo que expiraba.

Me dio mucho más de lo que yo le di.

Me ofreció su amor agradecido.

Por un instante, me quedé mirándola y me pregunté: «¿Qué hubiera hecho yo en su lugar?»

Me respondí a mí misma: «Hubiera hecho todo lo posible por atraer la atención de los demás hacia mí. Hubiera gritado: *Tengo hambre, frío. O: Me estoy muriendo*».

Ella, en cambio, era tan grande, tan espléndida en su generosidad.

Los pobres —no me cansaré de repetirlo— son maravillosos.

Dos porciones de arroz

En Calcuta atravesamos un período de escasez de azúcar. Un niño pequeño, un niño hindú de 4 años de edad,

vino con sus padres. Trajeron un pequeño tarro de azúcar.

Al entregármelo, el pequeño dijo: «Por tres días me abstendré de tomar azúcar. Dáselo a tus niños».

Aquel pequeño amaba con un amor grande. Se privaba de algo suyo. Amaba con sacrificio.

Unas semanas antes de este viaje mío a Estados Unidos, alguien vino a nuestra casa una noche y nos dijo: «Hay una familia hindú con 8 hijos, que llevan varios días sin comer».

Cogí un poco de arroz y acudí inmediatamente en su ayuda.

Pude ver sus caritas, pude ver sus ojos relucientes por el hambre.

La madre tomó el arroz de mis manos, lo repartió en dos porciones iguales y salió inmediatamente.

Al volver le pregunté: «¿Adónde has ido? ¿Qué has hecho?»

Me contestó: «También ellos tienen hambre».

Al lado, había una familia musulmana con el mismo número de hijos. Ella sabía que llevaban días sin comer.

Aquella mujer hizo lo que hace Jesús: partir el pan. Ella partió su amor y lo compartió con sus vecinos.

No puedo describiros los rostros de aquellos pequeños. Cuando entré, sabía que estaban sufriendo. Sabía que tenían hambre.

Cuando me fui, sus ojos brillaban de alegría porque madre e hijos podían compartir su amor con los demás. Lo que más me impresionó en aquel caso fue que la mujer «sabía».

¿Conocemos nosotros a nuestros pobres?

¿Conocemos nosotros a los pobres de nuestra casa, de nuestra familia?

Quizá su hambre no sea de un trozo de pan.

Es posible que nuestros hijos, marido, mujer, no tengan hambre, no estén desnudos, desahuciados, pero ¿estáis seguros de que no hay nadie que se sienta inde-seado, privado de afecto?

¿Dónde están vuestro padre o madre ancianos? ¿Dónde están?

Visité un día una casa: una de las mejores en Inglaterra.

Nuestras Hermanas trabajan allí.

Fui a visitar a los ancianos recogidos en ella.

No recuerdo haber visto jamás cosas tan hermosas y preciosas en una casa como las que vi allí.

Sin embargo, no había una sola sonrisa en los rostros de aquellas personas.

Todos aquellos ancianos tenían las miradas vueltas hacia la puerta.

Pregunté a la Hermana encargada: «¿Por qué son así, cuál es la razón de que no se vea una sonrisa en sus rostros?»

(Yo estoy muy acostumbrada a ver la sonrisa dibujada en los rostros de la gente. Pienso que la sonrisa engendra sonrisa, de la misma manera que el amor engendra amor).

La Hermana me contestó: «Pasa igual todos los días. Están siempre a la espera de que alguien venga a visitarlos. La soledad los corroe, y un día tras otro no dejan de mirar. Nadie viene».

El abandono es una gran pobreza.

Una noche hacíamos nuestro recorrido. (Las Hermanas de Londres trabajan por las noches).

Descubrí a un adolescente, con una larga cabellera muy bien cuidada. Estaba sentado y pensativo.

Le dije: «No deberías estar aquí a esta hora. Deberías

estar con tus padres. No es lugar adecuado para ti estar sentado aquí a estas horas y en una noche tan fría». Me miró a los ojos y dijo: «Mi madre no me quiere porque tengo el pelo largo».

No había otra razón. ¡Un joven, poco más que adolescente, desechado por los suyos, por su propia madre! Reflexioné un instante: «Quizá su madre se preocupe por los hambrientos de la India, de Africa o del tercer mundo. Es posible que tenga deseos de apagar el hambre de todos menos la de su propio hijo. Ignora que esa pobreza, esa hambre existe en su misma casa. Es ella la que provoca tal hambre».

Por eso pregunto: «¿Conocemos a nuestros pobres? ¿Sabemos todo lo pobres que somos nosotros?»

Un país que destruye la vida de un niño no nacido, que ha sido creado para vivir y amar, que ha sido creado a imagen de Dios, no para que su vida sea destruida sino para que se le permita vivir frente al egoísmo de quienes temen no poder alimentar un hijo más, no poder educar a un hijo más, y por ello decide que el niño tiene que morir: ésa es una grande pobreza.

«Estaba enfermo...»

Me gusta repetir: «Los pobres son personas muy amables. Los pobres son grandes. Poseen una gran dignidad. Nos dan mucho más de lo que nosotros les damos a ellos».

Nosotras tenemos casas para moribundos en muchas partes.

Recuerdo que un día recogí por la calle a una mujer con la impresión de que se estaba muriendo de hambre.

Le ofrecí un plato de arroz.
Se quedó mirándolo un largo rato.
Traté de convencerla para que comiera.
Dijo entonces, con extremada sencillez y naturalidad:
«Yo no... No puedo creer que sea arroz. Llevo mucho tiempo sin comer».
No condenó a nadie.
No se quejó contra los ricos.
Contra nadie pronunció palabras amargas.
Simplente, no podía creer que fuera arroz.

Sí, los pobres son grandes.
Tenemos que amarlos, pero no con amor de compasión.
Tenemos que amarlos porque es Jesús quien se oculta bajo la semblanza de los pobres.
Son nuestros hermanos y hermanas. Nos pertenecen.
Los leprosos, los moribundos, los hambrientos, los desnudos: todos ellos son Jesús.
Así lo sentía una de nuestras Hermanas. (Acababa de entrar entre nosotras, una vez concluidos sus estudios universitarios).
La mañana siguiente tuvo que ir con otra Hermana más a prestar servicio en la Casa del Moribundo.
Antes de que salieran les dije: «Sabéis que tenéis que ir allí. Durante la misa —nosotras tenemos siempre la misa con comunión antes de ir a trabajar, cada mañana— pensad con qué ternura, con cuánto amor el Padre trataba el cuerpo de Cristo. Estad convencidas de que es el mismo cuerpo el que vosotras tocaréis en los pobres. Dadles el mismo amor, la misma ternura».
Las Hermanas fueron.
A las tres horas estaban de vuelta.
Una de ellas subió a mi habitación para decirme: «Ma-

dre, he estado tocando el cuerpo de Cristo durante tres horas».

Su rostro estaba resplandeciente de júbilo.
Le pregunté: «Hermana, ¿qué es lo que has hecho?»
Me explicó: «Nada más llegar, trajeron a un hombre cubierto de gusanos. Lo habían recogido en una alcantarilla. Durante tres horas he estado tocando el cuerpo de Cristo. Sé que era él».
Aquella Hermana había comprendido que Jesús no nos puede engañar.
El lo ha dicho: «Estaba enfermo y me curasteis».

Libertad de la pobreza

Nuestras Hermanas y Hermanos, para poder hacer lo que hacen, para vivir la vida que viven, se entregan al amor de Cristo con corazón indiviso en la castidad, a través de la libertad de la pobreza, de todo corazón, en obediencia y en un servicio libre y total a los pobres más pobres y a Cristo, bajo las semblanzas dolorosas de los pobres.
Para ser capaces de vivir esta vida nuestra, con nuestros cuatro votos, nosotras tenemos que amar mucho la Eucaristía.
Con él, nosotras emprendemos la marcha cada día y cuando al atardecer regresamos, tenemos una hora de adoración ante Jesús expuesto en la Eucaristía.
Os sorprenderá: nosotras no tenemos necesidad de interrumpir nuestro trabajo en favor de los pobres para esto. Las 10 ó 12 horas de servicio a los pobres que llevamos a cabo cada día no sufren interrupción por esto.
La hora de adoración es el don mayor que Dios podría hacer a una congregación.

Esto nos acerca mucho las unas a las otras, nos amamos más recíprocamente por esto y, sobre todo, pienso que amamos a los pobres con una fe y un amor más grandes y profundos.

Pedid por nosotras, para que no malogremos la obra de Dios.

Leyendo el evangelio, no puedo menos de sonreír ante los que nos dicen que estamos *viciando* a los pobres al ofrecerles nuestro servicio gratuito. (Nosotras emitimos un voto especial de servir de todo corazón a los pobres sin recibir nada por ello).

Pienso que nadie nos ha dado más que Dios, que nos lo da todo gratuitamente.

(No está mal que haya por lo menos una congregación que *vicia* a los pobres, cuando todos *vician* a los ricos).

Me llama poderosamente la atención el hecho de que antes de explicar la palabra de Dios, antes de proponer a las multitudes las ocho bienaventuranzas, Jesús tuvo compasión de ellas y les dio de comer.

Sólo después se puso a enseñarlas.

Lo que hace nuestra Señora es algo parecido: en el momento en que Jesús entró en su vida, en el preciso momento en que —por decirlo así— hizo su primera comunión, María corrió apresuradamente para servir a Isabel.

¿Y qué fue lo que hizo? Se convirtió en esclava del Señor.

También nosotros —vosotros y yo— tenemos que empezar por dar a Jesús a los demás.

Hoy la gente sufre realmente mucho, pero sobre todo tiene hambre de Dios.

Nuestro noviciado está lleno a rebosar.

¡Tendríais que ver las cartas que recibo de los jóve-

nes, incluso de vuestros hijos aquí en Estados Unidos! Sólo en estos últimos dos meses hemos acogido a más de 15 jóvenes.

Están resueltas a darlo todo, como me escribía una de ellas, procedente de una familia muy acomodada: «Lo deseo. Jesús me llama. Jesús me ha escogido. Deseo entregarme a Dios enteramente. Adonde quiera que miro, veo que lo que yo tengo lo tienen ellos también. Si me uno a ellos, no pierdo nada».

Los jóvenes aman la renuncia.

Desean experimentar la libertad de la pobreza escogida libremente.

En nuestra congregación elegimos la pobreza: queremos conocer, comprender a los pobres. Para ello tenemos que saber qué es la pobreza.

Nuestra pobreza es fruto de una opción. Por eso yo hablo de libertad de la pobreza.

Tenemos la libertad de amar a Dios, de amar a Jesús con un amor indiviso.

De amar a los pobres, también con amor indiviso.

Como dice san Juan: «Si amas a Dios, si dices que amas a Dios y no amas a tu prójimo, eres un mentiroso».

Por eso, vosotros y yo, dirijamos nuestra mirada en seguida a nuestras propias familias, puesto que el amor comienza por el hogar.

¿Comprendemos realmente la pobreza de Cristo, la pobreza de nuestros pobres, de nuestro hogar, de nuestras comunidades?

A veces, a mí me resulta difícil sonreír a mis Hermanas.

Es más fácil sonreír a los de fuera que sonreír a los nuestros.

Recuerdo, hace algún tiempo, que más de 40 profesos-

res de varias Universidades vinieron a nuestra casa. (Nuestra casa matriz se ha trocado en lugar turístico, puesto que muchos que acuden a Calcuta vienen a vernos). También aquellos 40 profesores acudieron a vernos y, en el curso de la conversación, uno en nombre de los demás pidió: «Madre, díganos algo que nos ayude a transformar nuestras vidas».

Les dije: «Sonreíos mutuamente».

Uno de ellos me preguntó: «¿Está usted casada?»

Yo le dije: «Sí. Y a veces se me hace muy difícil sonreír a Jesús, porque es muy exigente conmigo».

Estoy aquí en nombre de los pobres, de nuestros pobres.

Quiero daros las gracias, pueblo de los Estados Unidos, por el amor y la gran generosidad que habéis demostrado hacia ellos.

Desde hace muchos años, creo que desde los primeros instantes de nuestra congregación —somos una congregación todavía joven— el *Catholic Relief Service* ha canalizado vuestro amor, vuestra ayuda, vuestros sacrificios en favor de nuestros pobres.

Con profunda gratitud, en su nombre, en nombre de los inválidos y de los indeseados, en nombre de los moribundos y de los hambrientos, de los leprosos y de los alcohólicos, en nombre de todos éstos y mío, en nombre de mis Hermanas y Hermanos, os doy las gracias por el amor y la generosidad que habéis demostrado a lo largo de todos estos años.

Una cosa os pido: nunca tengáis temor de dar, pero no deis de lo que os sobra. Dad hasta que os cueste. Jesús se sintió herido al amaros a vosotros y amarme a mí.

Hay una alegría profunda en el dar, porque es mucho más lo que recibimos que lo que damos.

Lo mismo ocurre con la Eucaristía.

Nosotros recibimos a Jesús mismo en el pan, que es pan de vida. Y nos ofrece la hermosa oportunidad de devolverle lo que nos da.

Jamás volváis la espalda a los pobres, porque al volver vuestra espalda a los pobres, la volvéis a Cristo Jesús.

Cada día, después de la santa comunión, nosotras recitamos la siguiente oración, compuesta por el cardenal Newman:

Oh Jesús, ayúdame a esparcir tu fragancia donde quiera que vaya.

Inunda mi alma de tu espíritu y vida.

Penétrame y aduéñate tan por completo de mí, que toda mi vida sea una irradiación de la tuya.

Ilumina por mi medio

y de tal manera toma posesión de mí,

que cada alma con la que yo entre en contacto pueda sentir tu presencia en mi alma.

Que al verme no me vea a mí, sino a Ti en mí. Permanece en mí.

Así resplandeceré con tu mismo resplandor,

y que mi resplandor sirva de luz para los demás

Mi luz toda de Ti vendrá, Jesús:

ni el más leve rayo será mío.

Serás Tú el que iluminarás a otros por mi medio.

Sugiere-me la alabanza que más te agrada,

iluminando a otros a mi alrededor.

Que no te pregone con palabras sino con mi ejemplo con el influjo de lo que yo lleve a cabo,

con el destello visible del amor,
que mi corazón saca de Ti. Amén.

Como recuerdo del congreso eucarístico, y como don al pueblo de los Estados Unidos, el 25 de junio, en la fiesta del Sagrado Corazón, la rama contemplativa de las Misioneras de la Caridad fue ofrecida al Sagrado Corazón por el cardenal Cook, arzobispo de Nueva York. Confiamos que estas Hermanas, las *Hermanas de la Palabra*, serán capaces de vivir la palabra de Dios en adoración y contemplación y proclamarla a los pobres más pobres.

Rezad por nosotras.

Por nuestra parte, por el amor, bondad y generosidad que habéis demostrado hacia nosotras, hacia cada una de nosotras, hacia todos los pobres del mundo, os doy las gracias.

Rezaremos por vosotros.

Que podáis hacer de vuestros hogares otro Nazaret.

Que Jesús pueda venir y descansar, traer paz, amor y alegría a vuestros corazones y a vuestros hogares.

Que Dios os bendiga *.

* El texto que precede corresponde a la conferencia pronunciada por Madre Teresa, en Filadelfia, el 6 de agosto de 1976, con motivo del Congreso eucarístico internacional, en el simposio sobre *Libertad y justicia*, en el que también intervino el obispo brasileño Dom Hélder Camara y los padres Arrupe y Häring.

Jesús, María y nosotros

Esclava del Señor

Queridos Colaboradores de Cristo: creo que nuestra madre la Iglesia ha elevado a la mujer a un gran honor frente a Dios al proclamar a la *Virgen Madre de la Iglesia*.

Dios amó tanto al mundo que le dio a su Hijo. Esa fue la primera eucaristía: el don de su Hijo, cuando lo entregó a nuestra Señora, estableciendo en ella el primer altar.

María fue, a partir de tal instante, la única que pudo afirmar con total sinceridad: *Este es mi cuerpo*.

Ella ofreció su cuerpo, sus fuerzas, todo su ser para formar el cuerpo de Cristo.

En ella se posó el poder del Espíritu santo y el Verbo se hizo carne. María se le entregó por completo, porque ya se había consagrado a él: para conservar virgen su virginidad, pura su pureza y casta su castidad y ofrecerlas al único Dios viviente.

Cuando se vio anunciar por el ángel la venida de Cristo, María se limitó a formular una sola pregunta: no lograba comprender cómo podía retirar el don que había hecho de sí misma a Dios.

El ángel se lo explicó y ella comprendió al instante.

En aquel momento, sus labios pronunciaron una hermosa respuesta, que afirmó todo lo que ella era como mujer: *He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra.*

«No tienen vino...»

Nuestra Señora, la más hermosa entre todas las mujeres, la más grande, la más humilde, la más pura, la más santa, en el momento en que se sintió inundada de gracia, henchida de Jesús, corrió a toda prisa.

Pienso que es por esto por lo que Dios escogió a una mujer para demostrar su amor y compasión hacia el mundo.

Fue ella, la Mujer, la que dio muestras de su bondad compartiendo al instante lo que acababa de recibir.

Para decirlo de alguna forma: compartir la eucaristía. Sabemos bien lo que le ocurrió a san Juan: en presencia de Cristo, saltó de gozo.

Es éste nuestro don como mujeres.

Para esto hemos sido creadas: para constituir el centro y corazón de la familia.

Como dijo santa Teresita del Niño Jesús: «Quiero situarme en el corazón de la Iglesia para ofrecer amor».

Vosotras y yo hemos sido creadas con este mismo fin: para amar y para ese amor, como hizo María en todas partes y en todo momento.

También nosotras, como María, tenemos que ir en busca de nuestros hijos, lo mismo que hizo ella cuando Jesús se extravió.

Tenemos que vivir la preocupación de saber dónde están nuestros hijos.

El hogar no es hogar sin el niño.

La María auténtica la descubrimos igualmente, llena de ternura, en aquella fiesta de bodas.

La conmovía ver a los dos jóvenes esposos expuestos a la humillación de no tener vino.

Por eso dijo a Jesús: *No tienen vino.*

Creo que ésta es la maravillosa ternura de un corazón de mujer: darse cuenta del sufrimiento de los demás.

Y tratar de evitárselo, como hizo María.

¿Tenemos vosotras y yo, en nuestro corazón, esa misma ternura?

¿La secundamos?

¿Tenemos nosotras los ojos de María para descubrir las necesidades de los demás?

En nuestro propio hogar, quizá: ¿somos capaces de percibir las necesidades de nuestros padres, de nuestro marido, de nuestros hijos?

Nuestros hijos, ¿vienen a casa con nosotras, como fue Jesús a casa con María su madre?

¿Ofrecemos un hogar a nuestros hijos?

Sabemos lo que le ocurrió a María, la madre llena de ternura y de amor: jamás sintió vergüenza de proclamar a Jesús su hijo.

Todos llegaron a abandonarlo.

María permaneció a su lado.

María no se sintió humillada de que Jesús fuera azotado, de que le escupieran en la cara, de que fuera tratado como un leproso, un indeseado, despreciado, odiado por todos.

Porque él era Jesús, su hijo. Y allí afloraba la profunda ternura de su corazón de madre.

¿Sabemos nosotras permanecer junto a los nuestros en sus sufrimientos, en sus humillaciones?

Quando nuestro marido pierde su empleo, ¿qué representamos nosotras para él? ¿Nos sentimos llenas de ternura hacia él? ¿Comprendemos su angustia?

Quando nuestros hijos se ven inducidos a alejarse de nosotras y mal aconsejados, ¿sentimos esa profunda ternura que nos hace ir en su busca para atraerlos a nosotras, acogerlos con bondad en el hogar y amarlos con todas nuestras entrañas?

¿Soy yo como María para con mis Hermanas de comunidad?

¿Me percató de sus sufrimientos, de sus penas?

Si soy sacerdote: el sacerdote debe tener un corazón semejante al de María, experimentar la ternura del perdón, para ofrecer el perdón de Dios al pecador humillado que tiene frente a sí.

«El mayor don que Dios nos ha hecho...»

María no se sintió avergonzada.

Proclamó a Jesús hijo suyo.

En el Calvario, la vemos erguida.

La Madre de Dios, en pie junto a la cruz.

¿Qué fe más profunda tuvo que tener, a causa de su amor hacia el Hijo!

Permanecer en pie, viéndolo deshonrado, malquerido, objeto de desprecio y de odio por todos...

Permaneció en pie.

Como la madre posee al hijo, ella lo poseyó sabiendo que aquel que le pertenecía era al mismo tiempo su dueño absoluto.

No tuvo temor de aceptarlo como pertenencia suya.

¿Sabemos nosotras considerar como pertenencia a los nuestros cuando sufren, cuando se los desecha?

¿Reconocemos a los nuestros como nuestra familia cuando sufren?

¿Nos percatamos del hambre que tienen de Jesús en el hambre que sienten de un amor que los comprenda? Esta es la razón de la grandeza de María: su amor comprensivo.

Vosotras y yo, que somos mujeres, ¿poseemos esa cosa grande y magnífica, ese amor lleno de comprensión?

Ese es el amor que yo observo con asombro en nuestro pueblo, en nuestras pobres mujeres que día tras día descubren el sufrimiento y lo aceptan por amor de sus hijos.

He visto a muchísimos padres, a madres, carecer de tantísimas cosas — ¡muchas! —, incluso mendigando, para que sus hijos pudieran tener lo indispensable.

He visto a padres llevando cariñosamente en sus brazos a su hijo subnormal porque aquel niño era su hijo. A madres henchidas de un amor lleno de ternura hacia sus hijos.

Me acuerdo de una madre con 12 hijos: el último de ellos estaba terriblemente mutilado.

Me resulta imposible describir el aspecto que tenía aquella criatura, tanto bajo el punto de vista psíquico como físico.

Me ofrecí a acoger a aquel niño en nuestra casa, donde hay muchos otros en parecidas condiciones.

La mujer se echó a llorar.

Me dijo: «Por Dios, Madre, no me diga eso. Esta criatura es el mayor don que Dios nos ha hecho a mí y

a mi familia. Todo nuestro amor está concentrado en ella. Nuestras vidas quedarían vacías si nos la llevara». Era, de veras, un amor lleno de comprensión y ternura.

¿Tenemos nosotras, hoy día, un amor parecido?

¿Nos damos cuenta de que nuestro hijo, nuestro marido, nuestra esposa, nuestro padre, nuestra madre, nuestra hermana o hermano tienen necesidad de esa comprensión, del calor de nuestra mano?

El amor de las cosas pequeñas

Mis Hermanas trabajan también en Australia.

En la reserva, entre los aborígenes donde ellas trabajan, había un hombre muy anciano.

Ese hombre tenía... Os aseguro que no habéis tenido jamás ocasión de ver una situación tan difícil como la que atravesaba aquel pobre anciano.

Le dije: «Por favor, deje que le limpie la casa, que le lave la ropa y que le haga la cama».

Me contestó: «Estoy bien así. Déjelo».

Le dije de nuevo: «Estará todavía mejor si me lo permite».

Al final, consintió. Así, pude limpiarle la casa y lavar su ropa.

Después descubrí una hermosa lámpara, cubierta de polvo: sólo Dios sabe cuántos años habían pasado sin que la hubiera encendido.

Le dije: «¿No enciende usted esta lámpara? ¿No la usa nunca?»

Contestó: «No. Nadie viene a verme. No tengo necesidad de encenderla. ¿Para quién tendría que hacerlo?»

Le pregunté: «¿La encendería cada noche, si vinieran las Hermanas?»

Respondió: «Claro».

A partir de aquel día, las Hermanas se comprometieron a visitarlo todas las noches.

Limpiamos la lámpara.

Las Hermanas la encendían todas las noches.

Pasaron dos años. Yo ya me había olvidado por completo de él.

Me mandó este recado: «Decidle a mi amiga que la luz que prendió en mi vida sigue resplandeciendo todavía».

Pensé que era una cosa bien pequeña.

A menudo, descuidamos estas pequeñas cosas.

Hambre de Dios

Tiempo atrás, las Hermanas tropezaron con una persona en circunstancias realmente penosas.

Era una de esas personas encerradas en sí mismas, sin contacto con la sociedad que las rodea.

Ocurrió en Roma, donde las Hermanas están trabajando.

Creo que las Hermanas no habían descubierto nada parecido.

Le lavaron las ropas, limpiaron su habitación, le prepararon un poco de agua caliente: lo dejaron todo ordenado y limpio. Hasta le dejaron preparada un poco de comida.

A todo esto, él permanecía mudo. No fue capaz de pronunciar una sola palabra.

Las Hermanas tomaron la decisión de acudir a su casa dos veces al día.

A los pocos días, aquel hombre rompió su mutismo para decir: «Hermanas, vosotras habéis traído a Dios a mi vida. Traedme también a un padre».

Las Hermanas acudieron a un sacerdote.

Aquel hombre se confesó, después de 60 años.

Al día siguiente, murió.

Esto es algo hermoso.

La ternura de las jóvenes Hermanas llevó a Dios a la vida de aquel hombre que a lo largo de tantos años había permanecido olvidado de lo que es el amor de Dios, el amor de uno hacia otro, de lo que significa sentirse amados.

Lo había olvidado, porque su corazón se había cerrado a todo.

El trabajo humilde, sencillo, lleno de ternura de las jóvenes Hermanas fue el vehículo de que se sirvió Dios para penetrar en la vida de aquel pobre hombre.

Pero lo que más me impresionó fue la grandeza y dignidad de la vocación sacerdotal: aquel pobre hombre tuvo necesidad del sacerdote para entrar en contacto con Dios.

Creo que es esto lo que podemos aprender de nuestra Señora: su ternura.

Todos, vosotros y yo, tenemos que hacer uso de lo que Dios nos ha dado, de aquello para lo cual nos ha creado Dios.

Porque Dios nos ha creado para cosas más grandes: para amar y para ofrecer amor, para que experimentemos una profunda ternura hacia los demás, como la tuvo él. Y para que sepamos ofrecer a Jesús a los demás.

La gente no tiene hambre de nosotros.

La gente tiene hambre de Dios.

Tiene hambre de Jesús, de la eucaristía.

Recientemente [1976], por invitación del presidente de México, hemos abierto una casa en aquel país.

Nuestras Hermanas, como se acostumbra dentro de la congregación, dan vueltas y más vueltas, buscando a todos, viendo a todos, caminando sin tregua hasta que las piernas ya no resisten más, tratando de descubrir cuál es la situación peor, dónde está la necesidad más grande con el fin de empezar por allí.

En México la pobreza era muy grande en todas partes. Todas las zonas que visitaron, en los suburbios de la ciudad, se les presentaron como inmensamente pobres. Pero, con gran sorpresa de las Hermanas, nadie les pidió ropas ni medicinas ni alimentos: nada. Sólo: «Enseñennos la palabra de Dios».

Quedé muy sorprendida.

Aquellas gentes tienen hambre de Dios: «Enseñennos la palabra de Dios».

La cosa me parece muy posible.

No conocían a las Hermanas. No las habían visto jamás. Pero lo pensaron viendo que las Hermanas llevaban en la mano el rosario.

Cuando vamos por las calles, en cualquier parte del mundo que sea (como en el Yemen, adonde fuimos después de ochocientos años), las Hermanas caminan por las calles con la corona del rosario en la mano.

La Virgen es nuestra fuerza y nuestra protección.

Os puedo asegurar que a lo largo de todos estos años, las Hermanas jóvenes han venido penetrando en los lugares más difíciles sin que nadie hasta hoy las haya tocado.

Incluso aquí en Nueva York, a pesar de que dicen que estamos en la zona más difícil de la ciudad desde hace ya cinco años, puedo aseguráros con total sinceridad que

las Hermanas jamás han tenido que escuchar una palabra descortés.

Jamás ha tenido lugar, a su paso, comentario alguno sarcástico.

Nadie, jamás, les ha puesto las manos encima o les ha hecho el menor daño.

Siempre el mayor respeto y dignidad han acompañado el paso de las Hermanas, a pesar de que ellas entran en lugares cerrados, en casas en ruinas, inadecuadas para vivir en ellas.

Entran en lugares donde otros no pueden entrar fácilmente.

La Virgen nos protege siempre.

Ella es la causa de nuestra alegría y nosotras tratamos de ser causa de alegría para ella.

Así unidas, siguiendo su ejemplo, invocando su protección, manteniéndonos unidas a ella, podemos movernos a través de los lugares más difíciles sin miedo alguno porque Jesús está con nosotras y jamás nos abandonará.

Jesús es nuestro amor, nuestra fuerza, nuestra fuente de bondad.

Dios ha creado a la mujer para esto.

No, quizá, para que hiciera cosas grandes, pero sí al menos cosas pequeñas con un amor grande.

Y yo creo que ese gran amor ha de empezar por el hogar, desde nuestro corazón: en mi familia, por mi vecino de puerta, por mi vecino de calle. Y extenderse luego a todos.

Porque sólo así seremos capaces de esparcir el significado de la Eucaristía.

El significado de la Eucaristía es el amor comprensivo.

Cristo comprendió. El comprendió que nosotros tenemos un hambre terrible de Dios.

El comprendió que hemos sido creados para amar.

Por eso se convirtió en pan de vida. Y dijo: «Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no podréis vivir. No podréis amar. No podréis servir».

Tenemos que comerle. La bondad del amor de Cristo es su amor comprensivo.

Cristo quiere ofrecernos los medios.

Quiere ofrecernos la posibilidad de poner en acción nuestro amor hacia él.

El se hace hambriento, no sólo de pan sino de amor. El se hace desnudo, no sólo de una pieza de ropa, sino de amor comprensivo, de dignidad humana.

El se hace desahuciado, no sólo de un trozo de habitación sino del amor sincero y profundo de unos hacia otros.

Esto es la Eucaristía.

Esto es Jesús: el pan vivo que ha venido a partirse con vosotros y conmigo.

Recemos ahora la oración para irradiar a Cristo:

Oh Jesús, ayúdame a esparcir tu fragancia donde quiera que vaya.

Inunda mi alma de tu espíritu y vida.

Penétrame y aduéñate tan por completo de mí, que toda mi vida sea una irradiación de la tuya.

Ilumina por mi medio

y de tal manera toma posesión de mí

que cada alma con la que yo entre en contacto pueda sentir tu presencia en mi alma.

Que al verme no me vea a mí, sino a Ti en mí.

Permanece en mí.

*Así resplandeceré con tu mismo resplandor,
y que mi resplandor sirva de luz para los demás.*

*Mi luz toda de Ti vendrá, Jesús:
ni el más leve rayo será mío.*

Serás Tú el que iluminarás a otros por mi medio.

*Sugíereme la alabanza que más te agrada,
iluminando a otros a mi alrededor.*

*Que no te pregone con palabras sino con mi ejemplo,
con el influjo de lo que yo lleve a cabo,
con el destello visible del amor
que mi corazón saca de Ti. Amén.*

Pienso que el mayor amor y honra que podemos demostrar a nuestra Señora, lo mismo que la gratitud profunda por ser nuestra Madre, puede consistir, a este punto, en que nos pongamos en pie y recemos el *Angelus*:

MADRE TERESA: *El ángel del Señor anunció a María.*

PÚBLICO: *Y concibió por obra del Espíritu santo.*

MADRE TERESA: Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

PÚBLICO: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

MADRE TERESA: *He aquí la esclava del Señor.*

PÚBLICO: *Hágase en mí según tu palabra.*

MADRE TERESA: Dios te salve, María...

PÚBLICO: Santa María...

MADRE TERESA: *Y el Verbo se hizo carne.*

PÚBLICO: *Y habitó entre nosotros.*

MADRE TERESA: Dios te salve, María...

PÚBLICO: Santa María...

MADRE TERESA: Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.

PÚBLICO: Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo.

MADRE TERESA: Oremos: Infunde en nosotros, Señor, tu gracia, para que cuantos hemos creído en la encarnación de tu Hijo por el anuncio del ángel, seamos conducidos a la resurrección por los méritos de su pasión y de su cruz. Por Cristo nuestro Señor.

PÚBLICO: Amén *.

* Intervención de Madre Teresa sobre el tema *La mujer y la eucaristía*, en una serie de conferencias con motivo del 41.º Congreso Eucarístico Internacional (Filadelfia, USA, 7 de agosto de 1976). Sobre el mismo tema intervinieron también Dorothy Day, Rosemary Goldie y Eileen Egan.

LA CRUZ DE LOS POBRES

Los pobres son Cristo

Haznos dignos, Señor, de servir a nuestros hermanos hombres, esparcidos por todo el mundo, que viven y mueren en la pobreza y el hambre.

Dales a todos, a través de nuestras manos, su pan de cada día, y a través de nuestro amor comprensivo, dales paz y alegría.

Jesús dijo a los jóvenes de su tiempo: *Si queréis ser mis discípulos, tomad la cruz y seguidme.*

Antes de tomar su cruz, sabía que nosotros teníamos necesidad de él, que no seríamos capaces de seguirle, de enfrentarnos con nuestras cruces.

Jesús se convirtió en pan de vida y nos dijo que a menos que comiésemos su carne y bebiésemos su sangre, no podríamos tener vida, no podríamos seguirle. No podríamos ser sus discípulos.

Hoy, a pesar de que él ya no necesita tomar su cruz y caminar hacia el Calvario y emprender su *viacrucis*, hoy —en vosotros, en mí, en los jóvenes del mundo— él sigue soportando, viviendo y reviviendo su pasión. El niño pequeño, el niño lleno de hambre, que come su trocito de pan miga a miga por temor de que el

pan se le acabe antes de saciar su hambre: ésa es la primera estación del *viacrucis*.

¿Soy capaz yo de verlos?

A menudo miramos, pero no vemos.

Todos nosotros tenemos que cargar con nuestra cruz, todos tenemos que acompañar a Jesús en su subida al Calvario, si queremos alcanzar la cumbre con él.

Pienso que es por esto por lo que Jesús, antes de su muerte, entregó su cuerpo, nos dio su sangre para que pudiéramos vivir, para que tuviéramos fuerza, para que tuviéramos vida y fuéramos capaces de arrastrar nuestra cruz y seguirle paso a paso.

En nuestro *viacrucis* vemos a Jesús, pobre y hambriento, soportando sus caídas.

¿Estamos allí para ofrecerle ayuda?

¿Estamos allí con nuestro sacrificio, con nuestro pedazo de pan, de pan verdadero?

Hay millares de personas que mueren por un pedazo de pan.

Hay millares y millares de seres humanos que mueren por un poquito de amor, por un poquito de reconocimiento.

Esta es una estación de la cruz: Jesús presente en los que tienen hambre y sucumbiendo bajo el peso de la cruz.

En la cuarta estación del *viacrucis*, Jesús se encuentra con su Madre.

¿Somos nosotros madres para los que sufren?

Madres llenas de amor, de comprensión.

¿Estamos allí con nuestra capacidad de ofrecer comprensión a los jóvenes cuando sucumben, cuando están solos, cuando se sienten desechados? ¿Estamos allí?

Simón de Cirene cargó con la cruz y se puso a seguir a Jesús, ayudándole a llevar su cruz.

Es lo que vosotros, jóvenes, habéis hecho a lo largo del presente año como símbolo de vuestro amor: los miles y miles de cosas que habéis ofrecido a Jesús en los pobres.

Habéis sido auténticos Cireneos cada vez que habéis llevado a cabo una de tales acciones y gestos.

La Verónica...

¿Somos nosotros como Verónica con respecto a los pobres?

¿Hacia los que viven postrados en su soledad, hacia los que se sienten desechados?

¿Estamos allí para enjugar su dolor?

¿Estamos allí para compartir sus sufrimientos?

¿Estamos allí o somos más bien como el orgulloso que pasa al lado, lanza una mirada y sigue su camino?

Jesús cae de nuevo.

¿Cuántas veces hemos recogido por las calles a seres humanos que habían vivido como animales y anhelaban morir como ángeles!

¿Estamos nosotros allí para ayudarlos a levantarse?

Aquí en vuestro país, ¿sois capaces de ver a las gentes tomando el sol en los parques, que se sienten solas, indeseadas, desatendidas, sumidas en la tristeza?

Es Jesús quien tiene necesidad de que vuestra mano enjугue su rostro.

¿Estáis allí para hacerlo o pasáis de largo?

Jesús cayó de nuevo, una vez más, por vosotros y por mí.

Fue despojado de sus vestidos.

Hoy, seres pequeñitos quedan privados de amor antes mismo de nacer.

Tienen que morir porque no queremos un niño más. Ese niño ha de quedar desnudo, porque nosotros no lo queremos: Jesús cargó con ese sufrimiento indecible. Ese niño no nacido carga con un sufrimiento tan terrible porque no se le ofrece otra posibilidad.

Pero yo tengo la posibilidad de desearlo, de amarlo, de hacerme cargo de él.

Es mi hermano, mi hermana.

Jesús es crucificado.

¿Cuántos seres humanos disminuidos, retrasados mentales, incluso en edad infantil, llenan los hospitales!

¿Cuántos hay, así, en nuestros propios hogares!

¿Los visitamos alguna vez?

¿Acudimos alguna vez para compartir con ellos su hora de crucifixión?

¿Tenemos conocimiento de este hecho?

Jesús nos dijo: «Si queréis ser mis discípulos, tomad mi cruz y seguidme».

Quiso decir que cargáramos con la cruz y le diéramos de comer en los que tienen hambre; le vistiéramos en los que están desnudos y le diéramos alojamiento en nuestro hogar, tratándole como hermano.

Empecemos nuestro viacrucis con ánimo y con alegría, porque a través de la santa comunión tenemos a Jesús con nosotros.

Tenemos a Jesús, pan de vida, que nos da vida, fuerza. Su alegría es nuestra fuerza y su pasión es también nuestro vigor.

Sin él, no podemos hacer nada.

Vosotros, jóvenes, llenos de amor, llenos de fuerza, no desperdiciéis vuestras energías en cosas inútiles.

Mirad y ved.

Mirad y ved a vuestro hermano y hermana, no sólo aquí en los Estados Unidos, no sólo en vuestra ciudad y en vuestra zona.

Mirad y ved.

Por todas partes hay seres humanos que pasan hambre y tienden hacia vosotros su mirada.

Hay seres humanos desnudos que os miran.

Hay personas desahuciadas que tienden hacia vosotros sus miradas.

No volváis vuestras espaldas a los pobres: porque los pobres son Cristo*.

QUE ES SER «COLABORADOR»

Unidos a Jesús para dar fruto

Tengo la esperanza de que todos crezcamos en el amor de unos hacia otros como Cristo nos ama.

Lo que deseo de manera especial es que profundicemos en nuestra misión, en nuestra vida y oración.

La nuestra es una misión de amor y de bondad, especialmente hoy en que los hombres están tan hambrientos de Dios.

No me interesa más que una cosa: que todos seamos colaboradores de Jesús.

Lo sabéis bien: la Misionera de la Caridad es una mensajera del amor de Dios. Confío que con el tiempo cada colaborador se transforme también en mensajero del amor de Dios. Pero para conseguir esto, hemos de profundizar en nuestra vida de amor, de oración y de sacrificio.

Es muy difícil, si no más bien imposible, dar a Jesús a los demás si ya no lo tenemos en nuestros corazones.

Si de veras queremos ser colaboradores de Cristo, tenemos que aceptar a Jesús, tenemos que aceptar su amor

* Meditación de Madre Teresa en el viacrucis de los jóvenes, con motivo del congreso eucarístico internacional (Filadelfia, 5.08.1976).

y su compasión, y sentir solicitud, como la sintió María, por dar Jesús a los demás.

Tenemos que ser portadores de paz, de amor y de compasión para el mundo de hoy.

Para hacerlo, no tenemos necesidad de cañones ni de bombas. Tenemos sólo necesidad de un amor profundo, de una profunda unión con Cristo para poderlo dar a los demás. La compasión y el amor tienen que crecer en nuestro interior a partir de nuestra unión con Cristo.

El colaborador es la vida de Cristo que brilla en el mundo de hoy. Pero antes de que podamos vivir esa vida fuera, tenemos que vivirla en nuestros propios hogares.

Existen muchos sufrimientos en el mundo de hoy y yo siento que lo más de estos sufrimientos proviene de la familia porque cada día existe menos unidad en la familia, menos oración y menos unidad compartida. Y de estar menos juntos unos con otros.

En cuanto colaboradores, se os ofrece una maravillosa oportunidad y una gran misión de vivir esa vida de paz y de unidad y, mediante esto, de proclamar ante el mundo que Cristo está vivo.

Bien lo sabéis: los colaboradores están esparcidos por todo el mundo.

Algunos son conocidos, otros no.

Yo no quiero que los colaboradores se transformen en una organización más, un grupo de beneficencia ocupado en la recaudación de fondos.

El colaborador es una persona con una misión: una misión de amor que viene sólo de la unión con Dios. Y

de esa unión brota el amor por la familia, el amor al prójimo y el amor a los pobres como fruto natural.

Nuestra unión eucarística con Cristo tiene que producir este fruto porque Jesús dijo: *Yo soy la vid y vosotros los sarmientos.*

El fruto se da en el sarmiento, no en la vid. De ahí la gran responsabilidad vuestra y mía siendo así que el fruto depende de la unión del sarmiento con la vid. Quisiera que el capítulo 15 del evangelio de san Juan se transformara en nuestra vida.

La congregación de las Misioneras de la Caridad es el sarmiento y los colaboradores todos son pequeños sarmientos unidos a Jesús, que es la vid.

Me parece que ésta es la figura más expresiva de lo que cada uno de nosotros deberíamos ser en el mundo.

Para ser capaces de llevar este amor y compasión a aquellos que tienen necesidad de nosotros, tenemos necesidad de oración y de sacrificio.

Para que nuestro servicio a los pobres no deje de ser realmente un servicio a los pobres ha de mantenerse sobre una base de sacrificio.

¡Abundan tanto los sufrimientos en el mundo de hoy! Sufrimientos debidos a hambre, a desalojo, a toda clase de enfermedades.

Pero yo estoy convencida de que el mayor de los sufrimientos es sentirse solos, sentirse indeseados, privados de afecto: consiste en no tener a nadie, haber llegado a olvidar qué es el contacto humano, el amor humano, qué significa ser queridos, ser amados, tener una familia.

Profundicemos por ello en nuestro amor a Jesús, profundicemos en nuestro conocimiento de Dios y este conocimiento nos llevará a amarlo y el amor nos llevará a servirlo.

Ofrezcamos todo este trabajo para la gloria de Dios. Que todos seamos instrumentos de paz, de amor y de compasión*.

* Tomado del órgano *The Co-worker Newsletter* (Minneapolis, USA) correspondiente a primavera de 1971 (pág 1).

El cristianismo es entrega

Estando aquí reunidos y pues hemos sido creados para algo muy importante —amar y ser amados—, recemos la oración del cardenal Newman, que expresa de forma muy elocuente lo que tanto ustedes como yo deberíamos tratar de ser:

Oh Jesús, ayúdame a esparcir doquiera tu fragancia. Inunda mi alma de tu espíritu y vida.

Penetra y aduénate totalmente de mi ser de modo tal que mi vida no sea otra cosa sino irradiación de la tuya.

Irradía tu esplendor a mi través, y aduénate en tal manera de mí que cada alma con la que entre en contacto advierta tu presencia en mi alma: que al mirarme no me vean ya más a mí sino a ti sólo, Jesús. Permanece en mí y empezaré a resplandecer como resplandeces tú y podré ser luz para otros.

La luz, oh Jesús, será toda para ti, sin que ni siquiera un rayo sea para mí.

Serás tú quien a mi través ofrecerá resplandor a los demás.

Enséñame a darte gloria en la manera que tú prefieres ofreciendo luz a cuantos me rodean.

Que te pregone sin necesidad de palabras: con el

ejemplo y con la fuerza cautivante del influjo de lo que yo realice, con el desbordante amor que mi corazón te profese.

Amén.

Al preguntársele *¿Qué es el cristianismo?*, ésta fue la respuesta que dio un caballero hindú: *El cristianismo es entrega.*

De tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo.

Se lo dio a María, para que fuese su madre. Y se hizo persona: justamente como ustedes y como yo, excepto en el pecado.

Y nos demostró su amor haciéndonos entrega de su vida, de todo su ser.

Siendo rico se hizo pobre: por ustedes y por mí.

Se dio enteramente.

Murió en la cruz.

Pero antes de morir se hizo pan de vida: para saciar nuestra hambre de amor por él.

Dijo: *Si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no tendréis vida eterna.*

La grandeza de este su amor le hizo sentirse hambriento.

Y dijo: *Tuve hambre y me disteis de comer. Si no me dais de comer no podréis entrar en la vida eterna.*

Tal es el don de Cristo.

Dios sigue amando al mundo en nuestros días.

Sigue mandándoles a ustedes y a mí para demostrar que sigue amando al mundo y que no ha dejado de sentir misericordia de él.

Somos nosotros quienes tenemos que ser hoy su amor y su misericordia para con el mundo.

Pero para ser capaces de amar hemos de tener fe, porque la fe es amor en acción y el amor en acción es servicio.

Por esto Jesús se hizo pan de vida: para que podamos comer y vivir, y verle bajo el rostro de los pobres. Para que seamos capaces de amar tenemos que ver y tocar: por eso leemos en el evangelio que Jesús hizo de los pobres la esperanza de salvación para ustedes y para mí.

En efecto, Jesús dijo: *Lo que hicisteis al último de mis hermanos, a mí me lo hicisteis.*

Por eso es tan hermoso el trabajo de las Misioneras de la Caridad.

Nosotras no somos activistas sociales sino contemplativas insertas en el corazón mismo del mundo de hoy al tomar al pie de la letra a Jesús que dice: *Tuve hambre, estaba desnudo, sin hogar, y me disteis de comer, me vestisteis, me ofrecisteis alojamiento...*

De esta manera, estamos en contacto con él durante 24 horas al día y por ello esa contemplación, ese tocar a Cristo en los pobres es tan hermoso, tan real y tan lleno de amor.

Nuestros pobres no necesitan compasión o condescendencia: lo que necesitan es amor y ayuda.

Pero tenemos que ser conscientes de que los pobres son dignos de amor, de que son grandes: esto nos llevará a amarlos y servirles.

¿Conocemos a nuestros pobres aquí y ahora?

Quizá haya pobres dentro de nuestra familia: no nos olvidemos de que el amor empieza en el hogar.

¿Los conocemos?

¿Conocemos a los que viven solos?

¿A los que son indeseados?

¿A los olvidados?

Un día recogí entre los escombros a una mujer que ardía de fiebre.

Estaba en las últimas y no cesaba de repetir: *¡Mi hijo es quien lo ha hecho!*

La tomé en brazos y la llevé a casa, hasta el convento. Durante el recorrido traté de inducirla a que perdonase a su hijo.

Tardé un buen rato en poderle escuchar: *Sí, le perdono.*

Estaba ya a punto de expirar cuando lo dijo con sentimiento auténtico de perdón.

No se percataba de que se estaba muriendo, de que ardía de fiebre, de que sufría horrores.

Lo que le partía el corazón era el desamor de su propio hijo.

San Juan dice: *¿Cómo puedes decir que amas a Dios a quien no ves si no amas al prójimo que ves?*

El propio san Juan emplea una expresión fuerte y dice: *Eres un mentiroso si dices que amas a Dios y no amas a tu prójimo.*

Creo que es algo que todos tenemos que comprender: que el amor empieza por el hogar.

Nos damos cuenta cada vez más en nuestros días que los sufrimientos del mundo tienen su origen en la familia.

Ya no tenemos tiempo para mirarnos en las caras, para intercambiarnos un saludo, para compartir un momento de alegría, y menos todavía para ser lo que nuestros hijos esperan de nosotros, lo que el marido espera de la mujer y la mujer espera del marido.

Y así, cada día somos menos de nuestros propios hogares y se reducen cada vez más nuestros contactos mutuos.

Un recuerdo personal: hace algún tiempo llegó un grupo numeroso de profesores de los Estados Unidos.

Me pidieron: *Díganos algo que nos pueda ser útil.*

Les dije: *Sonríanse unos a otros.*

Creo que debí decirlo con excesiva seriedad. Uno de ellos me preguntó: *¿Está usted casada?*

Le contesté: *Sí, y a veces encuentro difícil sonreír a Jesús porque llega a ser exigente por demás.*

Creo que ahí es donde empieza el amor: en el hogar.

¿Dónde están hoy nuestros ancianos?

Generalmente, en los asilos.

¿Dónde está el hijo no nacido? ¿Dónde?

¡Muerto!

¿Por qué?

Porque no lo queremos.

Veo una grande, inmensa pobreza en el hecho de que en occidente, aquí mismo en este país, un niño tenga que morir porque nos asusta alimentar una boca más, educar a un hijo más.

Y ese niño tiene que morir antes de ver la luz.

¿No es eso una gran pobreza?

El temor de tener que alimentar a un anciano más en la familia significa que esa persona tiene que alejarse.

Un día, no obstante, habremos de encontrarnos con el Señor del mundo.

¿Cuál será la respuesta?

¿Qué le diremos sobre ese niño, sobre ese padre o madre ancianos, puesto que son criaturas suyas, hijos de Dios?

Dios ha empeñado todo su amor en la creación de esa vida humana y ésta es la razón por qué no tenemos derecho a destruirla, especialmente nosotros que sabemos que Cristo ha muerto por la salvación de esa vida. Cristo ha muerto y lo ha dado todo por ese niño. Si somos realmente cristianos, también para nosotros, lo mismo que para el caballero hindú, el «cristianismo es entrega».

Tenemos que dar hasta sentir daño.

El amor, para que sea auténtico, tiene que costar.

A Jesús le costó amarnos.

Hasta a Dios le costó amar, porque tuvo que dar: nos dio a su Hijo.

Estamos hoy aquí reunidos (nada les puedo dar, porque nada tengo), pero lo que deseo de ustedes es que cuando miremos juntos y descubramos a los pobres en nuestra familia, empecemos por dar amor en nuestro hogar hasta sentir daño.

Que tengamos una sonrisa pronta.

Que tengamos tiempo para dedicarlo a los nuestros.

Si conocemos a los nuestros, sabremos distinguir quién es nuestro vecino de enfrente.

¿Conocemos a los que nos rodean?

¡Hay tantos que están tan solos!

Hace unos días iba yo calle abajo.

Un hombre se dirigió a mí para preguntarme: *¿Es usted Madre Teresa?*

Sí, contesté.

Me pidió: *Mande a alguna de sus Hermanas a nuestra casa. Yo estoy medio ciego y mi mujer se encuentra al borde de la demencia. Suspiramos por escuchar el*

eco de una voz humana. Es lo único que echamos en falta.

Cuando mandé a las Hermanas, se dieron cuenta de que era verdad.

No le faltaba nada a aquel matrimonio. Pero estaban sofocados por la angustia de no tener a ningún pariente cerca.

Se sentían indeseados, inútiles, de ningún provecho: condenados a morir en soledad extrema...

Esto es lo que hiere a veces el corazón de Cristo.

Porque él amó hasta el sufrimiento.

Pero ¿cómo vamos a poder amar nosotros a los pobres si no empezamos por amar a los miembros de nuestra propia familia?

El amor —no me cansaré nunca de repetirlo— *empieza por el hogar.*

Mis Hermanas están muy ocupadas con los pobres más pobres, con los imposibilitados, los ciegos, los subnormales.

Tenemos casas para enfermos graves y moribundos.

Estamos a punto de celebrar el 25 aniversario de nuestra *Casa del Moribundo*, en Calcuta.

A lo largo de estos 25 años hemos recogido a más de 36 000 enfermos graves por las calles, unos 16 000 de los cuales han muerto entre nosotras.

He pensado que la forma más adecuada para conmemorar este hecho es fijándolo el 1 de noviembre, festividad de *Todos los Santos*.

Estoy más que segura de que todas estas personas que han muerto con nosotras están en el cielo. De que son santos auténticos. De que se encuentran ya en la presencia de Dios.

Puede ser que no fueran amados en la tierra, pero son hijos predilectos de Dios.

Quiero por eso rezar y dar gracias a Dios por todas las cosas hermosas que mis Hermanas han hecho en la *Casa del Moribundo*.

Aunque esta casa hace parte del templo de la diosa Kalí (diosa del terror), lo que allí reina sobre todo es la alegría de ayudar a los enfermos a morir en paz con Dios.

Les llenaría de sorpresa si pudiesen ver con qué serenidad mueren.

Las Hermanas recogieron un día a un hombre por la calle, medio roído ya por los gusanos.

Dijo: *He vivido en la calle como un animal, pero voy a morir como un ángel, rodeado de amor y de cuidados.*

Murió de veras como un ángel, con una muerte muy serena.

Hace algunas noches, otras Hermanas y yo hicimos un recorrido y recogimos a cuatro personas por la calle.

Una de ellas se encontraba en condiciones extremas.

Dije a las Hermanas que yo me ocuparía de ella: que ellas se hiciesen cargo de las otras tres.

Tras hacer por ella todo lo que el amor me sugirió, la acomodé en una cama.

Me cogió la mano y jamás he visto dibujarse en rostro humano alguno una sonrisa tan hermosa y delicada.

Murmuró una simple palabra: *Gracias*. Y cerró los ojos.

Todavía en su presencia, no pude por menos de examinar mi conciencia y preguntarme: *¿Qué hubiera hecho yo, de haber estado en su lugar?*

Me respondí a mí misma con sinceridad.

Hubiera tratado de concentrar sobre mí la atención de los demás.

Hubiera gritado: *Me estoy muriendo de hambre y de frío.*

Ella, en cambio, me hizo entrega de su bondadosa comprensión.

Es por esto por lo que estoy muy convencida cuando afirmo que los pobres son maravillosos.

Una noche, un señor vino a nuestra casa y nos dijo: *Hay una familia hindú con 8 hijos que llevan varios días sin probar bocado.*

Cogí arroz suficiente para una buena cena y fui a verlos. Me llené de sorpresa viendo a la madre tomar el arroz, dividirlo en dos porciones y salir con una de ellas.

En los rostros de los niños se podía leer toda su hambre. Cuando la madre volvió, le pregunté: *¿Adónde has ido?*

¿Qué has hecho?

Contestó: *También ellos tienen hambre.*

Aquella madre *sabía* que la familia de al lado también llevaba varios días sin comer.

Eso fue lo que me conmovió: que ella *sabía*.

¿Conocemos nosotros a nuestros pobres?

¿Sabemos que nuestros vecinos tienen necesidad de nuestro amor?

¿Sabemos que nuestro prójimo puede tener necesidad de nuestros cuidados?

Esta es la grandeza de nuestra gente.

Aquella noche yo no llevé más arroz porque quise que se quedasen con la alegría de compartir y de dar.

Había una paz y alegría muy serenas dibujadas en los rostros de cada uno de los componentes de aquella familia.

Aunque cada uno no tuvo mucho más que un par de cucharadas de arroz, había en todos la alegría de compartir y de dar.

Tiempo atrás, atravesamos en Calcuta un período en que se hizo sentir la escasez de azúcar.

No sé cómo, se esparció el rumor de que Madre Teresa no tenía azúcar para sus huerfanitos.

Hubo un niño que dijo a sus padres: *Durante tres días no comeré azúcar: lo que aborre, quiero darlo a Madre Teresa.*

De esta manera sus padres, que jamás habían estado en nuestra casa, trajeron al niño con un bote de azúcar. Me dijo: *Tenga esto para sus huérfanos. He decidido estar tres días sin probar azúcar.*

Con sus 4 años de edad, apenas si podía hablar, pero aquel niño tan pequeño tenía un gran amor: amaba con sacrificio.

Nosotros —que conocemos a Jesús, que amamos a Jesús, que nos consagramos incluso a él— tenemos que amar como Jesús ha amado.

Por esto ha establecido el pan de vida: para que podamos amar como él nos ha amado.

El sigue repitiendo: *Como me ha amado mi Padre.* ¿Cómo es que lo ha amado su Padre?

Entregándonoslo.

Yo os he amado...

¿Cómo nos ha amado?

Entregándose a nosotros.

Esa es la forma como nos hemos de amar los unos a los otros: dándonos mutuamente, dándonos hasta sentir dolor.

No quiero que me deis las sobras. Quiero que me deis con privación.

Con mis Hermanas, hemos escogido conscientemente ser pobres, dependiendo exclusivamente de la divina providencia.

Tendría para contarles por un día y una noche enteros los miles de pruebas de la amorosa providencia y paternidad de Dios para con nosotras.

Tenemos que hacer con millares de personas y jamás se ha presentado una ocasión en que hayamos tenido que decir a nadie: *Lo sentimos, pero nos hemos quedado en blanco.*

En Calcuta nos hacemos cargo diariamente de unas 7 000 personas.

Si un día no cocinamos, no pueden comer.

Recuerdo a una Hermana que vino a decirme: *Madre, no hay arroz para viernes y sábado. Deberíamos decirselo a la gente.*

Me sentí sorprendida, porque a lo largo de 25 años jamás había tenido que escuchar nada semejante.

El viernes por la mañana, a eso de las nueve, llegó un camión cargado con millares de barritas de pan.

Nadie en Calcuta supo por qué el gobierno había cerrado las escuelas, pero el hecho se produjo y todo el pan nos fue traído: durante dos días, nuestros atendidos pudieron comer pan a saciedad.

Yo adiviné por qué Dios había cerrado las escuelas: quería que nuestros atendidos supiesen que ellos eran más importantes que la hierba, los pájaros y las flores del campo; que ellos eran sus predilectos.

Aquellos millares de personas debían tener una prueba de que él los amaba, de que se preocupaba por ellos.

Aquello era una reiterada prueba de la ternura de Dios hacia sus hijos.

Para poder llevar a cabo su tarea, cada Hermana consagra su vida a la Eucaristía y a la oración.

Les sorprenderá escuchar que nosotras tenemos centenares de vocaciones jóvenes y generosas.

Para solicitar su ingreso, las jóvenes nos escriben cosas maravillosas: *Quiero una vida de pobreza, de oración y de sacrificio que me acompañen en el servicio de los pobres.*

Así son nuestras jóvenes: llenas de amor y de generosidad.

En un momento pueden ser mandadas dondequiera que sea, a cualquier hora, para llevar a término la tarea más humilde.

Nuestra congregación está entregada de lleno a realizar esto: dar de comer a Cristo que tiene hambre, vestir a Cristo desnudo, asistir a Cristo enfermo, ofrecer alojamiento a Cristo desahuciado.

Es entusiasmante observar a nuestros jóvenes entregados tan de lleno, rebosantes de amor hacia los pobres de Cristo.

En nuestra congregación, profesamos los tres votos de amar a Cristo con amor indiviso en castidad mediante la libertad de la pobreza en entrega total por la obediencia.

Emitimos un cuarto voto por el que nos obligamos a ofrecer de corazón servicio voluntario a los más pobres entre los pobres, es decir a Cristo bajo las apariencias humildes de los pobres.

Tenemos necesidad de oraciones para realizar mejor la obra de Dios.

Recen por nosotras para que el trabajo que realizamos sea trabajo de Dios y para que en todo momento sepamos estar a su completa disposición.

También tenemos Hermanos —los *Hermanos Misioneros de la Caridad*— que llevan a cabo una tarea parecida a la nuestra desde una sumisión completa a la voluntad de Dios.

El ideal de nuestra congregación consiste en apagar la sed de Cristo en la cruz por amor de las almas.

El espíritu de la congregación es la entrega total a Dios, la confianza amorosa en las superiores y el cuidado amoroso porque sin alegría no hay posibilidad de amor y el amor sin alegría no es amor sincero y auténtico.

Por eso, nosotras tenemos que llevar ese amor y esa alegría al mundo de hoy.

Nosotras no tenemos necesidad de cañones ni de bombas para traer la paz: necesitamos sólo amor y bondad. Y necesitamos también unión profunda con Dios y oración.

La oración acompañada de sacrificio y el sacrificio que va acompañado de la adoración.

La familia que reza unida, permanece unida.

Unidos como nos encontramos en este momento, unamos también nuestra oración de todos y cada uno.

Lo que pueden hacer ustedes, no lo puedo yo. Y lo que puedo hacer yo, no lo pueden ustedes.

Pero todos unidos, estamos haciendo algo hermoso para Dios.

Recemos ahora así:

Haznos dignos, Señor, de servir a nuestros hermanos hombres de todo el mundo, que viven y mueren en la pobreza y el hambre.

*Dales hoy, por medio de nuestras manos, su pan de cada día.
Y a través de nuestro amor y comprensión, dales paz y alegría.
Amén. **

La llamada de Dios

Mi vocación

Tenía yo 12 años, nada más, y vivía en casa, con mis padres, en Skopje (Yugoslavia), cuando sentí por primera vez el deseo de hacerme monja.

Frecuentaba una escuela no católica, pero había muy buenos sacerdotes que ayudaban a niños y niñas a seguir su vocación, según la llamada de Dios.

Fue entonces cuando me di cuenta de que mi llamada era hacia los pobres.

Entre los 12 y 18 años se me pasaron las ganas de hacerme monja.

La mía era una familia feliz.

Pero a los 18 años decidí dejar mi casa.

Desde entonces jamás he tenido la menor duda de que tenía razón.

Era la voluntad de Dios: la elección la hizo El.

Entré en las Hermanas de Loreto.

Los pobres más pobres

En Loreto yo era la monja más feliz del mundo.

Abandonar el trabajo que allí realizaba fue un gran sa-

* Intervención de Madre Teresa, en la parroquia universitaria de Cambridge (Inglaterra), el 10.06.1977, con motivo de serle conferido el doctorado *honoris causa* por el Duque de Edimburgo, canciller de dicha universidad.

crificio. Lo que no tuve que abandonar fue mi condición de religiosa.

El cambio no se refirió más que al trabajo, ya que mis Hermanas de Loreto se limitaban a enseñar, que es un auténtico apostolado por Cristo.

Pero mi vocación específica, dentro de la vocación, era por los pobres más pobres.

Servir a los pobres

Fue una llamada desde el interior de mi vocación: como una segunda vocación.

Era la orden de renunciar a Loreto, donde era feliz, para servir a los pobres de las calles.

En 1946, mientras me dirigía a Darjeeling en tren para hacer ejercicios espirituales, advertí una llamada a renunciar a todo y a seguir a Cristo en los suburbios, para servir entre los pobres más pobres.

Comprendí que Dios deseaba algo de mí...

La tentación de la tranquilidad

Hacía falta un techo para acoger a los abandonados.

Para buscarlo, me puse en marcha...

Caminé, caminé ininterrumpidamente, hasta que ya no pude más.

Entonces comprendí mejor hasta qué punto de agotamiento tienen que llegar los verdaderos pobres, siempre en busca de un poco de alimento, de medicinas, de todo. El recuerdo de la tranquilidad material de que gozaba en el convento de Loreto se me presentó entonces como una tentación.

Recé así:

Oh Dios mío, por libre elección y por amor tuyo, deseo permanecer aquí y hacer lo que tu voluntad exige de mí.

No, no daré marcha atrás.

Mi comunidad son los pobres.

Su seguridad es la mía.

Su salud es mi salud.

Mi casa es la casa de los pobres: no de los pobres, sino de los que entre los pobres son más pobres.

De aquellos a los cuales trata uno de no acercarse por miedo al contagio y a la suciedad, porque están cubiertos de microbios y de gusanos.

De los que no van a rezar, porque no se puede salir de casa desnudos.

De los que ya no comen, porque no tienen fuerzas para comer.

De los que se caen por las calles, conscientes de que se van a morir, y a cuyo lado transitan los vivos sin prestarles atención.

De los que ya no lloran, porque se les han agotado las lágrimas.

De los intocables.

El Señor me ha querido aquí donde estoy.

El me ofrecerá una solución.

La casa de los pobres

Mi comunidad son los pobres.

Su seguridad es la mía.

Su salud, la mía.

Mi casa, la casa de los pobres.

Pero no de los pobres a secas, sino de los pobres *más* pobres.

De aquellos a quienes nadie se acerca porque son contagiosos y están llenos de microbios y suciedad.

De los que no van a rezar porque no pueden ir desnudos.

De los que no comen porque no les quedan fuerzas para hacerlo.

De los que se caen desplomados por las aceras sabiendo que están a punto de morir y a cuya vera pasan los transeúntes sin volver la mirada hacia atrás.

De los que no lloran, porque se les han agotado ya las lágrimas.

La revolución del amor

Una a una, a partir de 1949, empezaron a llegar estudiantes que habían sido alumnas mías.

Querían darlo todo a Dios, en seguida.

¡Con qué alegría se despojaban de sus *saris* brillantes para vestir nuestro pobre *sari* de algodón!

Venían porque sabían que aquello iba a ser duro.

Cuando una joven de las castas elevadas viene a ponerse al servicio de los parias, protagoniza también una revolución.

La mayor, la más difícil: la revolución del amor.

El amor de Dios

El objetivo de nuestra congregación es llevar a Dios, llevar el amor de Dios a los hogares de los pobres más pobres y conducirlos a El.

Poco importa quiénes son, poco importa su procedencia étnica o el puesto que ocupan en la sociedad.

Nosotras queremos mostrarles el amor y la compasión que Dios tiene por ellos.

Demostrarles que Dios ama al mundo y los ama a ellos.

El templo de la diosa Kalí

La prensa aludió al drama de gentes que morían por las calles sin atención alguna.

Aproveché la ocasión para convencer a la municipalidad. Les dije: *Proporcionenme un local: yo me encargo de lo demás.*

Me asignaron dos dependencias del templo de la diosa Kalí: dos grandes salas destinadas hasta entonces a dormitorio de los peregrinos.

Acepté gustosa aquel local, porque era un centro de devoción y de culto hindú.

En seguida trasladamos allí moribundos y enfermos.

Los sacerdotes de la diosa Kalí no veían con buenos ojos nuestra intromisión.

Pero uno de ellos cayó enfermo, de una enfermedad contagiosa.

Le atendimos tan bien que desde entonces no sólo dejaron de espiarnos, sino que se transformaron en colaboradores nuestros y amigos.

Dios ama el silencio

El primer trabajo que tenemos que hacer con los enfermos graves, recogidos por las calles muchas veces, es lavar sus rostros y cuerpos.

La mayoría ni siquiera conocen el jabón y la esponja les da miedo.

Si las Hermanas no vieran en estos desgraciados el rostro de Cristo, este trabajo sería imposible.

Queremos que se den cuenta de que hay personas que los aman de verdad.

Aquí vuelven a encontrar su dignidad humana y mueren en un silencio impresionante.

Dios ama el silencio.

Servir a los pobres

Ni aun en los primeros tiempos yo pedía dinero jamás. Yo quería servir a los pobres exclusivamente por amor de Dios.

Yo quería que los pobres pudiesen recibir de manera gratuita lo que los ricos se procuran mediante el dinero.

Trabajo desbordante

Todo mi tiempo pertenece a los demás.

Otro tanto ocurre con las hermanas.

Ellas trabajan sin descanso por los enfermos y por los niños: no les queda tiempo ni para escribir una carta.

Decid a quienes nos escriben que no se aflijan si no reciben contestación: el trabajo es realmente desbordante.

Una medicina rara

La providencia viene siempre en nuestra ayuda.

Cuando la necesidad es inmediata, inmediata es también la intervención providencial.



MATCH En París... 20. England renoue le con-
 tact avec son... Concord. 20. Paris...
 le jeu de... le Match de la...
 20. Mar...
IL Y A ENCORE DES SAINTS
 Mère Teresa chez les vivants et les morts de Calcutta

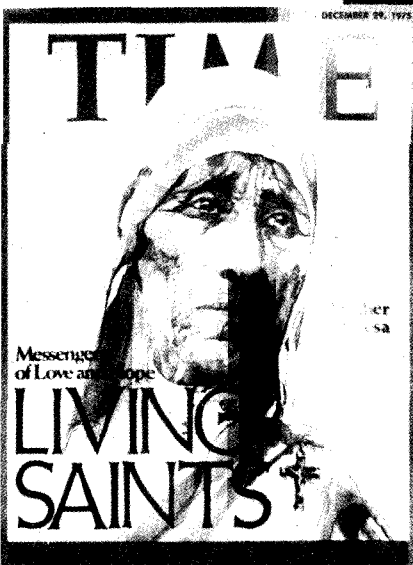


NUEVAS DEL AIRE



madre teresa
 de los pobres más pobres

*Una "mujer del año" totalmente
 diferente a las demás.*



DECEMBER 29, 1975

*Los semanarios
 más importantes
 del mundo
 descubren
 un nuevo rostro
 para sus cubiertas:
 el de Madre Teresa
 «santa viviente»
 y
 «mensajera de amor
 y de esperanza»*

No siempre se trata de cantidades ingentes, sino de las que sirven en cada momento.

Una vez teníamos recogido a un enfermo para el que se necesitaba una medicina rara.

Mientras nos estábamos preguntando cómo podíamos hacernos con ella, llamó a la puerta un hombre con un abundante muestrario de medicinas.

Entre ellas, se encontraba la que necesitábamos con urgencia.

Algo que es mucho

Sé bien y lo saben cada una de mis Hermanas, que lo que realizamos es menos que una gota en el océano.

Pero si la gota le faltase, el océano carecería de algo. Si no tuviésemos pequeñas escuelas en los barrios abandonados, por pequeñas que sean tales escuelas, millares de niños quedarían abandonados por las calles.

Nuestra solución no puede ser otra que la de hacer por ellos todo lo que podemos.

Ocurre lo mismo con los moribundos recogidos en nuestros mortuorios.

La mayoría mueren lo mismo, pero vale la pena ofrecerles un lugar donde puedan morir en paz y encontrando a Dios.

Adopciones

Tantas criaturas forman parte hoy de la categoría de los indeseados, de los no queridos.

El problema que preocupa hoy a tantos y tantos no es sólo que el mundo empieza a verse demasiado poblado

de seres humanos: lo que hoy empezamos a constatar con creciente intensidad es que hay quienes quieren demostrar que la divina providencia no puede proveer a los nuevos, a los niños no nacidos.

Para mí, si se permite el aborto en países ricos, abasrecidos de todos los medios y riquezas que el dinero puede proporcionar, éstos son los más pobres entre los pobres.

Quisiera poder abrir en tales países muchas casas para niños para poder acogerlos y proveerles de lo necesario. Disponemos de muchas de tales casas en toda la India, y hasta el momento nunca nos hemos visto precisadas a rechazar a ninguno de ellos.

Lo más maravilloso es que cada niño que ha logrado evadir la muerte de la mano de sus propios padres, ha encontrado un hogar con nuevos padres que lo han acogido.

Hace años que en Calcuta venimos realizando esfuerzos para evitar abortos por medio de adopciones y, a Dios gracias, hemos podido ofrecer a muchos que hubieran muerto, un padre y una madre que los amasen y les ofreciesen cariño y cuidados.

Para nosotras en la India, esto es algo maravilloso, porque tales niños resultan por ley intocables.

Esta es una de las características más admiradas de nuestro pueblo: su disponibilidad para adoptar y ofrecer un hogar y ternura a estos niños indeseados, y a Cristo bajo sus apariencias.

Como El nos amó

Tenemos casas para acoger a los abandonados, como en Melbourne.

En ella se acoge a personas que no tienen a nadie; que andan errantes por las calles, que no disponen más que de la calle y la tumba.

Uno de ellos había recibido una grave afrenta de otro amigo suyo, compañero de desventura.

Pensando que se trataba de algo serio, alguien le preguntó: *¿Quién ha sido?*

El hombre recurrió a toda suerte de mentiras, pero resultó claro que no hubiera dicho nunca el nombre del culpable.

Cuando el otro se fue, le pregunté: *¿Por qué no quisiste decir el nombre del que te hirió?*

El hombre me miró y me dijo: *Su sufrimiento no hubiera disminuido el mío.*

Esto es lo que significa, para mí, amarnos los unos a los otros como El nos amó.

Jesús y los pobres

Sólo acercándonos más y más a Jesús podremos acercarnos más unos a otros y a los pobres.

Llenarnos de Dios

Cuanto más nos vaciemos de nosotros mismos, más podremos llenarnos de Dios.

«A mí me lo hicisteis...»

Ojalá no olvidemos jamás que en el servicio de los pobres se nos ofrece una magnífica ocasión de hacer algo hermoso para Dios.

Es que, al entregarnos de todo corazón a los pobres, es a Cristo a quien servimos en su rostro desfigurado, pues El mismo dijo: «A mí me lo hicisteis.»

«Dilo de nuevo»

Sólo en Calcuta, nosotras hemos recogido a más de 27 000 [datos de 1973] personas abandonadas en las calles.

Nos vienen al encuentro, las acogemos y las llevamos a nuestra *Casa del Moribundo*.

Y mueren serenamente, con Dios.

Hasta la fecha, jamás he visto ni encontrado, como tampoco les ha ocurrido a mis Hermanas, a hombre o mujer alguna que se haya negado a decir a Dios: *Me arrepiento*, que no haya querido decir: *Dios mío, te amo*. Tenemos millares de leprosos.

Son maravillosos, son admirables aunque estén desfigurados en sus carnes.

La pasada Navidad estuve con ellos (cada año les damos una fiesta navideña).

Les dije que lo que tenían era un don de Dios, que Dios siente un amor especial por ellos, que son muy aceptos a Dios, que lo que ellos tienen no es un pecado.

Un hombre anciano, que estaba desfigurado por completo, trató de acercarse a mí y me dijo: *Repítelo de nuevo. Me ha hecho bien. Siempre he oído que nadie nos ama. Es muy maravilloso saber que Dios nos ama. Dilo de nuevo.*

Serenidad

Lo que se exige de la Misionera de la Caridad es: salud de mente y de cuerpo; capacidad de aprender; una buena dosis de buen sentido; carácter alegre.

Si una de mis Hermanas no está en disposición de ánimo por lo menos serena, no le consiento que vaya a visitar a los pobres.

Tienen ya tantos motivos para sentirse tristes: ¿cómo se les puede llevar la aflicción de nuestros malos humores personales?

La luz de Cristo

No tratamos de imponer a otros nuestra fe.

Intentamos sólo que Cristo haga pasar su luz y su vida, en nosotros y por nuestro medio, al mundo de la miseria.

Intentamos que los pobres, cualesquiera sean sus creencias, al vernos, se sientan atraídos hacia Cristo y nos inviten a acercarnos a ellos, a entrar en sus vidas.

Servicio y amor

En Melbourne fui a visitar a un pobre anciano cuya existencia era ignorada por todos.

Su habitación estaba desordenada y sucia.

Intenté limpiarla, pero él se opuso: *Déjela, está bien así.*

Sin que yo insistiera, al final dejó que la limpiase.

En la habitación, había una magnífica lámpara, cubierta de polvo.

Le pregunté: *¿Por qué no la enciendes?*

Me contestó: *¿Para qué, si nadie viene a verme? Yo no la necesito.*

Le dije entonces: *¿La encenderías si las Hermanas te vieran a ver?*

Y él: *Sí. Con tal que pudiera escuchar una voz humana en esta casa, la encendería.*

Hace unos días recibí de él esta nota brevísima: *Dile a mi amiga que la lámpara que prendió en mi vida sigue encendida.*

Estos son los seres a los que tenemos que conocer.

Conocerlos nos llevará a ofrecerles amor y servicio.

No nos demos por satisfechos con ofrecimientos de dinero.

El dinero no basta.

El dinero se puede conseguir.

Ellos tienen necesidad de que nuestras manos les sirvan y de que nuestros corazones les ofrezcan amor.

Entrega total

Lo más importante que he vivido en mi vida ha sido mi encuentro con Cristo: El es mi sustento.

Cristo es el amor que debe ser amado, es el camino que se debe recorrer, es la verdad que se debe decir, la vida que se debe vivir, el amor que se debe amar.

Por eso nosotras las Misioneras de la Caridad amamos a Cristo con amor indiviso, en una entrega total en la castidad, con una libertad absoluta en la pobreza y con una rendición completa en la obediencia: con una entrega y dedicación, exclusivas y cordiales, al servicio de los pobres más pobres.

Fe en Dios

Un ministro hindú declaró en una reunión pública que cuando veía a las Misioneras de la Caridad trabajando entre los leprosos, le parecía ver de nuevo a Cristo en la tierra para ponerse al servicio de los pobres.

Un médico indio, viendo el cuidado que una Hermana dedicaba a un enfermo desahuciado por sus compañeros, dijo: *Había venido hasta aquí sin Dios. Me voy con Dios...*

Sin embargo, para nosotras no tiene importancia la fe que profesan nuestros asistidos.

Nuestro criterio de asistencia no son las creencias, sino la necesidad.

Todos son cuerpo de Cristo, todos son Cristo bajo la apariencia de criaturas necesitadas de ayuda y con derecho a recibirla.

Jamás hemos intentado que nuestros asistidos se convirtieran al cristianismo.

Lo fundamental es que encuentren a Dios, a través de la religión que sea y como sea.

Lo que nos salva es la fe en Dios.

Lo de menos es desde qué punto se llega a El.

Una necesidad

La santidad no es un privilegio de unos pocos sino una necesidad de todos.

La generosidad de los jóvenes

Yo estoy convencida de que la juventud de hoy es más generosa que la de otras épocas.

Es una juventud que está mejor preparada y dispuesta a un auténtico sacrificio para servir al hombre.

Por esa razón, no tiene nada de extraño la preferencia de los jóvenes por nuestra congregación.

En una gran proporción, se trata de jóvenes de la clase media, que lo tienen todo: riquezas, comodidades, buena situación social...

Sin embargo, solicitan ingresar en una congregación que está al servicio de los pobres, para vivir una vida de pobreza real y de contemplación.

Servir a Dios

Si alguien siente que Dios desea de él la transformación de las estructuras sociales, ésa es una cuestión entre él y su Dios.

Todos tenemos el deber de servir a Dios allí donde nos sentimos llamados.

Yo me siento llamada a ayudar a los individuos, a amar a cada ser humano.

Lo mío no es juzgar a las instituciones: no me compete condenar a nadie.

Yo no pienso nunca en términos de muchedumbre en general sino de personas.

Si pensase en muchedumbres, no empezaría nunca.

Lo que importa es la persona.

Yo creo en el encuentro de persona a persona.

El heroísmo de los santos

Cuán puras han de ser nuestras manos si hemos de tocar el cuerpo de Cristo, lo mismo que el sacerdote lo toca bajo las especies del pan.

¡Con qué veneración y amor levanta él la hostia consagrada!

Así ha de ser nuestro sentimiento cada vez que tocamos el cuerpo de un enfermo.

Esta fue la perspectiva que transformó al padre Damián en apóstol de los leprosos, que hizo de san Vicente de Paúl el padre de los pobres, que dio un vuelco a la vida de Francisco de Asís, el cual, encontrando a un leproso completamente desfigurado, como primera reacción intentó huir pero luego, reponiéndose de su actitud, abrazó su rostro horrible, lo cual le llenó de una indecible alegría, hasta el punto de que el leproso se fue dando gracias a Dios por su curación.

San Pedro Claver lamía las heridas de los esclavos negros.

¿Por qué todo esto?

Porque todos ellos querían acercarse lo más posible al corazón de Dios...

Aliviar el sufrimiento

En la *Casa del Moribundo*, nosotras comprendemos el valor de cada alma.

El simple hecho de que Dios haya colocado un alma en vuestro camino es un signo de que Dios quiere que hagáis algo por ella.

Visitando las familias, tropezaréis con muchas miserias.

Alguna vez tropezaréis con un niño pequeño que acaricia tiernamente la cabeza de su madre muerta.

Entonces necesitaréis toda vuestra energía para aliviar a esa pobre criatura de su inmensa pena.

Una vez, las Hermanas tropezaron con dos niños junto al cuerpo sin vida de su padre fallecido dos días antes.

Premios y pobres

Yo no soy más que un instrumento.

La primera vez que me asignaron un premio, quedé muy sorprendida. No sabía si aceptar o no.

Pero llegué a la conclusión de que debía aceptar los premios en nombre de los pobres más pobres, como un homenaje rendido a los más pobres.

En el fondo, al darme los premios, creo que se reconoce la existencia de los pobres en el mundo.

Colaboradores de Cristo

Quiero expresaros el afecto y gratitud no sólo míos y de mis Hermanas, sino también por parte de los pobres a quienes vosotros y nosotras dedicamos nuestros cuidados.

Un encuentro como éste deberá ser ocasión para que consigamos amarnos los unos a los otros como Jesús os ama a vosotros y me ama a mí.

Deseo que cada uno de nosotros profundice en el sentido de nuestra misión espiritual de amor y de una vida hecha oración.

Nuestra misión es una misión de amor.

Es una misión de bondad, sobre todo hoy en que tanta hambre hay de Dios.

Me complace encontrarme entre vosotros y una sola es la razón de que me haya desplazado hasta aquí: que todos tratemos de ser colaboradores auténticos de Jesús. Como sabéis, la Misionera de la Caridad es una mensajera del amor de Dios.

Tengo la impresión de que, con el tiempo, cada uno de nosotros se transformará en mensajero del amor de Dios.

Para conseguir esto, tenemos que profundizar en nuestra vida de amor, de oración, de sacrificio.

Es muy difícil dar a Jesús a los demás si no le tenemos en nuestros corazones.

En la Anunciación, Dios hizo entrega de su Hijo a nuestra Señora, y en el instante en que la Virgen recibió a Jesús, corrió a ofrecerlo a los demás.

Lo mismo debe ser de cada uno de nosotros y de mí, si queremos transformarnos en verdaderos colaboradores de Cristo: tenemos que recibir a Jesús, tenemos que acoger su amor y su bondad, y sentir verdadera prisa de ofrecerlos a los demás.

Si esto no nos interesa, estamos perdiendo el tiempo, porque limitarse a trabajar no es una razón suficiente: lo es en cambio llevar la paz, el amor y la bondad al mundo de hoy, y para esto no tenemos necesidad de ametralladoras ni de bombas.

Necesitamos un amor profundo y una profunda unión con Cristo para ser capaces de dar a Cristo a los demás. La bondad y el amor tienen que crecer desde dentro y de nuestra unión con Cristo.

El colaborador no es más que la vida de Cristo que brilla en el mundo de hoy.

Pero antes de poder vivir esa vida fuera tenemos que vivirla dentro de nuestros hogares.

El amor empieza en casa, y hemos de ser capaces de mirar en derredor nuestro y decir: *Sí, el amor empieza en el hogar.*

Ahí está la razón de que nuestro primer esfuerzo deba ser el de hacer de nuestros hogares otro Nazaret donde reinen el amor y la paz.

Esto se consigue sólo cuando la familia se mantiene unida y reza unida.

Es muy grande el sufrimiento que hay hoy en el mundo: yo tengo la sensación de que tanta inquietud y sufrimiento arrancan de la familia, porque la familia

empieza a estar menos unida, a no rezar unida, a no compartir la felicidad, a disgregarse.

Vosotros, los colaboradores, tenéis una magnífica oportunidad junto con la grande misión de vivir esa vida de amor, de paz, de unidad y, haciendo eso, proclamar a los cuatro vientos que Cristo está vivo.

Como bien sabéis, los colaboradores se hallan esparcidos por todo el mundo.

Los hay que se conocen y los hay que viven en el anonimato.

Son unos 80 000 en todo el mundo.

Yo no deseo que se transformen en una organización, ni siquiera en una organización de beneficencia, de recolección de fondos: ahí radica la razón de que debemos profundizar en lo que es el colaborador.

El colaborador tiene una misión, que puede venir sólo de su unión con Dios.

De esa unión con Dios brota, como fruto natural y espontáneo, el amor hacia el prójimo, el amor hacia los pobres.

Como dije en el congreso eucarístico de Filadelfia, Jesús se transforma en pan de vida para poder satisfacer nuestra hambre de Dios, nuestra hambre de amor de Dios. Al mismo tiempo, para saciar su hambre de nuestro amor, se ha hecho hambriento, desnudo, desalojado, y ha dicho: *Cuando hicisteis esto al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hicisteis.*

Por eso yo digo que las Misioneras de la Caridad y los colaboradores deberíamos vivir en totalidad nuestra vida: nosotros somos contemplativos en medio del mundo, porque nosotros tocamos a Cristo veinticuatro horas al día.

Nuestra unión eucarística con Cristo debe producir ese

fruto, puesto que Jesús ha dicho: *Yo soy la vid y vosotros los sarmientos*. En los sarmientos está la uva, no en el tallo.

¡Cuán grande es, pues, vuestra responsabilidad y la mía, la de todos nosotros, ya que el fruto dependerá de la unión de los sarmientos con la vid!

De ahí que nuestra unión con Cristo ha de ser algo real, no de fantasía: algo vivo, algo sentido, fruto de convicción.

Y esto ha de venir, en primer lugar, de nuestra familia: si no amamos a nuestra familia desde dentro, y a nuestro prójimo, nuestra vida es un fracaso.

Cristo os ha elegido para que seáis capaces de vivir justamente esta gran vocación, vuestra amorosa vocación de colaboradores.

¿Por qué a vosotros y no a otros?

¿Por qué a mí y no a otros?

No lo sé: es un misterio.

Por ello, el vernos reunidos debe ayudarnos a profundizar en nuestro amor a Jesús, a profundizar nuestro conocimiento de Dios, y ese conocimiento nos llevará a amarle, y el amor nos llevará a servirle.

Cuando alguien, cuando vosotros y yo tratamos de descubrir el rostro de Cristo en los demás, Jesús no puede engañarnos.

Fue El quien dijo: *Tuve hambre, estaba desnudo, sin cobijo...*

Con todo, nuestro deber es ante todo el de prestar atención a nuestros propios hijos, a nuestras familias: luego, a los otros.

Existe mucho, mucho sufrimiento en el mundo.

Y este sufrimiento material es sufrimiento de hambre, de exilio, de toda clase de desdichas.

Sin embargo, yo sigo pensando que el mayor de los

sufrimientos es el de sentirse solos, indeseados, no amados, no tener a nadie, haber olvidado qué es el contacto humano, el amor humano, qué es ser queridos, amados, pertenecer a algún grupo humano.

Creo que esto puede darse incluso en familias ricas. Y es por esto por lo que yo insisto sobre nuestro deber de llevar nuestra misión de amor a nuestra familia ante todo.

Para poder hacer esto, tenemos necesidad de oración, de sacrificio.

Hace algún tiempo, llegaron a nuestra casa de Calcuta 40 profesores de los Estados Unidos.

Hablamos un poco y al final uno de ellos me dijo: *Sugiéranos algo que nos ayude a cambiar nuestras vidas*. Yo les dije: *Sonreíos unos a otros, tened tiempo unos para otros, compartid vuestras alegrías*.

Entonces, uno de ellos me preguntó: *¿Está usted casada?*

Le contesté: *Sí, y a veces me doy cuenta de lo difícil que es sonreír a Jesús*.

Creo que me comprendieron.

A veces, Jesús puede pedir mucho.

Tuvimos, hace unas semanas, en los Estados Unidos, un encuentro de colaboradores parecido a éste.

Quedé muy contenta.

Nos ayudó a profundizar en el amor a Dios y al prójimo.

Cada uno se fue con un conocimiento más profundo de la misión que cada uno tiene encomendada en la vida de Cristo en el mundo, para dar a Cristo a los demás. Me sentí muy enriquecida interiormente, y me parece que recibí mucho más de los colaboradores de lo que yo les pude dar a ellos.

Creo que esto ocurrirá también en esta circunstancia.

Ahora quiero daros algunas noticias acerca de las Misioneras de la Caridad.

Se han abierto casas en México y Guatemala.

En México fue el propio presidente el que pidió que fueran las Hermanas.

El 25 de junio, fiesta del Sagrado Corazón, establecimos una rama contemplativa de las Misioneras de la Caridad en Nueva York.

Tenemos ya siete postulantes allí.

Estas Hermanas vivirán la palabra de Dios en adoración y contemplación.

En silencio y penitencia.

Durante cerca de dos horas por día, proclamarán la palabra de Dios a las gentes, no en grupos numerosos sino a nivel individual.

Estoy convencida de que esto nos obtendrá muchas gracias del cielo a todos y a cada uno.

Esto representará una nueva fuerza, una nueva alegría, especialmente ahora que, como sabéis, las contemplativas que están unidas a nosotras en gemelaje espiritual a través de la obra del padre Gorrée se han convertido en un nuevo vigor para las Misioneras de la Caridad.

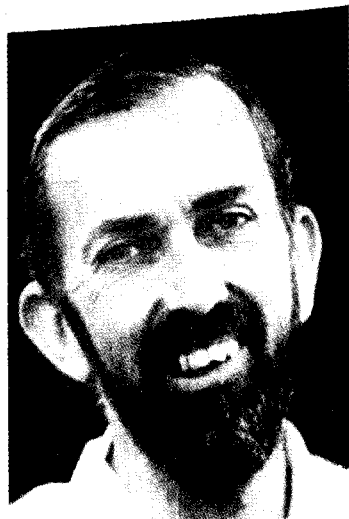
Hay una fuerza inmensa que se está desarrollando en el mundo a través de este compartir juntos, rezar juntos, sufrir juntos y trabajar unidos.

Hay algo en lo que quisiera insistir.

Tenemos que poner todo empeño en que nuestro trabajo por los pobres sea un trabajo de amor, y para poder mantenerlo así ha de ser sobre una base de sacrificio.

Como sabéis bien, nuestras Hermanas hacen voto de entregarse de todo corazón al libre servicio de los po-





Jacqueline de Decker, paralizada y madrina espiritual de Madre Teresa. A la derecha: El hermano Andrew, fundador con Madre Teresa de los Hermanos Misioneros de la Caridad. Aquí debajo: Aprobación de los «Colaboradores de Madre Teresa». Está presente la señora Ann Blaikie, directora de la asociación internacional



bres más pobres y con este voto depositamos toda nuestra confianza en la Divina Providencia.

De aquí se deriva algo que se refiere a los colaboradores.

Nosotras no aceptamos retribución alguna por el trabajo que llevamos a cabo, ni constituimos una organización para recolectar fondos.

He estado en muchos países y he tenido la oportunidad de dirigir la palabra a un sinnúmero de personas.

En todas partes digo que no busco dinero, que no quiero nada que brote de la abundancia: pido sólo que den hasta sentir daño.

Tenemos que hacer la obra de Dios con amor y con sacrificio, si es menester.

Por eso tenemos que aclarar muy bien que todo el dinero, alimentos, medicinas u otra cosa que la gente entregue a los colaboradores o a las Misioneras de la Caridad ha de emplearse exclusivamente para los pobres de las Misioneras de la Caridad.

Esto constituye un acto de justicia hacia los pobres en cuyo nombre aceptamos tales donativos.

Pobres los hay, es verdad, en todas partes, pero cuando alguien os entrega algo como colaboradores, o cuando recogéis dinero, o la gente os lo da como colaboradores, ese dinero, esas cosas han de usarse sólo en beneficio de los pobres que están en contacto con las Misioneras o los Hermanos Misioneros de la Caridad.

No es sólo cuestión de justicia sino también de consideración, tanto hacia los pobres como hacia aquellos que os han hecho entrega de su dinero.

Ellos están persuadidos de que todo lo que recogéis —hasta el último céntimo, hasta el último frasco de medicina, hasta la última prenda de vestir— van a parar

a los pobres de Madre Teresa y a las Misioneras de la Caridad.

La intención del donante merece la máxima consideración.

Ningún colaborador tiene el derecho de decidir por sí mismo a quién ha de destinar el dinero recibido.

Si el donante lo ha dado para los pobres, para los huérfanos, para los moribundos o para las Misioneras de la Caridad, el don ha de destinarse a ese fin.

No es posible recibir dinero de otros países sin un permiso especial cada vez.

No mandéis dinero directamente a la India.

Lo que queráis destinar a la India, remitidlo a través de los *Colaboradores* de cada país.

Ni yo lo permito en la India ni quisiera que lo hicierais vosotros: pedir a la gente que se comprometa a dar una cantidad fija de dinero cada semana o cada mes.

Nosotras dependemos de la Divina Providencia y no me gustaría que la gente se hiciese a la idea de que estamos pendientes de sus ofertas, de que deseamos su dinero, que somos un grupo de hombres, mujeres o niños que miran a ver cuánto dinero pueden sacarles.

Esto para mí es lo último.

Y quiero que sea lo último también para vosotros.

Tratemos de ni siquiera dar la impresión de esforzarnos para ver cuánto logramos reunir, cuánto podemos gastar, cuánto tenemos en el banco.

También los colaboradores deben depender de la Divina Providencia y no salirse de su camino.

Si la gente da, gracias a Dios, pero no ocupéis vuestro tiempo en recaudar dinero ni en hacerlo.

Preferiría que ocupaseis vuestro tiempo en un servicio efectivo a los pobres.

Absteneos de hacer publicidad o de escribir cartas pidiendo dinero. También, de hacer cosas para vender.

Llevemos un espíritu de sacrificio a las vidas de nuestros hermanos.

Pienso que esto es lo que Jesús quiere de nosotros y jamás me cansaré de repetirlo: ofrezcamos todo lo que llevamos a cabo por la gloria de Dios, y pidámosle que nos trueque en instrumentos de paz, de amor, de bondad.

Quisiera que el capítulo 15 del evangelio de san Juan se transformase en nuestra vida.

Jesús dijo: *Yo soy la vid y vosotros los sarmientos*. Seamos, pues, sarmientos.

La congregación de las Misioneras de la Caridad es el sarmiento y todos los colaboradores son pequeños sarmientos unidos al sarmiento mayor, pero todos estamos unidos a Jesús.

Me parece que ésta es la mejor imagen de lo que nosotros representamos para el mundo.

Los «enlaces» de cada país están unidos con el sarmiento principal, las Misioneras de la Caridad, y las Misioneras de la Caridad están unidas a Jesús.

Todo el fruto está en los sarmientos en cada uno de los países.

Esta es una magnífica imagen de lo que todos nosotros, las Misioneras de la Caridad y los colaboradores, deberíamos ser, unidos estrechamente: no olvidemos que es en los sarmientos donde se encuentra el fruto y no en ninguna otra parte.

Todos debéis estar unidos, debéis conoceros unos a otros y así permanecer unidos: creo que de esa forma vuestra presencia sería de enorme eficacia en el mundo en que vivís.

Aunque no os resulte posible acudir a reuniones y cosas

por el estilo, hay algo que no puede faltar: una vida de unidad.

Sólo una vida de unidad puede producir este fruto: primero en la familia y luego a vuestro alrededor*.

Juicio de amor

En el momento de la muerte, no se nos juzgará por la cantidad de trabajo que hayamos hecho, sino por el peso de amor que hayamos puesto en nuestro trabajo. Este amor debe resultar del sacrificio de sí mismos y ha de sentirse hasta que haga daño.

El amor y la lepra

El corazón de las Misioneras de la Caridad se ha entregado a los cuatro millones de leprosos de nuestro país.

La lepra es, sin duda, un mal muy duro, pero no lo es tanto como el sentirse privados de amor, indeseados o abandonados.

Los leprosos pueden aparecer desfigurados pero, lo mis-

mo que los pobres, todos ellos son personas maravillosas, capaces de mucho amor.

Solidaridad espiritual

Los enfermos incurables pueden convertirse en colaboradores muy cercanos de una Hermana o de un Hermano Misionero de la Caridad mediante el ofrecimiento de sus sufrimientos por dicha Hermana o Hermano. Cada Hermana o Hermano tendrá así un segundo yo que reza y sufre por ellos.

Cada uno sacará de este apoyo una fuerza nueva y sus vidas serán como una luz ardiente que se consume por las almas.

Colaboradores sufrientes

Sufrir no es nada en sí mismo: pero el sufrimiento compartido con la pasión de Cristo es un don maravilloso y un signo de amor.

Dios es muy bueno al daros tantos sufrimientos y tanto amor.

Todo esto se convierte para mí en gozo y me da mucha fuerza por vuestra causa.

Es vuestra vida de sacrificio la que me da tanta fuerza. vuestras oraciones y sufrimientos son como el cáliz en el cual, quienes trabajamos, podemos verter el amor de las almas que encontramos.

Por eso mismo, vosotros sois tan necesarios como nosotras.

Juntos, nosotras y vosotros, lo podemos todo en Aquel que es nuestra fuerza.

* Palabras dirigidas por Madre Teresa a los delegados nacionales de las asociaciones de *Colaboradores de Madre Teresa* el 15 de agosto de 1976 en Lippstadt (Alemania Federal).

Cuán hermosa es vuestra vocación de colaboradores sufridores: sois mensajeros del amor de Dios.

Nosotros llevamos en nuestro corazón el amor de Dios, que tiene sed de almas.

Vosotros podéis saciar su sed, mediante vuestros sufrimientos incomparables, a los que se une nuestro duro trabajo.

Sois vosotros quienes habéis gustado el cáliz de su agonía.

El don de la sonrisa

Sin nuestro sufrimiento, nuestra labor no sería sino una labor social, muy hermosa y útil, pero no la obra de Jesús: no formaría parte de la redención.

Jesús ha querido ofrecernos su ayuda compartiendo nuestra vida, nuestra soledad, nuestra agonía, nuestra muerte. Era necesario que El fuera *uno* con nosotras para salvarnos.

A nosotras se nos permite hacer otro tanto.

Las aflicciones de los pobres, no sólo su miseria material sino también su postración espiritual, han de ser rescatadas, y nosotras tenemos que compartirlas, puesto que sólo llegando a ser *uno* con ellos lograremos salvarlos, es decir llevar a Dios a sus vidas y llevarlos a ellos mismos hasta Dios.

Cuando el sufrimiento se nos acerca, aceptémoslo con una sonrisa.

Este es el mayor don de Dios: tener el coraje de aceptar con una sonrisa todo lo que El nos da y todo lo que El nos exige.

Compartir con Cristo

El sacrificio, para que sea verdadero, tiene que vaciarnos de nosotras mismas.

Nosotras decimos a menudo a Cristo: *Haznos coparticipes de tus sufrimientos.*

No obstante, cuando alguien nos falta de delicadeza, cómo nos olvidamos de que es entonces el momento de compartir con Cristo.

Bastaría que recordásemos que es Jesús quien nos da, por medio de tal persona o circunstancia, la oportunidad de hacer algo hermoso por El.

Hermanas superiores: tratad de ver a Cristo en vuestras Hermanas.

Las Hermanas le pertenecen.

Amadlas como amáis a Cristo.

Hermanas: elevad vuestras miradas para ver a Cristo en vuestras superiores.

Vuestra superiora es la vid: vosotras, las ramas.

Si no le permitís al viñador que os ponde, no os será posible dar fruto.

El 10 de septiembre será el 25 aniversario de nuestra congregación.

No tenéis una manera mejor de demostrar gratitud más profunda que si os aceptáis las unas a las otras como sois, y renováis cada día vuestra sonrisa.

El corazón de los pobres

Las noticias de Bangladesh parecen empeorar de día en día.

El odio y el egoísmo destruyen una nación entera.
En este momento, en que hay personas que se ven torturadas y experimentan sufrimientos inauditos, evitemos todo lo que pueda causar heridas profundas en el corazón de los pobres.
No tenemos derecho a utilizar lo que pertenece a los pobres.
No hemos de comer nada en casa de los ricos.
Así podremos decir a los pobres que nos ofrecen de beber: *No aceptamos nada de otros...*
A la gente le gusta ver a las Hermanas en compañía de María, rosario en mano, siempre solícitas de esparcir la buena nueva.

La alegría de la Virgen

Que María sea la causa de nuestra alegría.
Que cada una de nosotras seamos Jesús para ella.
Nadie aprendió la humildad tan bien como María.
Ella fue la esclava.
Ser esclavos significa ser utilizados por todos, con alegría...
La alegría era la fuerza de la Virgen.
Sólo la alegría pudo darle fuerza de caminar sin cansarse hasta las colinas de Judea para realizar el trabajo de sierva.
También nosotras tenemos que marchar sin detenernos más allá de las colinas de las dificultades.

Amar y sufrir

El amor empieza en la familia.
No tengáis miedo de amar hasta sentir sufrimiento.

Amad a vuestras superiores.
La congregación será lo que vosotras seáis con vuestra superiora: una rama fructuosa, o una rama seca.

Los ricos por los pobres (y viceversa)

Hay familias de castas superiores que adoptan a los niños que nosotras recogemos por las calles: se trata de una auténtica revolución, si se tienen en cuenta los prejuicios de casta.
En este encuentro, el rico se vuelve mejor, puesto que da muestras del amor de Dios a los pobres, y el pobre se hace mejor por el amor que recibe del rico.

El pobre es importante

Creo que en el mundo actual, la persona más importante es el pobre, porque él posee el recurso de sufrir y de trabajar duramente.

El grado de amor

No intentéis acciones espectaculares.
Lo que importa es el don de vosotras mismas.
Lo que importa es el grado de amor que pongáis en cada uno de vuestros gestos.

El arma del amor

Nosotras no necesitamos bombas ni armas.
El amor es nuestra arma: el amor hacia los leprosos,

los ancianos, los moribundos, los paralíticos: hacia todos aquellos que no tienen a nadie ni son queridos por nadie.

La pobreza

Dios no ha creado la pobreza: la hemos creado nosotros. Delante de Dios todos somos pobres.

La Iglesia

La Iglesia somos cada uno de nosotros. Yo, tú... Somos nosotros los que tenemos que conocer, amar y ponernos al servicio de los más pobres.

El corazón de la Iglesia

Si llegamos a darnos cuenta de que las religiosas somos las esclavas del Señor, como lo fue la virgen María, el futuro de la vida religiosa será santo. Las religiosas somos como el corazón de nuestra madre Iglesia.

El pez y la oscuridad

Ya lo sé y lo he oído, eso de «no des un pez, sino enseña a pescar». En la India decimos que «mejor es encender una vela que maldecir la oscuridad». Nosotras intentamos servir cada día a los pobres, y así mantener el amor, el mandamiento de Cristo, trabajando, sirviendo, viviendo cerca de los más pobres.

Perdonar

Cuando nos demos cuenta de que somos pecadores necesitados de perdón, nos resultará muy fácil perdonar a los demás.

Mientras no comprenda esto, me será muy costoso decir *Te perdono* a cualquiera que se dirija a mí.

No hace falta ser cristianos para perdonar.

Todo ser humano viene de la mano de Dios y todos sabemos cuánto nos ama Dios.

Cualquiera que sea nuestra creencia, tenemos que aprender a perdonar, si queremos amar de verdad.

Humildad y perdón

Todos debemos trabajar por la paz.

Pero, para obtener esta paz, todos hemos de aprender de Jesús a ser mansos y humildes de corazón.

Sólo la humildad nos llevará a la unidad y la unidad a la paz.

Para ello, ayudémonos los unos a los otros a acercarnos a Jesús de tal manera que aprendamos la lección de humildad con alegría...

Pensemos en los países oprimidos.

La mayor necesidad de Bangladesh es la del perdón: ¡hay tanta amargura y tanto odio!

Es imposible hacerse una idea de lo que sufren aquellas gentes.

Si se dan cuenta de que nos preocupamos por ellos, de que los amamos, quizá encuentren fuerza en sus corazones para perdonar. Creo que es lo único que puede llevar la paz.

Queremos que éste sea ante todo un año de paz.
Con este fin, trataremos de hablar más con Dios que con los hombres.

Difundamos la paz de Cristo como lo hizo El.

El sembró el bien por todas partes.

El no abandonó sus obras de caridad porque los fariseos u otros se alejasen de El y tratasen de echar a perder la obra de su Padre.

El cardenal Newman escribió: *Ayúdame, dondequiera que me encuentre, a esparcir tu perfume. Que yo te predique sin predicar, sin palabras sino con mi ejemplo, mediante la fuerza de atracción, el mimetismo de mis actos, la evidente plenitud del amor que te lleva mi corazón.*

Sufrir con Cristo

El sufrimiento en sí mismo no es nada.

Pero el sufrimiento compartido con la pasión de Cristo es un don maravilloso, el don más hermoso: un don y una prueba de amor, puesto que, entregando a su Hijo, el Padre ha dado muestra de su amor por el mundo. De esta manera se demostró que fue un don, el mayor don de amor, ya que su sufrimiento fue su expiación del pecado.

El sufrimiento de Bengala es un enorme calvario, donde el cuerpo de Cristo es crucificado una vez más.

Hambre y lujo

Los colaboradores reconocen que todos los bienes de este mundo son dones gratuitos de Dios y que nadie

tiene derecho a lo superfluo en riquezas mientras haya quienes se mueren de hambre.

Ellos tratan de poner reparo a esta grave injusticia mediante el sacrificio del lujo en su vida de cada día.

La generosidad de los niños

A veces los ricos aparecen muy bien dispuestos a compartir a su manera la infelicidad de los demás.

La lástima es que nunca dan hasta el punto de sentirse en necesidad.

Las generaciones actuales, sobre todo los niños, comprenden mejor.

Hay niños ingleses que hacen sacrificios para poder ofrecer un panecillo a nuestros niños.

Hay niños daneses que hacen sacrificios para poderles ofrecer un vaso de leche al día, y niños alemanes que hacen lo mismo para poderles ofrecer un alimento vitaminado.

He ahí maneras concretas de enseñar el amor.

Esos niños, cuando crezcan, sabrán lo que es dar.

La pobreza nos salva

Tenemos que sufrir con Cristo.

De esta suerte compartiremos los sufrimientos de los pobres.

Nuestra congregación puede sucumbir si las Hermanas no marchan al compás de Cristo en sus sufrimientos, si las Hermanas no viven la pobreza.

Nuestra pobreza rigurosa es nuestra salvaguardia.

Nosotras no queremos, como ha ocurrido a otras órde-

nes religiosas a lo largo de la historia, empezar sirviendo a los pobres para pasar insensiblemente al servicio de los ricos.

Para comprender y poder ayudar a los que carecen de todo, tenemos que vivir como viven ellos.

La diferencia radica sólo en que nuestros asistidos son pobres por fuerza, mientras nosotras lo somos por elección.

Ayudar a una persona

Las Hermanas realizan cosas pequeñas, ayudando a los niños, visitando a los que viven en el aislamiento, a los enfermos, a los que carecen de todo.

En una de las casas que visitan las Hermanas, se halló una mujer que había muerto sola unos días antes. Cuando se descubrió su cuerpo, ya había empezado a descomponerse.

Los vecinos ignoraban hasta su nombre.

Cuando alguien me dice que lo que las Hermanas llevan a cabo es algo intrascendente, que se limitan a hacer cosas poco menos que ordinarias, contesto que aun cuando no ayudasen más que a una sola persona, sería ya una razón suficiente de su trabajo.

Jesús hubiera muerto por una persona, por un pecador.

No juzgar

¿Quiénes somos nosotros para poder juzgar a los ricos? Nuestro deber consiste en poner a los pobres y a los ricos frente a frente, en ser su punto de encuentro.

La vida pertenece a Dios

Creo que el grito de los niños asesinados antes de venir al mundo tiene que ser escuchado por Dios.

Jesús ha dicho que nosotros somos mucho más importantes a los ojos de su Padre que la hierba, los pájaros o las flores del campo...

Y ha dicho también que si El se cuida de todas estas cosas, mucho más lo hará de su misma vida en nosotros.

El no puede engañarnos, porque la vida es el mayor don de Dios a los seres humanos, y el hombre ha sido creado a imagen de Dios.

La vida pertenece a Dios y nosotros no tenemos derecho a destruirla.

Dar y darse

Desearía que los colaboradores pusieran sus manos y su corazón al servicio de los demás.

Si no entran en contacto con ellos, no pueden saber quiénes son los padres.

Aquí en Calcuta, tenemos un buen número de no cristianos y cristianos que colaboran en la Casa del Moribundo y en otras obras.

Hay también quienes ofrecen sus cuidados a los leprosos. El otro día, vino un australiano a hacer una donación muy consistente.

Pero al cumplir su gesto manifestó: *Esto es algo exterior. Ahora quiero dar algo de mí mismo.*

Ha empezado a venir regularmente a la Casa del Moribundo para afeitar a los enfermos y ofrecerles conversación.

No sólo hace entrega de su dinero sino también de su tiempo.

Hubiera podido gastarlo para sí mismo, pero lo que ha querido es darse él mismo...

Colaboradoras de Cristo

Debemos amar nuestra congregación y estar agradecidos por todo lo que Dios y la sociedad esperan de nosotras: esperan que seamos colaboradoras auténticas de Cristo.

Más que nunca, cumplamos nuestro trabajo por los pobres con un corazón humilde y generoso.

La llama del amor

Para sobrevivir, el amor ha de alimentarse de sacrificios.

Las palabras de Jesús *Amaos los unos a los otros como yo os he amado*, no sólo deberían ser una luz para nosotras sino una llama que consumiese nuestro egoísmo. Amar debe ser tan natural como vivir y respirar.

Decía santa Teresita: *Cuando obro y pienso con caridad, siento que es Jesús quien obra en mí. Cuanto más profunda es mi unión con El, más fuerte es mi amor por quienes habitan el Carmelo.*

Instrumentos de Cristo

Nosotras ponemos nuestras manos, nuestros ojos y nuestro corazón a disposición de Cristo para que El obre por nuestro medio.

Bondad y comprensión

Jamás sabremos todo el bien que puede hacer una simple sonrisa.

Nosotras hablamos de nuestro Dios bueno, clemente y comprensivo.

¿Somos prueba viva de ello?

Los que sufren, ¿pueden percibir esta bondad, este perdón, esta comprensión viva en nosotras?

Que nadie jamás venga a ti sin que se vaya mejor y más feliz.

Todo el mundo debería ver la bondad en tu rostro, en tus ojos, en tu sonrisa.

Pensar en los demás

En los suburbios, nosotras somos la luz y la bondad de Dios.

La previsión es el comienzo de la santidad.

Si aprendéis este arte de ser previsores, seréis cada vez más como Cristo, porque su corazón era dulce y pensaba siempre en los demás.

Nuestra vocación, para ser hermosa, ha de estar llena de atenciones a los demás.

Jesús hizo el bien por todas partes.

Nuestra Señora en Caná no hizo más que pensar en las necesidades ajenas e informar de ellas a Jesús.

Amar a la persona

Lo importante para nosotros es el individuo.

Para amar a una persona, hay que acercarse a ella.

Si esperamos que haya un cierto número, nos perdemos en la cantidad, y no podremos jamás dar muestras de respeto y de amor a una persona en concreto. Para mí, cada persona es única en el mundo.

La dignidad de los pobres

Creo que los hombres de hoy piensan que los pobres no se les parecen humanamente.

Los miran de arriba abajo.

Si tuviesen un respeto profundo hacia los pobres, estoy convencida de que les sería más fácil acercarse a ellos, y ver que tienen tanto derecho a las cosas de la vida y al amor como cualquier ser humano.

En estos tiempos de desarrollo, todo el mundo corre y se agita.

Pero hay quienes se desploman por el camino y no tienen fuerza para proseguir.

De éstos es de quienes tenemos que ocuparnos.

Yo no miro nunca a las muchedumbres, sino a una persona.

Si mirase a las muchedumbres, no empezaría nunca.

El amor es un fruto de estación en todo tiempo.

En las chabolas

Puesto que nuestras Hermanas trabajan entre los habitantes de las chabolas, nos hemos encontrado con casos muy frecuentes de jóvenes madres moribundas y de niños nacidos con deformaciones, sin que lográsemos dar con las causas.

Ahondando en nuestras pesquisas, hemos descubierto

que se aprovechaba de su ignorancia para abusar de estas jóvenes.

Por ello, nos pusimos a pedir a Dios que nos enviase a alguien capaz de hacerse cargo de este trabajo, para poder ayudar a tales mujeres a hacer frente a esta dificultad con una conciencia clara, con un cuerpo sano en una familia feliz.

Nos llegó una vocación, una Hermana de la Isla Mauricio, que había frecuentado un curso de planificación familiar.

Dimos comienzo a un trabajo de información.

Hoy hay ya más de 3 000 familias que lo ponen en práctica, con un 95 ó un 96% de buenos resultados. Cuando unos y otros han constatado estos buenos efectos en sus familias, han venido a darnos las gracias. Algunos nos han dicho: *Nuestra familia ha permanecido unida, en buena salud y podemos tener un hijo cuando lo deseemos.*

La promoción humana de los pobres

No tenemos derecho a juzgar a los ricos.

Por nuestra parte, lo que deseamos no es un choque de clases sino un encuentro, para que los ricos salven a los pobres y los pobres salven a los ricos.

Nosotras estamos en favor de la responsabilización de los pobres, les pedimos su colaboración, los invitamos a que busquen soluciones ellos mismos.

Hay en Calcuta pobres que sobreviven prestando pequeños servicios a sueldo en casas de quienes tienen más. Vienen incluso a ofrecer su trabajo gratis a nuestros centros, aunque no sea más que media hora a la semana. Es una manera de situarse al nivel de los demás hombres.

Cristo en los pobres

A menudo pido dones que no tienen que ver con el dinero.

Hay cosas que se pueden conseguir.

Lo que yo deseo es la presencia del donante, justamente para que toque a aquellos a quienes da, para que les sonría, para que les preste atención: todo esto significa mucho para tales gentes.

Jesús salió al encuentro de Saulo mientras corría a Damasco para crear agitación, para matar y acabar con los cristianos.

Jesús le dijo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*

Saulo respondió: *¿Quién eres tú, Señor?*

Y Jesús: *Yo soy Jesús, a quien tú estás persiguiendo.*

Hoy es el mismo Cristo, el mismo Jesús, el que se identifica con los pobres que consideramos indeseables. Son inútiles para la sociedad y nadie tiene tiempo que dedicarles.

Sois vosotros y yo, si nuestro amor es auténtico, quienes tenemos que descubrirlos.

Comprometerse con los pobres

Sin la oportunidad de recibir el mensaje religioso, el espíritu más recto e inteligente no es, de hecho, más que una abeja encerrada en una botella.

Yo insisto para que las gentes se unan a nuestros trabajos, para provecho nuestro y de todos.

Nunca les pido dinero ni nada material.

Les pido que lleven su amor, que ofrezcan el sacrificio de sus manos.

Apenas tropiezan con quienes se encuentran en necesidad, su primer movimiento es el de hacer algo.

Cuando vienen por segunda vez, se sienten ya comprometidos.

Después de algún tiempo, sienten que pertenecen a los pobres, compenetrados con su necesidad de amar: descubren quiénes son y qué es lo que ellos mismos pueden dar.

Leprosos admirables

En Calcuta tenemos recogidos varios millares de leprosos.

Os aseguro que son admirables, por desfigurados que se presenten a la vista.

El apetito del huerfanito

Para que el amor sea auténtico, tiene que alcanzar antes que a nadie a quien está más cerca de nosotros.

Este amor es el que nos lleva a Dios.

Lo que nuestras Hermanas y Hermanos, lo mismo que los colaboradores, tratan de hacer es poner por obra este amor de Dios a través del amor al prójimo.

Sólo el conocimiento de los pobres los lleva al servicio. Las personas que vinieron a ayudarnos durante las dificultades por que atravesaron los refugiados de Bengala, nos manifestaron que habían recibido de sus asistidos más de lo que les habían podido dar.

Es esto exactamente lo que experimenta cada uno de nosotros cuando entramos en contacto con los pobres más pobres.

Es lo que nuestro pueblo necesita.
Tienen necesidad de que nuestras manos los sirvan y de que nuestros corazones les ofrezcan amor.
Pensad en la soledad de los ancianos: sin recursos, sin amor, sin nadie que les preste ayuda.
En muchas partes nos percatamos de este sufrimiento, de esta hambre de amor que sólo vosotros y yo podemos saciar.
Pensad en la infancia abandonada.
Un día descubrí un pobre niño que no comía: su madre estaba muerta.
Encontré que una Hermana se parecía a su madre.
Le dije que no hiciera otra cosa más que cuidarse del pequeñuelo: el apetito volvió.

La luz de Cristo

Cada Hermana y Hermano deben crecer a semejanza de Cristo, para que El viva en el mundo de hoy su vida de compasión y humanidad.
¡Qué grande es vuestro amor hacia Cristo!
Mantened siempre encendida en vuestros corazones la luz de Cristo: El es el amor que debe ser amado.

Esparcir el amor de Dios

El amor es un fruto de estación y un fruto fuera de estación, sin límites, que está al alcance de todos.
¿Estamos persuadidas del amor de Cristo hacia nosotras y del amor que nosotras le tenemos?
¿Es esta convicción un rayo de sol que hace crecer la savia de la vida, y hace brotar pétalos de santidad?

¿Es esta convicción la roca sobre la que se edifica la santidad, en el servicio a los pobres, prodigándoles lo que nos gustaría ofrecer a Cristo mismo?
Si seguimos esta senda, nuestra fe crecerá y, a través de nuestra convicción en aumento, la búsqueda de la santidad se convertirá en nuestra tarea de cada día.
Dios ama a aquellos a quienes puede dar más, a los que esperan más de El, a los que están más abiertos, a los que de El sienten mayor necesidad y que cuentan con El para todo.
Nuestras obras no son más que la expresión del crecimiento del amor de Dios en nosotras.
Por eso, el que está más unido con El es el que más ama a su prójimo.
Que el amor de Cristo sea un lazo viviente entre cada una de nosotras.
De ello deducirán todos que somos verdaderas Misioneras de la Caridad.
Puede ocurrir que una simple sonrisa, una pequeña visita, sencillamente el hecho de encender una luz, de escribir una carta para un ciego, de llevar un cubo de carbón, de ofrecer un par de alpargatas, de leer el periódico a alguien, algo pequeño, muy pequeño, sea de hecho nuestro amor de Dios en acto.
Aunque este año recogiéramos menos, mucho menos dinero, con tal que esparzamos más el amor de Cristo..., si damos a Cristo que tiene hambre, no sólo de pan sino también de nuestro amor, de nuestra presencia, de nuestro contacto, este año podría ser el año de la explosión real y viva del amor que Dios trae a la tierra.
Sin Dios, somos seres humanos que no pueden esparcir en torno más que dolor y sufrimiento.

Colaboradores de Cristo

Escuchando la llamada de los pobres, los Colaboradores han de tener una atención especial hacia los que se sienten indeseados y privados de amor. La peor de las enfermedades hoy día no es la lepra ni la tuberculosis sino el sentimiento de verse indeseados, de no ser amados, de sentirse abandonados de todos.

El mayor pecado es la ausencia de amor o de caridad, la terrible indiferencia hacia el prójimo que al borde de la calle cae víctima de la explotación, la corrupción, la indigencia y la enfermedad.

Cada colaborador, destinado como está a cooperar con Cristo en el mundo de la misericordia, debe comprender lo que Dios y la sociedad esperan de él.

Que los pobres, al verlo, se sientan atraídos hacia Cristo y le inviten a entrar íntimamente en sus vidas.

Que los enfermos y todos los que sufren encuentren en él un verdadero ángel de consuelo.

Que, cuando va por la calle, los niños se le acerquen porque es capaz de evocarles la imagen de aquel que se proclamó amigo de los niños.

Solicitud recíproca

Si aprendemos el arte del recogimiento, nos parecemos cada vez más a Cristo, ya que su corazón no es más que recompensa: Cristo piensa en todo momento en los demás.

Jesús pasó entre los hombres haciendo sólo el bien. En Caná, María no hizo sino pensar en las necesidades de los demás y las puso en conocimiento de Jesús.

El recogimiento de Jesús, María y José fue tan profundo que trocaron Nazaret en albergue del Todopoderoso. Si también nosotras tuviéramos esa misma solicitud las unas por las otras, nuestras comunidades se convertirían también en albergues del Todopoderoso.

La fuerza de la alegría

La alegría es fuerza.

Los pobres se sentían atraídos por Jesús porque una fuerza superior habitaba y salía de El, emanaba de sus ojos, de sus manos, de su cuerpo, totalmente liberado y presente ante Dios y ante los hombres.

Oración y trabajo

Los pobres son un don de Dios: son nuestro amor. Cristo no nos preguntará cuántas cosas hemos hecho, sino cuánto amor hemos puesto en nuestros actos.

Hay muchos pobres espirituales.

La pobreza espiritual que se encuentra en Europa y en América es un peso muy difícil de llevar.

Es muy difícil llevar a esos países el amor de Dios como testimonio.

Nuestra vida espiritual es una vida de dependencia de Dios, cuyo fruto es el trabajo por los pobres.

Nuestro trabajo es nuestra oración, porque lo realizamos por Jesús, en Jesús y con miras a Jesús.

Los pobres son una esperanza.

Ellos representan de hecho la esperanza del mundo por medio de su coraje.

Ellos nos ofrecen una manera diferente de amar a Dios obligándonos a hacer todo lo posible por socorrerlos.

Dios tiene necesidad de nuestra pobreza y no de nuestra plenitud.

Medios para ser humildes:

- *hablar lo menos posible de sí mismas*
- *ocuparse de los asuntos personales*
- *evitar la curiosidad*
- *no meterse en cuestiones ajenas*
- *aceptar las contradicciones con buen humor*
- *no pararse en los defectos de los demás*
- *aceptar los reproches, aunque sean inmerecidos*
- *ceder frente a la voluntad de los demás*
- *aceptar insultos e injurias*
- *aceptar verse descuidadas, olvidadas, despreciadas*
- *ser corteses y delicadas, incluso si alguien nos provoca*
- *no tratar de ser admiradas y amadas*
- *no atrincherarse detrás de la propia dignidad*
- *ceder en las discusiones, aunque se tenga razón*
- *escoger siempre lo más difícil.*

La alegría de los pobres

Esforzaos por ser la «demostración» de Dios en el seno de vuestra comunidad.

Tenemos que irradiar la alegría de ser pobres, pero sin necesidad de palabras.

Debemos sentirnos felices en nuestra pobreza...

Sujetémonos a Cristo

Una vez más estoy atravesando el océano para indicaros el camino en busca de los pobres.

Escribe Dom Marmion: «Todo lo que tenéis que hacer es abandonaros en sus manos como la cera, para que El cercene sin miedo todas las partes inútiles».

Por su parte, él, cuando se vio en la tentación de abandonar su orden, se postró ante el tabernáculo y gritó: *Que se me haga trizas antes de abandonar el monasterio.*

¿Somos nosotras lo suficientemente fuertes hasta el punto de preferir que se nos descuartice antes que abandonar a Cristo?

No se cambia de profesión con la facilidad con que se muda un vestido.

En nuestros días todo se debilita.

Se llega a desatar hasta los lazos más sagrados.

Sujetémonos a la Roca, que es Cristo.

Amor y renovación

Trabajar sin amor es una esclavitud.

La Iglesia quiere la renovación.

Pero renovación no significa cambio de costumbres.

La renovación tiene que ser fiel al espíritu de los textos.

Esposas de Cristo

Ofreced a Dios todas vuestras palabras, vuestros movimientos.

Hemos de ser esposas de Cristo.

Que no se oiga que mujer alguna de este mundo ama más a su marido que nosotras a Cristo.

El silencio del corazón

Me gusta insistir en la recomendación del silencio.

El silencio de la lengua nos enseñará a hablar a Cristo.

El silencio de los ojos nos ayudará a ver a Dios.

Nuestros ojos semejan dos ventanas por las cuales puede entrar Cristo o el mundo.

A veces necesitamos coraje para mantenerlos cerrados. Mantengamos el silencio del corazón.

Como la Virgen, que todo lo conservaba en su corazón.

Fidelidad

Nosotras, que estamos desposadas con Cristo, no podemos dar cabida a otros afectos en nuestro corazón sin provocar el descontento de Dios.

Dios nos ha elegido, pero El tiene también el derecho de dejar de escogernos.

El no lo hará jamás por sí mismo, a no ser que nosotras le obliguemos a hacerlo.

No juguéis con vuestra vocación, porque cuando queráis preservarla, os faltará el coraje para hacerlo.

¿Por qué tantos hogares desunidos?

A causa de afectos no controlados, por el deseo de tener todos los placeres derivados de la existencia de dos amores.

Cuando lo dejamos todo para entrar en la vida religiosa, nuestros padres hicieron grandes sacrificios: si somos infieles a nuestra vocación, les causamos una aflicción muy grande...

El voto de caridad

El voto de caridad es fruto de nuestra unión con Cristo, de la misma manera que el hijo es fruto del sacramento del matrimonio.

Como la lámpara no puede arder sin aceite, el voto de caridad no puede vivir sin los votos de pobreza y de obediencia.

Nazaret

La previsión de María fue tan grande que hizo de Nazaret el refugio de Dios.

Servíos de la lengua para bien de los demás: de la abundancia del corazón habla la boca.

Sonrisas de alegría

Novicias: Yo deseo escuchar la música de vuestras sonrisas de alegría aquí en Venezuela.

Jóvenes profesas: El ruido de vuestros pasos en busca de las almas debe ser una dulce música para Jesús.

Estudiantes: La lámpara que arde a través de vuestros libros la debéis conservar bien abastecida de aceite para que podáis ser una luz de Cristo en las chabolas.

Oraciones por el papa

Ayer fuimos a la basílica de san Pedro, donde había una audiencia pública.

Después, el papa nos recibió en audiencia privada a 40 de nosotras.

No recuerdo ni una palabra... Sólo sé que pidió oraciones.

Ninguna de nosotras recuerda nada más, porque no hicimos más que mirarle.

El polvo de nuestras almas

Este año, hemos de preparar un pesebre de pobreza. Será fácil llenarlo de caridad.

Nosotras estamos convencidas de que nos conocemos bien personalmente.

Nuestras vidas pertenecen a Dios: ¿a qué pasar tanto tiempo en analizarnos?

No es que no hagamos nuestro examen de conciencia, pero es que lo hacemos solas.

Debemos hacerlo con Cristo, si queremos que sea un examen sincero: Jesús es nuestro «colaborador».

Nuestras almas deben ser como un cristal transparente a través del cual se puede percibir a Dios.

Este cristal está a veces recubierto de suciedad y de polvo.

Para remover ese polvo, hacemos el examen de conciencia, para obtener un corazón limpio.

Dios nos ayudará a remover ese polvo, con tal que se lo permitamos, si tenemos la voluntad de que sea la suya la que actúe.

He aquí lo que quizá nos haya faltado.

Nuestros deberes, nuestra actitud hacia el prójimo, nuestros contactos pueden ofrecernos materia de reflexión. Si hacemos nuestro examen, sin que nada desvíe nuestra atención, nos daremos cuenta de que tenemos necesidad de Jesús para que nos ayude a descubrir nuestras infidelidades.

Nuestro examen de conciencia es el espejo que orientamos hacia la naturaleza: una prueba humana sin duda pero que necesita un espejo para reflejar fielmente sus deficiencias.

Si emprendemos esta tarea con mayor fidelidad, quizá lleguemos a darnos cuenta de que lo que consideramos, a veces, piedra de tropiezo es más bien piedra de vado.

La humildad

Nuestra vida tiene tanta mayor necesidad de humildad cuanto está más a la vista.

La gente nos circunda con su amor para garantizar la utilidad de nuestra obra.

Es hermoso ver la humildad de Cristo que se *anonadó*, tomando forma de siervo...

A la gente no le gustan las religiosas altivas, porque son un instrumento pesado en manos de Dios.

Los pobres quieren ser tratados como hijos de Dios, no como esclavos.

Practicar la humildad sin saber que se es humildes es una gran virtud.

Cristo

No hay más que una oración robusta: Cristo.

No hay más que una voz que se remonta sobre la faz de la tierra: la voz de Cristo.

Humildad y dones de Dios

Se dice que la humildad es la verdad y que Jesús es la verdad.

Por consiguiente, la única manera de parecerse a Cristo es practicar la humildad.

Pero no pensemos que la humildad se demuestra ocultando los dones de Dios: tenemos que hacer uso de todos los dones que Dios nos ha dado.

Obediencia y premio

El 31 de diciembre, mientras retumbaba la sirena, mi pensamiento estaba con cada una de vosotras.

Seamos apóstoles de la obediencia, que esparcen la alegría de Jesús en la casa donde nos encontramos.

Dios os ama por medio de vuestras superiores, que El ha puesto en su lugar.

Si El recompensa hasta por un vaso de agua, cuánto más ha de recompensar vuestros gastos de obediencia.

Buscar a Jesús

Santa Margarita-María preguntó a Jesús: *Señor, ¿qué queréis que haga?*

Jesús le respondió: *Déjame obrar a mí.*

Dejaos vaciar y transformar, para llenar el cáliz de vuestro corazón hasta los bordes, para que a vuestra vez podáis dar en abundancia.

Buscadle.

El conocimiento os hará fuertes como la muerte.

Amadle sin mirar atrás, sin miedos.

Creed que sólo Jesús es la vida.

Servidle, desechando y olvidando todo lo que os estorba, con el único deseo de que se ame el amor que no es amado.

Aprender de la Virgen

Que la Virgen haga nuestros corazones humildes y sumisos como el de su Hijo.

En ella se formó el Corazón de Jesús.

Aprendamos a ser humildes aceptando las humillaciones con alegría.

Hemos sido creadas para cosas grandes: ¿por qué nos hemos de rebajar a cosas que empañarían la belleza de nuestro corazón?

¡Cuántas cosas podemos aprender de la Virgen!

Pedidle a la Virgen que le diga a Jesús: *No tienen vino.*

El vino de la humildad y de la sumisión, de la bondad, de la dulzura...

Obedecer como Cristo

La primera lección del Corazón de Jesús es nuestro examen de conciencia: *Conócete a ti misma.*

El examen consiste en confrontarnos a nosotras con Jesús.

No debemos perder el tiempo mirando inútilmente nuestras miserias, sino que hemos de elevarnos a su luz.

En nuestro voto de obediencia, ¿no hay una falta de fe si nos paramos a observar las limitaciones humanas de nuestra superiora?

Nuestra obediencia rápida, sencilla y alegre, es la mejor demostración de nuestra fe.

Si Dios ama a quien da con alegría, cuánto más no amará a aquel que da con obediencia.

Obedecer como ha obedecido Cristo...

Humildad de corazón

La grandeza de María radicaba en su humildad.

No extraña que Jesús, que vivió tan cerca de ella, parezca empeñado en que aprendamos de ella una cosa por encima de todo: la humildad del corazón.

La humildad es verdad.

Debemos ser capaces de decir con san Pablo: *Todo lo puedo en Aquel que me da fuerza.*

Por vosotras mismas no podéis conseguir más que debilidad, miseria y pecado.

Todos los dones que poseéis vienen de Dios...

No consintáis que las tentaciones debiliten la fuerza de vuestra vocación.

Obedecer

En el cielo, nuestro Señor no os preguntará: *¿Vuestra superiora era inteligente, comprensiva, alegre?*

Se limitará a preguntaros: *¿Me habéis obedecido?*

Qué fracaso para vuestra vida si no está llena más que de vosotras mismas en lugar de estarlo de El, que es nuestro esposo, al que le quitamos el puesto.

Si no sois capaces de ver a Jesús en vuestra superiora, ¿cómo lo veréis en los pobres? ¿Cómo descubriréis a Jesús bajo las apariencias de la miseria? ¿Cómo amaréis a Jesús, al que no podéis ver, si no amáis a vuestra superiora, a quien veis?

Cuando el diablo está descontento de la obra de Dios, y no sabe cómo destruirla, trata de destruir el instrumento: de esta manera, indirectamente, destruye la obra de Dios.

No permitáis que se abuse de vosotras: obedeced, obedeced. No importa a quién y en qué, desde el momento que la superiora representa a Dios.

Obedeced de la misma manera que la Virgen obedeció al ángel: *Que se cumpla tu voluntad.*

¿Qué voluntad? La del ángel, puesto que el ángel sustituía a Dios.

Ella, la reina del cielo, obedece al ángel: de la misma manera que obedeció a san José, que para ella sustituía a Dios.

El aceite y la lámpara

No creáis que el amor, para ser auténtico, haya de ser extraordinario.

De lo que tenemos necesidad es de amar sin cansarnos. ¿Cómo arde una lámpara?

Mediante el alimento continuo de pequeñas gotas de aceite.

Si se acaban las gotas de aceite, cesará la luz de la lámpara, y el esposo dirá: *No te conozco.*

Hijas mías, ¿qué son estas gotas de aceite de nuestras lámparas?

Son las pequeñas cosas de la vida de cada día: la fidelidad, la puntualidad, las pequeñas palabras de amabilidad, un pensamiento por los demás, nuestra manera de hacer silencio, de mirar, de hablar y de obrar.

He ahí las verdaderas gotas de amor que mantienen encendida nuestra vida religiosa con una llama muy viva.

No busquéis a Jesús lejos de vosotras: El no está allá lejos. Está en vosotras.

Manted encendida la lámpara y lo reconoceréis.

Los sufrimientos de los pobres

Sin sufrimiento, nuestra obra no sería más que una obra social: caritativa y saludable, pero no la obra de Jesús.

Cristo ha querido compartir nuestra vida, nuestra soledad, nuestra angustia, nuestra muerte.

Todo ello, en la noche más dura...

Toda la infelicidad de los pobres, su pobreza material, su abandono espiritual, pueden quedar a salvo si compartimos sus sufrimientos.

Sólo permaneciendo unidas a ellos, los podemos salvar.

Obediencia y santidad

Qué grande es nuestra vocación.

Qué felices se sentirían muchos si se les ofreciese la oportunidad de servir personalmente al rey de este mundo. Pues eso hacemos nosotras.

Nosotras podemos tocar, servir, amar a Cristo cada día de nuestra vida...

Vuestra obra en favor de los pobres será mejor realizada si conocéis la manera como Dios quiere que la realicéis, pero no tendréis otra manera de conocerla más que por la obediencia.

Sujetaos a vuestras superiores, como la hiedra.

La hiedra no puede vivir más que sujetándose a algo. Vosotras no creceréis ni viviréis en la santidad más que sujetándoos a la obediencia.

Cosas grandes y cosas pequeñas

Sed fieles en las cosas pequeñas, porque es en ellas donde reside vuestra fuerza.

Para el buen Dios, nada es pequeño, puesto que El es grande y nosotras muy pequeñas.

Por eso El se abaja y se preocupa de hacer cosas pequeñas, para ofrecernos una ocasión de demostrarle nuestro amor.

Puesto que El las hace, son cosas grandes —nada que El haga puede ser pequeño—: son infinitas.

Os llevaré a todas conmigo hasta los pies del Vicario de Cristo.

Estoy segura de que, con su amor paternal, os bendecirá a cada una...

Fidelidad a la regla

La fidelidad a la regla es la flor más delicada y preciosa que podemos ofrecer a Dios.

La regla expresa la voluntad de Dios: tenemos que someternos a ella hasta nuestro último suspiro.

Hemos de estar convencidas de que la menor infracción no justificada hiere el Corazón de Jesús y mancha nuestra conciencia.

Cuando la regla se convierte en una de las cosas que más amamos, este amor se troca en un servicio gratuito que se hace con una sonrisa.

La sumisión, para quien ama, es más que un deber: es el secreto de la santidad.

Fidelidad en las cosas pequeñas, no por ellas mismas —lo que sería propio de espíritus pequeños— sino por la voluntad de Dios, que tenemos que respetar siempre en las cosas pequeñas.

San Agustín decía: *Las cosas pequeñas son realmente pequeñas, pero el ser fieles en las cosas pequeñas es cosa grande.*

Nuestro Señor, ¿no es el mismo en una hostia pequeña que en una grande?

La regla más menuda contiene la voluntad de Dios no menos que las cosas grandes de la vida.

Para comprender esta verdad, hemos de convencernos de que la regla es de origen divino, hemos de agarrarnos a ella como el niño pequeño se agarra a su madre...

Hemos de amarla con la voluntad y con la razón.

Poco importa si a veces parece dura, austera y artificial.

Dios ha sido tan maravilloso con nosotras, que nosotras tenemos el deber de serlo para con El.

Amor a la regla

Todas queremos realizar algo hermoso para Dios. Somos capaces de imaginar toda suerte de mortificaciones. Sólo una cosa cuenta: vivir la regla con el más grande amor.

San Vicente compara las reglas con «alas para volar hacia Dios».

En el lecho de muerte, una religiosa preguntó: *¿Qué hubiera tenido que hacer para ser santa?*

El sacerdote que la asistía respondió: *¿No conocéis ese libro maravilloso que es la regla? Si la hubieseis vivido, seríais santa.*

Básteos saber que cumpliendo con vuestro deber, podéis ser santas, dice san Alfonso.

San Vicente dice: *Observad vuestras reglas y seréis santos, porque como la regla es santa os puede santificar.*

San Francisco de Sales escribe: *Avanzad siempre observando fielmente vuestra regla y seréis bendecidas por Dios, ya que El mismo os guiará con todo cuidado.*

En la observancia de la regla hallaréis la fuerza para la pureza de vuestra conciencia, fervor para llenar vuestra alma y amor para inflamar vuestro corazón.

Sonreír a Jesús

No seáis ciegas, hijas mías.

El buen Dios os ha hecho entrega de su obra.

La debéis llevar a cabo como El quiere.

Exito o fracaso no tienen significado alguno ante sus

ojos, con tal que hagáis lo que El os pide y como os lo pide.

Si obedecéis, sois infalibles.

El diablo lo intenta todo con el fin de destruir la obra de Dios.

Pero como no lo consigue directamente, trata de hacernos cumplir su obra a nuestra manera.

Ahí es donde él sale ganando y nosotras perdiendo.

En todas nuestras casas y en el noviciado, Dios concede generosidad a las religiosas.

Conservad esta generosidad: tendréis todas las razones para sentirnos felices.

Seguid sonriendo a Jesús, a través de la sonrisa a vuestras superiores, a vuestras hermanas, a los pobres. Hemos de poner todo esfuerzo en hacer el bien.

Yo lo quiero, dijeron san Juan Berchmans, san Estanislao, santa Margarita-María, y llegaron a ser santos. ¿Qué es un santo? Es un alma resuelta, un alma que se sirve de su fuerza para obrar.

San Pablo no quería decir otra cosa cuando afirmaba: *Todo lo puedo en Aquel que me da fuerzas.*

Ser santas

Herманas mías, yo no me contentaría con ver que sois buenas religiosas: tenéis que ser capaces de un sacrificio perfecto: sólo la santidad puede perfeccionar vuestra entrega.

Tomar la resolución de ser santas cuesta mucho.

El alma que ha tomado tal decisión se encuentra expuesta a la renuncia, a la tentación, a las luchas, a las persecuciones, a toda suerte de sacrificios.

No se puede amar a Dios más que a expensas propias.

Quiero ser santa significa: Me despojaré de todo lo que no es Dios. Me despojaré y vaciaré mi corazón de todas las cosas materiales. Viviré en la pobreza y el despojo. Renunciaré a mi propia voluntad, a mis inclinaciones, a mis caprichos, a mis veleidades, y me convertiré en esclava generosa de la voluntad de Dios.

Me voy de viaje

El 25, a las 5,45, saldré con la *Pan American* para llegar a Estados Unidos el 26 a las 6,30.

Parto, pero mi corazón y mi espíritu permanecen con vosotras.

Se trata de la voluntad de Dios. Por eso, sentíos felices.

Durante mi ausencia, sor María Inés, asistente general, y el consejo general asumirán todas las responsabilidades.

Dios no dejará de velar por vosotras, si permanecéis unidas.

Permaneced muy estrechamente unidas en torno a la comunidad, porque Dios es su centro.

No me preocupa dejaros, porque conozco el gran regalo que Dios me ha hecho en daros a mí.

Cuando regrese el 15 de noviembre, iré a Roma.

Trataré de ver al santo Padre y le pediré que nos conceda un reconocimiento pontificio.

No somos merecedoras de semejante don, pero si ésta es la voluntad santa de Dios, seguramente lo conseguiremos.

Que las superiores hagan sacrificios en la obediencia, las hermanas en la caridad, las novicias en la pobreza y las postulantes en la castidad.

Las superiores: obediencia rápida, sencilla, ciega, de buen humor: Jesús fue obediente hasta la muerte.

Las hermanas: caridad en los deseos, en las palabras, en los pensamientos, los sentimientos, las acciones: Jesús hizo el bien en derredor suyo.

Las novicias: pobreza en los deseos, los apegos, los gustos y aversiones: Jesús siendo rico se hizo pobre por nosotros.

Las postulantes: castidad en pensamientos, afectos y deseos, no escuchando conversaciones inútiles: Dios es un esposo celoso.

Amor a la pobreza

Pienso que si hoy no hay vocaciones en la Iglesia, o si escasean, depende en parte de que hay demasiada riqueza, demasiado bienestar, un nivel de vida demasiado alto no sólo en las familias sino incluso en la vida religiosa.

De todas partes llegan jóvenes a la India y emprenden una vida muy pobre, más pobre que la nuestra, empujados por el deseo de liberarse de su ambiente de riqueza. Creo que quieren ser un ejemplo vivo de la pobreza de Cristo.

No basta con conocer el espíritu de pobreza: hay que conocer la pobreza, la de no tener nada, porque todos hoy, incluso aquellos que provienen de ambientes acomodados, desean vivir la experiencia de lo que significa realmente no tener nada.

La mayor parte de las vocaciones que hemos tenido, y provienen de Europa y de América, han solicitado agregarse a nuestra congregación no por el trabajo sino por amor a la pobreza.

Caridad y obediencia

El 7 de octubre será el aniversario del día en que Dios quiso que naciera nuestra pequeña congregación. Por tratarse de un día consagrado a Nuestra Señora, era justo que ella nos concediese poder sobrevivir hasta este día espléndido.

Tenemos que crecer como un árbol recto y productivo.

Esforcémonos por ser fuentes de alegría en su honor, como ella lo es para nosotras.

Tendría muchas cosas en el corazón para transmitirlos, pero sobre todo dos: la caridad y la obediencia. Sed colaboradoras auténticas de Cristo.

Irradiad y vivid su vida.

Sed ángeles de consuelo para los enfermos, amigas de los pequeños, y amaos las unas a las otras como Dios ama a cada una de vosotras con un amor intenso y particular.

Sed afables las unas con las otras: mejor es cometer faltas con gentileza que hacer milagros con falta de bondad.

Sed comedidas en vuestras palabras.

Admirad la discreción de la Virgen. Ella no se deja escapar, con san José, ni una palabra del mensaje del ángel, sino que conserva todo en su corazón y deja que Dios intervenga.

Sobresalid por vuestra obediencia.

Ahora que tenemos tres superiores, ayudadles mediante una obediencia sencilla, ciega, solícita y de buen humor. No está excluido que vosotras mismas seáis mejor dotadas, más capaces, e incluso mejores bajo muchos puntos de vista, y hasta más santas que vuestra superiora.

No se nos pide eso para obedecer.

Sólo cuenta una cosa: ella representa a Dios para vosotras.

Dolor y trabajo

Mi pensamiento corre a menudo hasta vosotros los que tanto sufrís, y ofrezco vuestros sufrimientos tan grandes mientras los míos son tan pequeños.

Enfermos: cuando se os hace más duro, refugiaos en el corazón de Cristo: allí mi corazón encontrará con vosotros la fuerza y el amor.

¿Deseáis sufrir con amor puro?

Hacedlo con el amor que Cristo ha escogido para vosotros.

Cuán agradecida estoy a Dios de que os haya dado a mí. Dad cada vez más, hasta que lo hayáis dado todo.

Mi alma se siente animada por el pensamiento de que ofrecéis vuestras oraciones y sufrimientos por nuestro trabajo.

Esto me hace más fácil la sonrisa.

Vosotros sufrís: nosotras trabajamos.

Juntos, vosotros y nosotras, ofrecemos el mismo cáliz.

Discreción y amor

Las riquezas, tanto si son materiales como si son espirituales, os pueden sofocar, si no las usáis de manera justa.

Permanezcamos lo más vacías posible para que Dios nos pueda llenar.

Porque ni Dios mismo puede meter nada allí donde todo está ya lleno.

Dios no se nos impone.

Sois vosotras, Hermanas, quienes podéis llenar el mundo con el amor que Dios os ha dado.

El trabajo del rearme moral se hace con discreción y con amor.

Cuanto más discreto, más penetrante es.

Vosotras lo dais a los otros, y son ellos quienes lo absorben.

La gente no tiene en apariencia muchas ganas de vernos, pero todos tienen hambre y sed de lo que Dios les quiere dar por nuestro medio.

Por todo el mundo, los hombres tienen hambre y sed del amor de Dios.

Vosotras apagáis esta hambre esparciendo alegría.

Manifestamos nuestra alegría en el servicio de los enfermos, de los moribundos, de los abandonados.

Sonreír

Para esparcir alegría, es menester que la alegría reine en la familia.

La paz y la guerra empiezan dentro del propio hogar. Si queremos de veras la paz del mundo, empecemos amándonos los unos a los otros dentro de nuestras familias.

Tendremos así la alegría de Cristo, que es nuestra fuerza.

A veces nos resulta muy difícil sonreír los unos a los otros.

Le es difícil, a menudo, al marido sonreír a su esposa, o a la esposa sonreír a su marido.

Alguien me preguntó en cierta ocasión si estaba casada.

Contesté que sí, añadiendo que a veces me resulta difícil sonreír a Cristo.

Dar con alegría

La alegría es una red de amor en la cual se pueden recoger las almas.

Dios ama a aquel que da con alegría.

Quien da con alegría, da mejor.

La mejor manera de demostrar nuestra gratitud a Dios y al prójimo, es aceptar con alegría.

La alegría puede multiplicarse en un corazón que rebosa de amor.

Nosotros esperamos con impaciencia el paraíso donde está Dios, pero tenemos en nuestras manos el poder estar en el paraíso ya desde aquí y desde ahora mismo. Ser felices con Dios quiere decir: *Amar como El ama; ayudar como El ayuda; dar como El da; servir como sirve El.*

Amor en acción

Al no poder ver a Cristo, tampoco le podemos expresar nuestro amor.

Al prójimo lo vemos, y por él podemos hacer lo que haríamos por Cristo, si fuera visible.

Estemos abiertos a Dios, para que El pueda hacer uso de nosotras.

Pongamos el amor por obra.

Empecemos por nuestra familia, por los más cercanos de casa y de calle.

Es difícil, pero el trabajo empieza por ahí.
Somos colaboradores de Cristo: ramas fértiles de la vid.

Cristo visible

Unos y otras llevamos a cabo un mismo trabajo social, pero mientras algunos lo hacen por algo, nosotras lo hacemos por alguien.

Entra aquí en juego el respeto, el amor, la devoción, ya que lo hacemos por Dios, y por eso queremos que sea lo más hermoso posible.

Nosotras estamos en contacto continuo con Cristo en su obra, lo mismo que lo estamos con El en la misa y la eucaristía.

Allí Jesús se ofrece bajo las apariencias de pan.

En el mundo del sufrimiento, en los cuerpos maltrechos, en los niños, nosotras vemos a Cristo y le tocamos diariamente.

Conocer mejor a los pobres

El tabernáculo es la garantía de que Jesús *ha plantado su tienda* entre nosotros.

La eucaristía es el sacramento de oración, fuente y cúmulo de vida cristiana.

Nuestra eucaristía queda incompleta si no nos lleva al servicio y al amor de los pobres.

Al recibir la comunión de los pobres, descubrimos mejor nuestra pobreza.

Todos los días tenemos la exposición del Santísimo, y nos hemos dado cuenta de un cambio profundo en nues-

tras vidas: hemos advertido un amor más profundo a Cristo a través del rostro afligido de los pobres.

Hemos podido conocernos mejor y conocer mejor también a los pobres, como testimonio concreto de Dios. Desde que hemos puesto en marcha esta forma de culto, no sólo no hemos disminuido nuestro trabajo sino que le seguimos consagrando tanto tiempo como anteriormente pero con una comprensión mejor.

Las gentes nos aceptan ahora mejor, porque tienen hambre de Dios.

No sienten necesidad de nosotras, sino de Jesús.

Santidad es querer

La santidad consiste en realizar la voluntad de Dios con alegría.

La fidelidad forja santos.

La vida espiritual es unión con Jesús: lo divino y lo humano en mutua entrega.

Lo único que me pide Jesús es que me entregue a El, en pobreza total, en total olvido.

El primer paso hacia la santidad es la voluntad de conseguirla.

Con una voluntad íntegra, amamos a Dios, optamos por El, corremos hacia El, lo alcanzamos, lo poseemos.

A menudo, bajo el pretexto de la humildad, de la confianza, del abandono, nos olvidamos de utilizar nuestra voluntad.

Todo depende de estas palabras: *Quiero* o *No quiero*.

En la expresión *Quiero*, tengo que volcar toda mi energía.

No podemos tomar la decisión de hacernos santas sin un grande esfuerzo de renuncia, de tentaciones, de com-

bates, de persecuciones, y de toda clase de sacrificios. No se puede amar a Dios más que a expensas de uno mismo.

Los pobres son nuestra oración

Comenzamos nuestra jornada tratando de ver a Cristo a través del pan eucarístico.

A lo largo del día, permanecemos en contacto con El bajo las apariencias de los cuerpos desgarrados de nuestros pobres.

De esta manera, nuestro trabajo se convierte en oración, al cumplirlo con Jesús, por Jesús y hacia Jesús. Los pobres son nuestra oración.

Ellos llevan a Dios en sí mismos.

La oración está en todas las cosas, en todos los gestos...

Oración y silencio

Es difícil orar si no se sabe cómo hacerlo.

Pero es menester que nos ayudemos en la oración.

Lo más importante es el silencio.

Las almas de oración son almas de profundo silencio.

No podemos ponernos directamente en la presencia de Dios sin obligarnos a un silencio interior y exterior.

Tenemos que acostumbrarnos por esto al silencio del espíritu, de los ojos y de la lengua.

Dios es amigo del silencio.

Tenemos que encontrar a Dios, pero a Dios no podemos encontrarlo ni en el ruido ni en la agitación.

La naturaleza —árboles, flores, hierbas— crecen en medio de un silencio profundo.

Las estrellas, la luna y el sol se mueven en silencio.

¿No es misión nuestra darles a Dios a los pobres de las calles? No un Dios muerto, sino un Dios vivo, un Dios de amor.

Los apóstoles dicen: *Tenemos que consagrarnos sin descanso a la oración y al ministerio de la palabra.*

Cuanto más recibamos en nuestra oración silenciosa, más podemos dar en nuestra vida activa.

El silencio nos da una visión nueva de las cosas.

Necesitamos ese silencio para llegar a las almas.

Lo esencial no es lo que nosotros decimos, sino lo que Dios nos dice y lo que El dice a otros por nuestro medio.

Jesús nos espera siempre en silencio.

En el silencio nos escucha: en el silencio habla a nuestras almas.

En el silencio nos es dado poder escuchar su voz.

El silencio interior es muy difícil, pero tenemos que esforzarnos para orar.

En ese silencio descubriremos una nueva energía y una unidad real.

La unidad de nuestros pensamientos con los suyos, la unidad de nuestras oraciones con las suyas, la unidad de nuestros actos con los suyos, de nuestra vida con la suya.

Todas nuestras palabras serán inútiles si no vienen del fondo del corazón.

Las palabras que no esparcen la luz de Cristo, aumentan la oscuridad.

Rebosar alegría

¿Qué sería nuestra vida si las Hermanas no fuesen alegres?

Sería una esclavitud pura y simple.

Trabajaríamos sin atraer a nadie.

La tristeza, el abatimiento, la morosidad abren las puertas a la pereza, madre de todos los males.

Si sois alegres, no os preocupéis de la tibieza.

La alegría brilla en los ojos y en la mirada, en la conversación y en el semblante.

No os será posible ocultarla, porque la alegría se desborda.

Cuando la gente vea la felicidad en nuestros ojos, tomarán conciencia de su naturaleza de hijos de Dios.

Las almas santas tienen a veces grandes pruebas interiores y conocen las tinieblas.

Pero si nosotras queremos que los demás se percaten de la presencia de Jesús, hemos de ser las primeras convencidas.

Imaginaos una Hermana que va a las chabolas con rostro entristecido y paso lento.

¿Qué podrá llevar su presencia a las pobres gentes?

Nada, a no ser un mayor abatimiento.

La alegría es muy contagiosa.

Tratad, por consiguiente, de estar siempre rebosantes de alegría cada vez que vais entre los pobres.

La alegría, según san Buenaventura, se le ha dado al hombre para que pueda alegrarse en Dios por la esperanza del bien eterno y a la vista de los beneficios que recibe de Dios: para que sepa alegrarse de la prosperidad de su vecino, se complazca en dar gloria a Dios y sienta descontento frente a las cosas vanas.

Ser universales

El *nacionalismo* es incompatible con nuestras instituciones.

Por ello, nosotras jamás debemos mantener una opinión desfavorable con respecto a los que no pertenecen a nuestro mismo país.

No deberemos polemizar nunca sobre política, ni convertir en tema de nuestra conversación las guerras y disputas, en el caso de que su simple alusión pueda perjudicar la caridad.

El nacionalismo es contrario al «*Id y evangelizad a todos los pueblos*» (Mt 28).

Nuestro corazón ha de parecerse al de san Pablo, que era «el corazón del mundo entero».

Nuestra congregación ha de estar abierta a jóvenes de cualquiera y de todas las nacionalidades.

Pobreza

Cuando se entra en contacto con el dinero, se pierde el contacto con Dios.

Que Dios nos libre de ello.

Es preferible la muerte.

¿Qué se puede hacer con el dinero que sobra? ¿Meterlo en el banco?

No caigamos en los hábitos del prestamista.

No tenemos la menor razón para ello: Dios vela por nosotras.

Un día, brota el deseo del dinero y de todo lo que el dinero puede procurar: lo superfluo, el lujo en la comida, los vestidos, fruslerías.

Las necesidades aumentan, porque una cosa atrae a otra. El resultado es una insatisfacción incontenible.

Si tenéis que hacer compras, escoged lo más ruin.

Nosotras tenemos que sentirnos felices de nuestra pobreza.

No nos dejemos llevar por nuestros pequeños egoísmos. Puede ocurrir que tengamos que subir agua a un determinado piso para un baño, y que nos encontremos con tres cubos llenos.

Viene en seguida la tentación de usar toda el agua...

Si tenéis que dormir en un local mal aireado, no deis señales de sofocación ni de respiración difícil, para no dar a entender que os sentís incómodas.

Ahí está la pobreza.

La pobreza nos hace libres.

Por eso podemos mostrar regocijo, sonreír y tener el corazón alegre...

La sed del Creador

Tengo sed, dijo Jesús en la cruz.

Su sed no era de agua, sino de amor.

Nuestra finalidad es apagar esa sed.

Con la práctica de los cuatro votos de castidad, pobreza, obediencia y entrega a los pobres más pobres, la Misionera de la Caridad no cesa de apagar esa sed.

«Nada ordinario —dice san Ignacio— ha de satisfacer el compromiso que habéis contraído de tender a la perfección. Considerad vuestra vocación y cómo tiene que ser y os daréis cuenta de que lo que a otros puede satisfacer, en manera alguna puede daros satisfacción a vosotros».

Recordemos también a santa Teresita de Lisieux: «¿Cómo podría demostrar yo mi amor, desde el momento que el amor se manifiesta con actos?»

Santa Teresita sembraba flores: «No dejaré pasar ningún sacrificio, ningún gesto de delicadeza, ninguna palabra... Hacer por amor las cosas más pequeñas... Lo cantaré siempre, aunque las rosas tengan que cultivarse en medio de espinas. Cuanto más grandes y punzantes sean las espinas, más dulce ha de ser mi canto».

Nuestro Dios tiene necesidad de nuestro amor.

Pero no la tiene de nuestros actos.

El mismo Dios que nos dice que no necesita decirnos si tiene hambre, no se siente humillado en pedir un poco de agua a la samaritana.

Tenía sed, de hecho, pero cuando dijo: *Dame de beber*, El, que era el Creador, pedía amor a su creatura.

Mensajeras del amor

Para llegar a ser santas, tendremos que sufrir mucho.

El sufrimiento engendra el amor y la vida en las almas.

Por lo que nos concierne a nosotras, mensajeras del amor de Dios, cuán llenas hemos de estar de amor para ser fieles a nuestro nombre.

Permanezcamos con María junto a Jesús crucificado, con nuestro cáliz hecho de los cuatro votos y lleno con el vino del sacrificio de nosotras mismas.

Todos nuestros gestos deben mirar a acrecentar nuestra propia perfección y la de nuestro prójimo ofreciendo nuestros cuidados a los enfermos y a los moribundos, recogiendo y educando a los pequeños abandonados por las calles, ofreciendo cobijo a los desalojados.

Entregarse a la conversión de los pobres en los suburbios es una tarea ardua y sin descanso, sin resultado y sin recompensa.

Nuestra tarea

Convertir es llevar a Dios.

Santificar es llenar de Dios.

Convertir y santificar son obra de Dios.

Pero, en su infinita misericordia, Dios ha escogido a las Misioneras de la Caridad para que le ayuden en su propia tarea.

Es un favor especial que se les otorga, sin que medie mérito especial alguno por parte de ellas, el de poder llevar la luz de Cristo hasta los rincones más pobres de las chabolas.

Las Misioneras de la Caridad están dispuestas a entregarse sin descanso a la búsqueda de los moribundos en los lugares más oscuros, más pobres y más abandonados.

La solicitud es la demostración del verdadero amor de Dios.

Nosotras no podemos menos de dejarnos consumir por el deseo ardiente de salvar almas.

La diligencia, la prontitud, el fervor es el test del amor y el test del fervor es la disposición a entregar la propia vida al trabajo por las almas.

No debemos sentirnos apegadas a un único lugar: debemos estar disponibles para recorrer el mundo entero...

La obediencia

No se puede ocultar que la vida activa está llena de riesgos, a consecuencia de las numerosas ocasiones de pecado que ofrece.

Pero podemos sentirnos seguras de la especial protección de Dios en todo gesto que llevemos a cabo bajo el signo de la obediencia.

Dudar cuando la obediencia llama a la acción es algo merecedor del reproche que se hizo a Pedro: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?*

Acción y contemplación

Nuestra Señora se puso en marcha con solicitud hacia la región montañosa y allí permaneció durante tres meses para llevar a cabo el trabajo de sierva de su prima ya mayor...

Nosotras tenemos que poseer antes de que podamos dar. Quien tiene la misión de repartir a los demás, tiene que crecer antes en el conocimiento de Dios y llenarse de ese conocimiento.

Dice san Agustín: «Antes de permitir que hable su lengua, el apóstol debería elevar su alma hasta Dios para verter luego lo que ha bebido y dar aquello de lo que está lleno».

Santo Tomás dice: «Los que han sido llamados a la acción, se equivocarían si pensasen que están dispensados de la vida contemplativa. Ambas tareas van unidas íntimamente. De esta manera, esas dos vidas, lejos de excluirse, se implican mutuamente, comportando los mismos medios y ayudas y se completan mutuamente.

La acción, para ser productiva, tiene necesidad de la vida contemplativa. Esta, cuando alcanza un determinado grado de intensidad, esparce sobre aquélla algo de lo que le sobra...»

Cuando hay que hablar, no hemos de tener miedos.

Alguien interiormente nos dirá lo que tenemos que decir y cómo conviene que lo digamos.

El Cristo ha de predicarse de manera tal que sepamos decir a los paganos que pueden llegar a conocerlo; a los herejes y cismáticos que pueden retornar al recto camino; a los malos católicos que pueden alcanzar su misericordia, y a los buenos y piadosos que pueden dejarse consumir por su amor.

María, bajo la guía de su Hijo, tiene la soberanía absoluta en la repartición de la gracia y favores de Dios. Ella es nuestra Madre porque contribuye a nuestro renacimiento espiritual.

Y ella sigue siendo nuestra Madre mediante el sostenimiento de su vida en nosotras.

Darse sin descanso

La Misionera de la Caridad es una mensajera del amor de Dios, una lámpara viva que ofrece a todos su luz, la sal de la tierra.

Hemos de llevar a Cristo a aquellos lugares donde no había llegado.

Las Hermanas no deben alimentar más que un solo deseo: Jesús.

No hemos de asustarnos de hacer lo que El ha hecho. Debemos hacer frente con coraje hasta a la misma muerte y al peligro, por su amor y con su ayuda.

La Misionera lleva continuamente el interés de Cristo en su corazón y en su espíritu.

En su corazón debe alojarse el fuego del amor.

Este amor la obliga a darse sin descanso.

Y esto se convierte en su objetivo y en su gloria.

Misioneras

La Misionera ha de morir cada día si quiere llevar las almas a Dios.

El título de *religiosa misionera* debería humillarnos, puesto que no lo merecemos.

Caridad hacia todos

La caridad es paciente, benévola, no tiene celos, no es maliciosa, ni altiva o insolente.

No tiene miras personales, ni se propone nunca el mal. No se complace en las desgracias ajenas; se alegra más bien por las victorias del bien; tiene fe y esperanza y resiste hasta el fin.

El amor tiene un borde en su vestido que toca hasta el polvo.

Barre las manchas de las calles y callejuelas, y lo hace porque debe hacerlo.

La Misionera de la Caridad debe estar llena de caridad hacia su alma y esparcir esta caridad tanto entre los cristianos como entre los paganos.

Doy gracias al cielo por esta oportunidad de encontrarme entre ustedes y de poderles pedir que compartan el don de Dios, que es el don de reconocer a los pobres.

El conocimiento nos lleva al amor, mientras el amor nos llevará al servicio de los mismos pobres.

Los pobres son la esperanza de salvación para la humanidad.

Como hemos leído, en el juicio final seremos juzgados por lo que hemos sido y por lo que hemos hecho por ellos.

Las palabras de Cristo en este sentido resultan diáfaramente claras: sólo hace falta que las sepamos interpretar en el contexto auténtico en que él las pronunció. Cuando Cristo habla de hambre, no entiende únicamente hambre de pan, sino hambre de amor, de comprensión, de bondad.

Cristo supo bien lo que significa ser indeseados, porque él *vino a los suyos y los suyos no le recibieron*.

Supo asimismo qué significa sentirse solos, abandonados, no tener a nadie que nos reconozca.

Esta es una de las hambres de hoy día a lo largo del mundo entero, un hambre que rompe muchas vidas, que destruye muchos hogares.

Existe el desahucio no simplemente de una vivienda, de un cobijo, sino también el desahucio de querer ser comprendidos, de que se nos tenga misericordia, de que alguien esté dispuesto a abrir el corazón y acoger a quien se encuentra solo, a quien no tiene a nadie que pueda considerar como amigo o pariente.

En Harlem (*Nueva York*), donde se encuentran, mis Hermanas trabajan en la cárcel: muchas veces, cuando aquellas jóvenes adolescentes logran salir, no hay nadie que les abra el corazón para acogerlas.

A menudo, se produce como consecuencia la de que tienen que volver de nuevo allí de donde han salido: éste es un desahucio auténtico.

Todos los que pertenecemos a Cristo —y le pertenecemos todos, porque todos somos hermanos y hermanas, ya que todos venimos de la misma mano amorosa de Dios—, todos nosotros tenemos que reconocer quiénes son los pobres.

Hace algunas semanas, a eso de medianoche, oí el gemido de un niño a nuestra puerta.

Bajé y pude ver a la pobre criatura. (No creo que tuviera más de 7 años).

Sollozando inconsolable me dijo: *Me dirigí a mi padre y no me quiso: se pasó al otro lado de la calle. Fui hacia mi madre, y tampoco ella me aceptó. Quiéreme tú, por lo menos.*

Aquél era el sufrimiento de un niño: la ruptura de una familia.

Un niño a quien no acogieron su padre ni su madre. Casos parecidos, se lo aseguro a ustedes, tenemos a millares.

Hay indeseados y descuidados por todas partes.

Meses atrás, con las Hermanas que trabajan en Londres, salimos por la noche para realizar nuestra labor. Tropezamos por la calle con un adolescente.

Yo le dije: *No deberías encontrarte aquí a estas horas. Más bien deberías estar en casa, con tus padres.*

El adolescente tenía el pelo largo.

Me contestó: *Mi madre me ha echado de casa. No me permite estar en casa porque tengo el pelo largo.*

Cuando pasamos de vuelta, encontramos al mismo muchacho que había exagerado en la ingestión de drogas y tuvimos que llevarlo al hospital.

Se trataba de una madre que había rechazado a su propio hijo.

Es posible que fuera una mujer sensible a los problemas de los habitantes de países lejanos o de su mismo país, pero allí estaba su hijo necesitado y carente de afecto. Esta es la pobreza y éstos los pobres —¡pobres de carne y hueso!— y éste es el Cristo desahuciado, frente al cual hemos de abrir nuestros ojos y nuestros corazones para acogerlo con amor.

Dios mismo no puede llenar lo que está ya lleno.

De ahí que tengamos que vaciar nuestros corazones para permitirle que nos llene de su amor y de su bondad.

El pasado año [1973], cuando acompañé a mis Hermanas a Etiopía, el emperador me preguntó. *¿Y qué van a hacer aquí las Hermanas, qué es lo que pueden llevar a cabo?*

Le contesté: *Ellas ofrecerán a su pueblo el amor y la bondad de Jesús.*

El me dijo entonces: *Esto es algo nuevo, como una nueva venida de Cristo.*

Las Hermanas ahora se encuentran allí, y no hacen más

que esto poco: dan de comer a Cristo que tiene hambre, visten a Cristo desnudo, ofrecen cobijo a Cristo desahuciado.

Para poder llevar a cabo esta labor, para seguir realizando este trabajo de sumisión y entrega total a Dios, desde una confianza amorosa y alegre, nuestras Hermanas viven una vida de oración y de sacrificio.

Nuestras vidas están consagradas a Jesús y a la Eucaristía.

Y la fe y el amor que brotan de la Eucaristía nos predisponen para poder descubrir a Cristo bajo las humildes apariencias de los pobres.

De esta suerte, no hay más que un solo amor para nosotros, que es Jesús, como no hay más que una sola persona en el pobre, que es Jesús también.

Nosotras profesamos votos.

El de castidad, para amar a Cristo con amor indiviso. Y para poder amar a Cristo con amor indiviso, hacemos el voto de pobreza que nos deja libres de todas las preocupaciones materiales, de la posesión de todo bien material: en esa libertad nos es posible amarle con amor indiviso.

Desde este voto de amor indiviso, nos entregamos por completo a través de la persona que ocupa el puesto de Cristo: de ahí nuestro voto de obediencia, otra forma de dar, de amar.

Viene luego nuestro cuarto voto que consiste en el compromiso solemne que contraemos de ofrecer de todo corazón un servicio libre a los pobres más pobres, es decir, a Cristo bajo las apariencias humildes de los pobres.

Mediante este voto nos entregamos nosotras mismas, para ser una cosa única con los pobres más pobres, para





El ejemplo de Madre Teresa arrastra a muchas personas, de todas las nacionalidades, procedencias y confesiones, a servir voluntariamente y por amor a los pobres más pobres

depender exclusivamente de la divina providencia, para no poseer nada aun poseyéndolo todo al poseer a Cristo.

En razón de este voto, nosotras tenemos en la India y en otras partes —por ejemplo, Bangladesh, Australia, Africa, América Latina y también aquí en Harlem— casas para los indeseados, los abandonados, para enfermos y moribundos, para niños pequeños, para paráliticos, ciegos.

Tenemos también recogidos a millares de leprosos, ya que ellos son los más indeseados, los enfermos a quienes todos rehúyen.

Tenemos alcoholizados, afligidos de toda clase.

Ofrecemos acogida igualmente a gentes que no conocen más que dos lugares: la cárcel o la calle.

Tenemos guarderías para niños recién nacidos.

Tenemos orfanatorios.

Nada de ello representa para nosotras una pérdida de tiempo, aun cuando nos ocupemos de cosas menudas y aparentemente insignificantes como dar de comer a los que padecen hambre, lavar sus ropas u ocuparnos con cariño de los indeseados.

Hace algunos meses recogimos por la calle a un hombre en muy mal estado.

Cuando se vio acomodado sobre un lecho en nuestra «Casa del Moribundo», murmuró: *He vivido por las calles como un animal. Ahora voy a morir como un ángel, rodeado de amor y de cuidados.*

¡Murió de veras como un ángel, con envidiable serenidad!

¡Un pequeño gesto de amor, una caricia...!

Hace algunos meses, un hombre alcoholizado fue recogido por las calles de Melbourne por las Hermanas.

Había permanecido en aquel estado varios años.

Las Hermanas lo llevaron a la «Casa de la Misericordia».

La manera como lo trataron y lo cuidaron le hizo caer pronto en la cuenta de que Dios le amaba.

Dejó la casa y jamás volvió a probar alcohol, sino que regresó junto a su familia, a sus hijos y a su trabajo.

Más tarde, cuando percibió su primer sueldo, volvió de nuevo a las Hermanas y les dijo: *Quiero que seáis para otros también el amor de Dios, que hagáis por ellos lo mismo que habéis hecho por mí...*

¡Un trabajo tan sencillo!

Algo parecido ocurrió con un hombre a quien las Hermanas hallaron en una situación asimismo muy difícil.

Las Hermanas hicieron por él lo poco que les fue posible, con todo su amor.

A los dos días, aquel hombre les dijo: *Habéis traído a Dios a mi vida. Traedme también al sacerdote.*

Las Hermanas le llevaron a uno.

El hombre se confesó, tras 60 años.

Al día siguiente, expiró.

Lo que cuenta no es lo que hacemos, ni la cantidad de lo que hacemos, sino el amor que ponemos en nuestros actos, porque esos actos son nuestro amor a Dios en acción.

Semanas atrás, uno de nuestros Hermanos vino a mí angustiado y me dijo: *Mi vocación es trabajar por los leprosos* (Amaba verdaderamente a los leprosos). Quie-

ro dedicar mi vida, todo mi ser, a realizar esta mi vocación.

Le repliqué: *Está usted equivocado, Hermano. Su vocación es pertenecer a Jesús. El le ha escogido para sí y el trabajo no es más que un medio de amor en acción hacia él. De ahí que no tenga importancia el trabajo que usted lleva a cabo. Lo importante es que usted le pertenece, que usted es algo suyo, que él le da los medios para hacer lo que tiene que hacer.*

Así también para nosotros: no importa qué hacemos o dónde nos encontramos en tanto tengamos presente que somos pertenencia suya, que Jesús puede hacer de nosotros y con nosotros lo que quiera, y que nosotros le debemos amor y lo amamos.

Igual es para los medios que de él recibimos, ya sea que trabajemos en pro de los ricos o que lo hagamos en favor de los pobres; tanto si trabajamos entre gente de la alta sociedad como si lo hacemos entre los habitantes del suburbio, *no existe otra diferencia ni tiene importancia más que el amor que ponemos en la realización de nuestro trabajo.*

Quizá ustedes y yo seamos los únicos en ese trabajo donde Jesús puede venir a aquellos a quienes estamos tocando.

Porque en los ricos, no es que amemos la preciosidad de sus regalos sino que nuestro amor se dirige a la persona que pertenece a Dios, ese hijo de Dios que es hermano y hermana nuestros.

Por eso, tratemos de esparcir cada vez más este amor de Cristo, ante todo en nuestra propia familia, entre los nuestros, mi marido, mi esposa, mis hijos.

¿Arde de amor mi hogar, mi comunidad?

¿Tengo yo tiempo para dedicarlo a mis Hermanas?

¿Tengo tiempo para mis hijos, para mi marido, para mi esposa?

Yo no puedo olvidar a mi madre.

De ordinario, estaba siempre muy ocupada todo el día. Pero cuando se acercaba el atardecer, tenía por costumbre acelerar sus faenas para estar preparada para acoger a mi padre.

Por entonces no comprendíamos y solíamos sonreír e incluso bromear un poco por ello. Hoy no puedo por menos de evocar la gran delicadeza de amor que sentía hacia él: cualquier cosa sucediese, ella estaba siempre preparada con su sonrisa a flor de labios para acogerlo.

Hoy ya no tenemos tiempo.

Padres y madres se encuentran tan ocupados que cuando los hijos vuelven a casa no se ven acogidos con amor y con sonrisa.

Vinieron algunas personas a Calcuta y antes de regresar a sus puntos de origen me pidieron que les dijese algo que pudiera servirles para vivir sus vidas de manera más provechosa.

Les contesté: *Sonríanse ustedes unos a otros, sonrían a sus esposas, a sus maridos, a sus hijos, a todos, sin mirar de quién se trata. Que en cada uno pueda crecer día a día el amor recíproco hacia los demás.*

A este punto, uno de los presentes me preguntó: *¿Está usted casada?*

Contesté: *Sí, a veces me cuesta sonreírle a Jesús.*

Es verdad: a veces Jesús puede llegar a pedir mucho, pero es en tales ocasiones —cuando Jesús nos pide más— cuando nuestra sonrisa resulta más hermosa.

Esto es en realidad lo que Jesús nos pide que haga-

mos: que nos amemos unos a otros, una y otra vez, como el Padre le amó a él.

¿Y cómo amó el Padre a Cristo?

Mediante el sacrificio: entregándolo a la muerte por nuestra salvación.

Si queremos de veras conquistar el mundo, no podremos con bombas ni con otras armas de destrucción.

Conquistemos el mundo con nuestro amor.

Entretéjamos nuestra vida con eslabones de sacrificio y de amor y nos resultará posible conquistar el mundo.

Los pobres son gente profundamente grande y muy amable.

A menudo son ellos quienes se merecen nuestra mayor gratitud, por ser tan maravillosos en su capacidad de soportación y de sufrimiento.

Si no fuera por los sufrimientos de tantos inocentes, no sé qué hubiera sido del mundo.

Recuerdo las Hermanas religiosas de otras congregaciones que vinieron a ofrecernos su colaboración para acoger a los refugiados llegados de Bangladesh.

A turno, cada una de ellas dijo lo mismo: *Hemos recibido mucho más que lo que hemos dado a los pobres.* Esto es exactamente lo que también yo siento: nosotras recibimos mucho de nuestros asistidos, del contacto con ellos, porque se trata nada menos que del cuerpo de Cristo con el que permanecemos en contacto durante 24 horas al día.

Recen por nosotras.

Recen por nuestros asistidos.

Y recen por nuestras Hermanas y Hermanos, y por nuestros Colaboradores, para que no malogremos la obra

de Dios por causa de nuestro egoísmo, pensando que somos nosotros y no él quien se sirve de nosotros, quien lo realiza todo por nuestro medio, en nosotros y con nosotros. *

La unión nos hará más fuertes

Quiero agradecerles a todos y a cada uno lo que durante estos años, a través del *Catholic Relief Service*, han realizado para compartir la alegría de servir a los pobres más pobres.

Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo para que fuera uno de nosotros, en todo igual que nosotros menos en el pecado.

Su Hijo, Jesucristo, les amó a ustedes y me ha amado a mí.

Y se hizo pan de vida para poder saciar el hambre de Dios que embarga nuestros corazones.

Pero esto sólo no le satisfizo: quiso poner ese amor a Dios en acción viviente.

Se hizo hambriento, desnudo, enfermo, desahuciado, necesitado de ayuda.

Se hizo indeseado, no amado, insocorrido a fin de que ustedes y yo pudiéramos tener la alegría de darle de comer, de vestirle, de ofrecerle alojamiento, depositando en él nuestro amor, haciéndole sentirse amado, haciéndole sentir que él es alguien muy especial para ustedes y para mí.

Ese Jesús —ese Jesús hambriento de amor y de pan, ese Jesús despojado de alimentos y de dignidad huma-

* Intervención de Madre Teresa en el curso de un «servicio ecuménico» celebrado en la iglesia nacional presbiteriana de Washington en 1974.

na, ese Jesús carente de una casa y de amor comprensivo—, ese Jesús se encuentra hoy por todas partes en el mundo (incluso aquí en los Estados Unidos) y tiende su mirada hacia ustedes y hacia mí para preguntarnos: *¿Me amas tú? ¿Estás dispuesto a empañar este sufrimiento que es el de millares y millares de seres humanos repartidos por todo el mundo: seres que no sólo carecen de pan sino de amor, que desean ser comprendidos y reconocidos como hermanos y hermanas nuestros, creados por la misma mano amorosa de Dios?*

En la India, en Africa, en todos esos países, pero también en otros—incluso aquí— pueden existir seres sumidos en la soledad.

Los puede haber hasta en la casa donde habitamos y en nuestra propia familia.

¿Nos percatamos de ello?

Hoy especialmente, cuando el mundo está tan ocupado (y todos andan con prisas) parece que no tenemos tiempo para sonreírnos unos a otros, para dedicar algún paréntesis de tiempo a los demás, a nuestro prójimo.

Y así, la soledad va cada día en aumento.

¡Cuánta soledad hay en los hogares de los que viven encerrados, sin posibilidad de salir al exterior!

Para seguir haciendo lo que hacen, para poder llevar la vida que de hecho llevan, que es la vida de los pobres, nuestras Hermanas tienen necesidad de saber lo que es la pobreza, como condición—igualmente— para poder conocer y amar a los pobres.

Por eso las Hermanas emiten sus votos religiosos.

Se entregan por completo a Jesús, para amarlo con amor indiviso en la castidad, a través de la libertad de su

pobreza, en sometimiento completo mediante la obediencia y en servicio libre y absolutamente voluntario y gratuito a los pobres más pobres, es decir, a Cristo en su más humilde semblanza.

Nuestras vidas tienen que alimentarse de continuo con la Eucaristía, ya que si no fuéramos capaces de ver a Cristo bajo las apariencias de pan, tampoco nos sería posible descubrirlo bajo las apariencias humildes de los cuerpos maltrechos de los pobres.

La obra de Dios les necesita a ustedes y me necesita a mí.

Hagamos juntos esa obra, hagamos algo hermoso para Dios todos unidos, ya que lo que ustedes pueden hacer no lo podemos hacer nosotras, y lo que nosotras estamos haciendo ustedes no lo pueden llevar a cabo.

Pero unidos lograremos llevar a cabo y realizar algo hermoso para Dios a través de nuestra entrega total y de nuestra amorosa confianza y alegría en el servicio de Dios por medio del servicio a los pobres más pobres.

Nuestras Hermanas, lo mismo que nuestros pobres, dependen por entero de la divina providencia, que por nuestro medio se cuida de millares y millares de personas esparcidas ya por todo el mundo.

Hasta el día de hoy jamás hemos tenido que desechar a nadie por carecer de un lecho, de una medicina o de algo que uno de nuestros socorridos haya necesitado...

Tenemos que amar a Cristo hasta sentir daño.

No quiero que den de lo que les sobra.

Quiero que den privándose de algo querido, como aquel niño del que he hablado en otras circunstancias. Había

oído que en nuestras obras de Calcuta nos encontrá-
bamos a falta de azúcar.

Me trajo un pequeño envase de este producto y me
dijo: *Por tres días me privaré de azúcar. Dele éste a
sus huérfanos.*

Fue un gesto grande para un niño tan pequeño amar
hasta la privación dolorosa de algo.

¿Conocemos nosotros a nuestros pobres aquí? ¿Los co-
nocemos de veras?

A no ser que los conozcamos, no los podemos amar.
Y si no los amamos, no los podemos servir: el conoci-
miento conduce al amor y el amor al servicio...

Encomiéndennos en sus oraciones, para que sepamos ser
fieles a la unidad con Cristo mediante la oración y el
sacrificio.

Es el ideal de las jóvenes Hermanas que abrazan la
vida de nuestra congregación, algo en realidad muy her-
moso: *Queremos emprender una vida de pobreza, de ora-
ción y de sacrificio que nos conduzca al servicio de los
pobres.*

Recen también por sus hijos, para que la llamada y
elección de Cristo pueda posarse en sus familias para
una vocación al sacerdocio o a la vida religiosa como
don de Dios para una familia. *

* Palabras de Madre Teresa, el 26 de octubre de 1975, en el
templo nacional de la Inmaculada Concepción de Wash-
ington.

PADRE NUESTRO...

Debéis hacer todo esfuerzo para caminar en la presencia
de Dios, para ver a Dios en todas las personas con
quienes os encontráis, para vivir a lo largo de toda la
jornada vuestra meditación de la mañana.

En vuestros recorridos, esparcid en derredor vuestro
la alegría de pertenecer a Dios, de vivir con Dios, de
ser suyas.

Por eso, en las calles, en los suburbios y en el tra-
bajo, orad siempre con todo vuestro corazón y con toda
vuestra alma.

Guardad el silencio que Jesús guardó a lo largo de trein-
ta años de vida en Nazaret, y que sigue guardando to-
davía en el tabernáculo, intercediendo por nosotros.

Orad como lo hizo María, porque ella lo guardó todo
dentro de su alma, a través de la oración y de la me-
ditación, y lo sigue guardando en cuanto medianera de
todas las gracias.

La enseñanza de Cristo es tan sencilla que hasta un
niño de corta edad la puede balbucir.

Los apóstoles pidieron: *Enseñanos a orar...*

Jesús respondió: Cuando vayáis a orar, decid: *Padre
nuestro...*

Confiar en Dios

Podemos con sinceridad levantar nuestro ánimo y afirmar: *En Cristo lo puedo hacer todo porque El es mi fuerza.*

Según esta afirmación de san Pablo, debéis tener una confianza profunda en el buen fin de vuestro trabajo, que más bien es trabajo de Dios, con la eficacia y perfección de Jesús y por Jesús.

Estad bien seguras de que solas no podéis hacer nada ni tener nada, a no ser pecado, debilidad y miseria: todos los dones naturales y de gracia que poseemos nos han sido ofrecidos gratuitamente por Dios.

Se puede ver la humildad de Jesús en el pesebre, en la huida a Egipto, en su vida oculta, en la imposibilidad de hacerse comprender por los hombres, en el abandono de los apóstoles, en el aborrecimiento por parte de los judíos, en los sufrimientos sobrehumanos de su pasión, y actualmente en sus actos de humildad constante en el tabernáculo, donde se reduce a un trocito tan minúsculo de pan que el sacerdote puede tenerlo entre sus manos...

Instrumentos de Dios

La vida de Cristo no fue escrita mientras El vivía, a pesar de que El realizó la obra más importante que existe: redimir al mundo y enseñar a la humanidad a amar a su Padre.

Nuestra obra es obra de Cristo, y para que lo sea de verdad, nosotras tenemos que ser instrumentos suyos, realizar nuestra pequeña tarea y desaparecer...

Mensajeras del amor

Que en el trabajo no exista orgullo ni vanidad.

El trabajo es obra de Dios, y los pobres son sus pobres.

Pongámonos por completo bajo la influencia de Jesús, para que El pueda pensar mediante nuestro espíritu, trabajar mediante nuestras manos, porque nosotras lo podemos todo si su fuerza está en nosotras.

Nuestra misión es transmitir el amor de Dios: no un Dios muerto, sino vivo.

Amor: lo primero

No es el dinero lo que me interesa.

La gente cree que sólo pedimos dinero.

Nosotras nos esforzamos por vivir de manera concreta el amor de Cristo en cada una de nuestras acciones de cada día, a pesar de nuestras debilidades y miserias. Estamos cada día en contacto con los más marginados de la sociedad.

Antes que dinero, lo que tales hombres necesitan es nuestro corazón.

«Amaos...»

Todos los hombres somos hermanos.

Todos hemos sido creados por la misma amorosa mano de Dios.

Jesús nos ha dicho a todos: *Amaos los unos a los otros como yo os he amado.*

Y nos ha dicho también: *Como el Padre me ha amado a mí, así amaos unos a otros.*

Con este mandato de Jesús de por medio, no podemos hacer una historia de banderías y de pequeñas capillas.

La misión de cada uno

En el mundo hay quienes luchan por la justicia y los derechos humanos.

Nosotras no tenemos tiempo, porque estamos en contacto diario y continuo con hombres que siguen muriendo de hambre por no tener un pedazo de pan que llevarse a la boca y por no tener cariño.

Si yo me dedicara a luchar por la justicia del mañana, incluso del ahora mismo, los más necesitados se morirían entre mis manos por no tener un vaso de leche. No obstante quiero dejar bien claro que no condeno a los que luchan por la justicia.

Creo que existen opciones diferentes dentro del pueblo de Dios.

Para mí lo más importante es servir a los más necesitados.

Unos hacen una cosa, otros otra dentro de la Iglesia. Lo importante es que todos permanezcamos unidos, desarrollando cada uno nuestra tarea específica.

La vid y los sarmientos

Seamos cual auténtico y fructífero sarmiento de la vid, que es Cristo, aceptándolo en nuestras vidas como El se nos da.

*Como verdad, que se ha de decir
Como vida, que se ha de vivir
Como luz, que ha de iluminar
Como amor, que se ha de amar
Como camino, que se ha de recorrer
Como alegría, que se ha de comunicar
Como paz, que se ha de irradiar
Como sacrificio, que se ha de ofrecer en nuestras familias y tanto con nuestros vecinos más cercanos como con los que viven lejos de nosotros.*

Amor

El amor es fruto de estación en todo tiempo.

La oración

Debemos amar la oración.

La oración ensancha el corazón hasta tal punto que lo hace capaz de contener el don que Dios hace de sí mismo.

Pedid y buscad y vuestro corazón se ensanchará lo suficiente para acogerlo y conservarlo dentro de sí.

Amor al prójimo

A la hora de la muerte, cuando nos encontremos cara a cara con Dios, seremos juzgados de amor: sobre cuánto hemos amado.

No sobre cuánto hemos realizado sino sobre cuánto amor hemos puesto en lo que hemos hecho.

Para que el amor sea auténtico, tiene que ser ante todo por mi prójimo.

El amor a mi prójimo, me llevará al verdadero amor de Dios.

Lo que tanto las Hermanas como los Hermanos y colaboradores tratan de hacer por todo el mundo, es poner ese amor de Dios en amorosa acción.

Necesidad recíproca

Los pobres tienen necesidad de nosotros, pero no es menor la necesidad que nosotros tenemos de los pobres.

Enfermedad de desamor

Existen medicinas y cuidados para toda clase de enfermedades.

Pero a menos que se den manos bondadosas para servir y corazones generosos que amen, no creo que se pueda jamás curar la terrible enfermedad de no sentirse amados.

Pequeños instrumentos

Cada uno de nosotros no somos más que pequeños instrumentos que, tras realizar nuestra misión, desaparecemos.



Las Misioneras de la Caridad sacan fuerzas de la oración para su servicio a Cristo en los pobres. Aquí debajo: Madre Teresa inclinada sobre el rostro de un moribundo, imagen dolorida de Cristo





Camino, verdad, amor

Hagamos todo posible esfuerzo para crecer espiritualmente a imagen de Cristo, para permitirle vivir su vida de misericordia y humanidad en el mundo de hoy.

Vuestro amor por Cristo es muy grande.

Mantened la luz de Cristo siempre encendida en vuestro corazón.

Porque sólo El es el camino a recorrer.

El es la verdad que hemos de decir.

El es el amor que hemos de amar.

A los colaboradores enfermos

Cuán feliz me siento por todos vosotros.

A menudo, cuando el trabajo es muy duro, pienso en vosotros y me dirijo a Jesús diciéndole: *Mira a estos hijos tuyos que sufren y bendice mi trabajo por amor de ellos.*

Me siento reconfortada al instante.

Ya lo veis: sois nuestro tesoro escondido, la fuerza secreta de las Misioneras de la Caridad.

Personalmente me siento muy feliz y una fuerza nueva se ha adueñado de mi alma pensando en cuantos están espiritualmente unidos a nosotras.

Con vuestra colaboración y ayuda, ¡qué no vamos a ser capaces de hacer por El!

Vuestras vidas son cual lámpara encendida que se consume por las almas.

La intensidad del amor

Hay pobres en todas partes, pero la pobreza mayor consiste en no ser amados.

Los pobres a quienes hemos de buscar pueden vivir cerca o lejos.

Pueden ser pobres materiales o espirituales.

Pueden tener hambre de pan o hambre de amistad.

Pueden tener necesidad de vestidos o de la sensación de riqueza que representa el amor que Dios les tiene.

Pueden necesitar el cobijo de una casa de ladrillo y de cemento o el cobijo de tener un lugar en nuestro corazón.

No tenemos necesidad de realizar cosas grandiosas para dar muestras de un grande amor a Dios y a nuestro prójimo.

Es la intensidad de amor que ponemos en nuestros gestos lo que hace de ellos algo hermoso para Dios.

Necesidad de Dios

El dinero no basta.

Yo no deseo que se me ofrezca un dinero que puedo conseguir pidiéndolo.

Mis pobres necesitan que se los ame con el corazón y que se les sirva con las manos.

Cristo se sirve de mí como instrumento para ponerlos en contacto con sus pobres.

Eso es lo que me parece ocurre adonde quiera que voy porque se me llama: mucha gente unida entre sí por la misma sensación de la necesidad común de Dios.

Lección de humildad

Que Dios os devuelva en amor todo el amor que habéis dado y toda la alegría y paz que hayáis sembrado en derredor vuestro, por todo el mundo.

Que Dios os bendiga profundamente.

Todos nos hemos de proponer trabajar de manera especial en bien de la paz.

Para poder obtener esta paz, todos hemos de aprender de Jesús a ser mansos y humildes de corazón.

Sólo la humildad nos llevará a la unidad y la unidad a la paz.

Ayudémonos mutuamente a acercarnos lo más posible a Jesús.

Esa es la lección de humildad que tenemos que aprender.

La familia

Muchos de los sufrimientos que hay esparcidos por todo el mundo, dependen de la desunión de las familias.

Es sobre todo la mujer la guardiana del amor y la unidad en el seno de la familia.

Una vez, recogimos en Londres a un joven de unos 22 ó 23 años, melencólico.

Mis padres me han echado de casa. Me dijeron que no me querían porque tenía el pelo largo, confesó el joven lleno de tristeza.

Aquella madre podría hacer cualquier cosa en favor de los pobres: había fracasado con su propio hijo.

Los pobres que tenemos cerca

Debemos amar a los que tenemos más cerca, en nuestra propia familia.

De allí el amor se expande hacia quienquiera que nos necesite.

Debemos tratar de descubrir a los pobres de nuestro propio entorno, porque sólo si los conocemos podemos comprenderlos y ofrecerles nuestro amor.

Y sólo cuando los amamos, nos sentimos dispuestos a ofrecerles nuestro servicio de amor.

A los enfermos incurables

Los enfermos incurables podéis hacer muchísimo por los pobres.

Vosotros vivís crucificados con Cristo cada día.

Vosotros rociáis con vuestra oración nuestro trabajo, y nos ayudáis a ofrecer a otros la fuerza para trabajar.

Jesús y los pobres

Dios amó tanto el mundo, que le dio a su Hijo para que muriese por el mundo.

Jesús dijo: *Como el Padre me ha amado a mí, así yo os amo. Amaos los unos a los otros como yo os he amado.*

El don fue por parte del Padre y por parte del Hijo. Ahora el don ha de ser por nuestra parte.

Jesús se identificó con los que tienen hambre, con los

que están enfermos, con los que están desnudos, con los que no tienen dónde cobijarse.

Hambrientos, no sólo de pan sino de amor, de cuidados, de significar algo para alguien.

Desprovistos, no sólo de ropas sino de aquella compasión que solamente unos pocos son capaces de ofrecer a los que no se conocen.

Desahuciados, no sólo de una casa de ladrillo y de barro, sino de la posibilidad de que alguien considere a uno como familiar o cercano.

Las jóvenes de Bangladesh

Debemos rezar por aquellos países que han aprobado leyes que aceptan el aborto como un acto natural.

Su pecado es grande.

¡Es un delito!

Cuando se nos invitó para que nos ocupásemos de las jóvenes que en Bangladesh habían sido violadas por el ejército, nos vimos en la necesidad de abrir una casa para niños.

Las dificultades eran grandes porque el aceptar de nuevo en la sociedad a las jóvenes que habían sido violadas era contrario tanto a las leyes hindúes como a las musulmanas.

Nos encontramos ante una dificultad grave, pero cuando Mujib dijo que aquellas jóvenes eran heroínas de la patria, que habían luchado por su pureza, que habían luchado por su país, sus mismos padres vinieron a buscarlas.

Para muchas nos fue posible encontrar jóvenes que se ofrecieron a casarse con ellas.

Algunos, por entonces, eran partidarios de favorecer el aborto.

Fue una lucha terrible, si se me permite decirlo así, la que tuvimos que sostener con ellos.

Les dije que las jóvenes habían sido violentadas, obligadas por la fuerza, que ellas no querían el pecado, mientras que lo que se quería obligarlas o ayudarlas a hacer era cometer un delito, que las acompañaría a lo largo de toda la vida. Que nunca más olvidarían que, como madres, habían dado muerte a sus propios hijos. Gracias a Dios, el gobierno aceptó nuestras condiciones, y a tales personas se les dijo que cada uno de los niños cuyas madres hubieran querido abortar, sería conducido a la casa de Madre Teresa para recibir ayuda. De los 40 niños que recibimos, más de 30 fueron al Canadá y otros países, adoptados por familias generosas.

La grandeza de los pobres

La indiferencia de la gente que pasa de largo y no recoge por las calles a los que nosotras recogemos, es confirmación de su ignorancia, de su falta de fe.

Si estuvieran convencidos de que el que está tirado por tierra es su hermano o hermana, pienso que sin duda harían algo.

Por desgracia, no saben lo que es la compasión ni conocen a esos seres.

Si los comprendieran, se pecarían inmediatamente de la grandeza de esos seres humanos que yacen en las aceras.

Y los amarían con naturalidad: el amarlos, los llevaría a servirlos.

Por mi parte puedo asegurar que los que se compro-

meten realmente en conocer a los pobres, pronto se dan cuenta de que los pobres son hermanos nuestros, sin que tenga importancia alguna su raza, nacionalidad o religión.

Las Misioneras de la Caridad llevamos a cabo una ofensiva de amor, de oración, de sacrificio en favor de los pobres más pobres.

Queremos conquistar el mundo por medio del amor y llevar así al corazón de todos el amor de Dios y la prueba de que Dios ama al mundo como una realidad viva.

Amor de predilección

El objetivo de las Misioneras de la Caridad es llevar a Dios, llevar el amor de Dios a los hogares de los pobres y de esta manera conducirlos a El.

No importa quiénes son, ni cuál es su nacionalidad o condición social.

Intentamos hacerles comprender el amor y la compasión que Dios siente por ellos, que es un amor de predilección.

Amar a quien está cerca

Es fácil amar a los que viven lejos.

No siempre lo es amar a quienes viven a nuestro lado. Es más fácil ofrecer un plato de arroz para saciar el hambre de un necesitado que confortar la soledad y la angustia de alguien que no se siente amado dentro del hogar que con él mismo compartimos.

Contacto con Jesús

Después que las Hermanas han terminado su jornada llevando a cabo su servicio de amor, en compañía de Jesús, por amor de Jesús y por su medio, al cabo del día, nosotras tenemos una hora de oración y de adoración eucarística.

A lo largo del día hemos estado en contacto con Jesús a través de su *imagen de dolor* en los pobres y leprosos.

Cuando el día concluye, otra vez nos ponemos en contacto con El en el tabernáculo por la oración.

Dios en los pobres

Los pobres constituyen la esperanza de la humanidad. Los que padecen hambre y dificultades, los que no se sienten amados.

Seremos juzgados según el trato que a ellos les hayamos dado, según el amor que les hayamos ofrecido. Ellos constituyen nuestra esperanza de salvación.

Tenemos que acercarnos a cada uno de ellos y tratar a cada uno como trataríamos a Jesús mismo.

No importa quiénes son o dónde se encuentran: debemos ver en ellos a Dios.

Escuchar

Han empezado a nacer los primeros *grupos de escucha*, entre los colaboradores de nuestra obra.

Quiénes los componen, visitan a los ancianos, acuden

a sus casas —a veces muy corrientes y pobres— y se sientan, dejándolos hablar y hablar.

Los ancianos disfrutan de tener a alguien que les escuche aun cuando lo que tienen que decir se remonta a hace veinte o treinta años.

Escuchar, cuando ningún otro se presta a hacerlo, es muy noble, sin duda alguna.

Gesto de amor

Nadie rehuya las tareas más menudas.

Cualquier tarea de amor es una tarea de paz, por muy insignificante que parezca.

Hay en el mundo demasiado odio, demasiada lucha.

No lograremos alejarlos con fusiles ni con bombas ni con arma alguna que hiera: lo lograremos exclusivamente con gestos de amor, de alegría y de paz.

El empuje del amor

Si hoy se da una cierta crisis de credibilidad con respecto a organizaciones católicas o de inspiración católica, las causas quizá puedan localizarse en falta de celo y en las motivaciones que tienen que servir de base para el deseo de construir un mundo caritativo.

En tanto el amor y la piedad no dejen de informar el trabajo de caridad, ninguna obra fracasará jamás por dificultades económicas o financieras.

Por el contrario, apenas se pierda este empuje de amor y de piedad, todo trabajo está destinado a sucumbir.

Abundancia de vocaciones

La vocación es un don de Cristo.

Cristo ha dicho: *Yo os he elegido.*

Toda vocación debe pertenecer realmente a Cristo.

El trabajo que estamos llamadas a llevar a cabo no es más que el medio para dar realidad concreta a nuestro amor por Dios.

Las jóvenes hoy van a la busca de algo a lo que entregar todo o nada.

Están convencidas de que una vida de pobreza, de oración, de sacrificio, que les sirva de ayuda en el servicio del prójimo, de los más pobres, es la respuesta a sus deseos, a sus aspiraciones, a sus esperanzas.

Creo que ellas ven en nuestra congregación esta vida de pobreza, de oración, de sacrificio, y en nuestro trabajo en favor de los pobres más pobres constatan la realización en hechos de las palabras del Señor: *Tuve hambre y me disteis de comer; estaba desnudo y me vestisteis; estaba sin casa y me acogisteis...*

Esto es lo que nosotras, en la angustia y en el dolor de los pobres, tratamos de hacer por Cristo.

A Cristo por los pobres

Nuestra vida está muy vinculada a la eucaristía, porque a través de la fe y del amor a la eucaristía, el cuerpo de Cristo bajo las apariencias del pan, tomamos a Cristo a la letra: *Tuve hambre y me disteis de comer; estaba desnudo y me vestisteis; estaba sin casa y me acogisteis.*

La finalidad particular de nuestra congregación es ofre-

cer cuidado a los pobres, ofrecer de todo corazón un servicio gratuito a los pobres más pobres, a Cristo bajo el semblante de los que sufren.

El trabajo que nosotras llevamos a cabo no es más que nuestro amor a Cristo en hechos concretos.

Por eso nos esforzamos por amar a Cristo con amor indiviso en la castidad, a través de la libertad en la pobreza, en sumisión total en la obediencia y en servicio cordial a los pobres más pobres: a Cristo bajo el semblante de los que sufren.

Estos son los cuatro votos que emitimos y que constituyen la diferencia esencial de nuestra vida.

Nosotras no somos simples asistentes sociales sino que tratamos de ser contemplativas en medio del mundo porque tomamos a Cristo al pie de la letra.

Jesús ha dicho: *Tuve hambre y me disteis de comer...*

Por eso nos mantenemos en su presencia veinticuatro horas sobre veinticuatro estando en contacto con los pobres.

Dios nos ayuda

Por lo que se refiere a los medios económicos para sostener nuestras obras de caridad, nosotras nos atenemos a las palabras de Jesús.

El dijo: *El Padre se preocupa de vosotros y conoce vuestras necesidades. Ante sus ojos, nosotros somos más importantes que las flores del campo y los pájaros del cielo.*

Nunca hemos tenido que rechazar a nadie por carencia de recursos.

El buen Dios nos ha manifestado siempre el cuidado más delicado y un amor lleno de ternura por los pobres,

serviéndose de nosotras para ofrecerles de la abundancia de su amor.

La eucaristía y los pobres

La fe en acción es el amor y el amor en acción es el servicio.

Jesús ha dicho: *Tuve hambre, estaba desnudo, sin casa... A mí me lo hicisteis.*

Tomamos a Cristo por la palabra y creemos en El.

Por eso tenemos necesidad de la eucaristía, porque El se ha hecho pan de vida para satisfacer nuestros deseos, nuestras ansias, nuestro amor por El.

Estos son los motivos por los que nuestra vida ha de estar muy vinculada a la eucaristía.

Empezamos nuestra jornada con la santa misa y la comunión y terminamos el día con una hora de adoración que nos acerca y nos une con Jesús y con los pobres en los cuales le ofrecemos nuestros servicios.

La recompensa de los pobres

Mientras haya ricos, habrá también pobres.

Lo ha dicho Jesús: *Siempre habrá pobres entre vosotros.*

Es necesario que comprendamos a los pobres porque no sólo existe la pobreza material sino también la pobreza espiritual, más dura y profunda, que anida hasta en el corazón de los hombres más llenos de riquezas. La riqueza no es sólo la propiedad y el dinero, sino también nuestro apego a estas cosas y su abuso.

Quando las cosas se adueñan de nosotros, nos volvemos muy pobres.

Por esta razón, mientras haya ricos que abusen y no hagan uso de las cosas según la mente de Dios, habrá siempre pobreza en el mundo.

Nuestro trabajo ha despertado una toma de conciencia en el corazón de muchos, de manera que hoy nadie puede desconocer la existencia de los pobres, de los hambrientos, de los que padecen frío: al tener noticia de nuestro trabajo, toman conciencia de que los pobres son nuestros hermanos y hermanas y tenemos que demostrar interés y consideración por la situación en que se encuentran.

Por mi parte tengo que confesar que los pobres son personas muy amables, que nos dan más, mucho más, de lo que les damos a ellos.

Tenemos que conocerlos.

El conocimiento nos llevará al amor; el amor nos llevará al servicio.

Ellos no tienen necesidad de nuestra compasión o condescendencia; tienen necesidad de nuestro amor.

Por eso hemos de servirles con nuestras manos y amarlos con nuestro corazón.

La providencia

Dependemos únicamente de la Providencia Divina.

Cristo ha dicho que nosotros somos más importantes a sus ojos que las flores, la hierba y los pájaros.

El se cuida de nuestros asistidos.

Nos ocupamos de millares de personas en la India y en otras partes y hasta el presente siempre hemos tenido algo.

Nunca nos hemos visto obligadas a despedir a nadie por falta de espacio o de alimento.

Dios ha estado siempre presente con su amor y solidaridad.

La libertad de los pobres

La muerte, en fin de cuentas, no es sino el medio más fácil y más rápido de volver a Dios.

¡Si pudiéramos creer, si pudiéramos hacer comprender a la gente que venimos de Dios y que tenemos que volver a El!

Cada uno sabe que no hemos sido creados por nosotros mismos.

Alguien, otro, nos ha creado.

Volver a él, es volver a casa.

Nosotros nos enfrentamos con la muerte casi cada día. Es hermoso ver a esta gente que muere con dignidad, *irradiando alegría de volver al lugar de donde vienen*, de volver al Único que los ama.

Aquellos que han poseído mucho, que han tenido muchos bienes y riquezas, están obsesionados por ellas, piensan que lo único que cuenta es la posesión de la riqueza.

Por eso les resulta tan difícil abandonarlo todo.

Es mucho más fácil para los pobres, que son tan libres porque esta libertad les permite partir con alegría.

La dignidad de los pobres

Los pobres son gente maravillosa.

Tienen su propia dignidad, que nosotras podemos constatar fácilmente.

Por lo general no se conoce a los pobres y por eso no se es capaz de descubrir su dignidad.

Pero los pobres tienen ante todo un gran valor, para llevar la vida que llevan.

Se ven obligados a vivir así.

Se les ha impuesto la pobreza.

Nosotras escogemos la pobreza: ellos se sienten obligados a aceptarla.

Darnos a Dios

El abandono total consiste en entregarse por completo a Dios, porque Dios se nos ha entregado a nosotros. Si Dios, que no tiene deuda alguna con nosotros, está dispuesto a darnos nada menos que a sí mismo, ¿podemos nosotras corresponderle limitándonos a entregarle sólo parte de nosotras?

Renunciando a mí misma, llevo a Dios a vivir por mí. Cuán pobres seríamos si Dios no nos hubiera hecho entrega del poder de darnos a El.

En cambio, ¡qué ricos somos actualmente! ¡Qué fácil es conquistar a Dios!

Nosotras nos entregamos a El y Dios se hace nuestro y no tenemos ya otra cosa sino Dios.

El precio con que Dios recompensa nuestro abandono es El mismo.

Acercarse a Cristo

Renunciar significa ofrecer mi voluntad libre, mi razón, mi vida en actitud de fe.

Mi alma puede estar a oscuras.

La prueba es el test más seguro de mi renuncia ciega. Renuncia significa también amor.

Cuanto más renunciemos, más amamos a Dios y a los hombres.

Si amamos de veras a los hombres, debemos estar dispuestos a ocupar sus sitios, a hacernos cargo de sus pecados y a expiarlos.

Debemos ser holocaustos vivos, ya que los hombres tienen necesidad de ello.

El amor de Dios no tiene límites.

Su profundidad es insondable: «No os dejaré huérfanos».

Demos la vuelta a la imagen. Tampoco debe tener límites el amor que nos empuja a entregarnos a Dios, a transformarnos en víctimas de su amor.

Lo corriente y ordinario no pueden satisfacerlos.

Lo que es bueno para los demás, es insuficiente para nosotras.

Nosotras tenemos que apagar la sed de Dios muriendo de amor.

No contenta con el bien común, sino con un coraje que afrontará todos los peligros con un alma serena, dispuesta en todo momento a hacer cualquier sacrificio, a llevar a cabo cualquier tarea o trabajo, la Misionera de la Caridad debe en todo momento comprometerse hasta acercarse lo más posible a su rey que muere de sed.

Confianza

Jesús desea que pongamos toda nuestra confianza en El. Tenemos que renunciar a nuestros deseos para trabajar en nuestro propio perfeccionamiento.

Aun cuando nos sintiéramos cual *patel* sin brújula en

alta mar, hemos de entregarnos por completo a El, sin pretensiones de controlar sus actos.

Yo no puedo desear tener una percepción clara de mi avance a lo largo de la ruta, ni saber precisamente dónde me encuentro en el camino de la santidad.

Yo le pido que haga de mí una santa, dejando en sus manos el escoger los medios que pueden llevarme a ello.

Nuestra alegría

La alegría debe ser uno de los ejes dominantes de nuestra vida.

Una religiosa es como el sol en una comunidad.

La alegría es el signo de una personalidad generosa.

A veces es también un manto que encubre una vida de sacrificio y de generosidad.

Una persona que tiene este don alcanza a menudo altas cimas.

Hagamos que quienes sufren hallen en nosotras ángeles de consuelo.

¿Por qué el trabajo entre las chabolas ha sido bendecido por Dios?

No es ciertamente en consideración de determinadas cualidades personales, sino a causa de la alegría que las Hermanas reparten a su paso.

La gente del mundo carece de nuestra alegría.

Menos aún la poseen quienes viven en las chabolas.

Nuestra alegría es el mejor medio para predicar el cristianismo a los paganos.

El silencio de Jesús

Admiremos la compasión de Cristo hacia Judas.

El Maestro guardó sagrado silencio: no quiso traicionarle a los ojos de sus compañeros.

Jesús hubiera podido hablar fácilmente y desvelar las intenciones ocultas de Judas.

Prefirió la misericordia antes que la condena.

Le llamó *amigo*.

Si Judas lo hubiera mirado a los ojos, seguramente hubiera sido el amigo de la misericordia de Dios.

La crisis purifica

La Iglesia vive tiempos difíciles.

No os dejéis turbar por comadreo.

Oiréis hablar de sacerdotes y de religiosas que abandonan, de hogares destruidos.

No olvidéis que hay millares y millares de sacerdotes, de religiosas, de familias fieles.

Esta prueba purificará a la Iglesia de las enfermedades humanas, para que salga a flote más hermosa y auténtica.

La humillación de Cristo

La primera semana de cuaresma toca a su fin.

Cristo sigue buscando quien le ofrezca consuelo.

¿Tratamos de hacerlo nosotras?

Hoy día, Cristo se ve humillado en la persona de su

vicario por el orgullo en los actos de desobediencia y de deslealtad, se ve oprimido por las malas lenguas.

Cristo tiene sed de la gentileza que mendiga de vosotras.

Cristo está despojado de la lealtad que de vosotras espera.

El sufrimiento de la Iglesia está causado por la libertad y la renovación mal comprendidas.

No podemos ser libres a menos que seamos capaces de renunciar a nuestra voluntad en favor de la suya.

No podemos renovarnos sin tener la humildad de reconocer lo que ha de renovarse en nosotras.

Desconfiad de los que vienen a vosotras con palabras deslumbradoras sobre la libertad y la renovación: porque no hacen más que engañar.

La pasión de Calcuta

Calcuta toma realmente parte en la pasión de Cristo. Es triste ver tantas miserias en nuestra amada ciudad.

Pero Calcuta se repondrá y será la madre de los pobres...

Shanti Nagar se está transformando en una magnífica «Villa de Paz».

La pobreza como garantía

Hay Hermanas que parecen bajo la constante preocupación de que nos podemos quedar sin recursos para la obra.

Cuando pidáis, no deis jamás la impresión de que andáis recogiendo dinero.

Que hable por vosotras vuestro trabajo.
Dejad que vuestro amor sorprenda el corazón de los más acomodados.

Ellos serán generosos.

Aun cuando tengáis que mendigar, dad muestras de vuestro desprendimiento, encontrándoos a gusto, lo mismo cuando no se os da nada que cuando recibís con generosidad.

Un hombre rico de Delhi decía: «Qué hermoso es ver a Hermanas tan liberadas del mundo en el siglo veinte, cuando parece que todo está pasado de moda salvo lo actual».

Permaneced en las sendas sencillas de la pobreza, reparando vosotras mismas vuestro calzado, amando la pobreza como una madre.

Nuestra congregación tendrá una vida tan larga como exista esta pobreza real.

Las instituciones donde la pobreza se practica con fidelidad, no tienen por qué temer ningún declive.

Debemos considerarnos particularmente afortunadas, por tener la oportunidad de practicar esta maravillosa pobreza.

Cuando san Francisco de Asís tuvo conocimiento de que se había construido una casa rica para los hermanos, rehusó entrar en ella...

Nosotras no debemos ocupar nuestro tiempo en procurar que nuestra casa sea hermosa y atrayente.

Que Dios nos libre de conventos ricamente amueblados donde los pobres tendrían reparo en entrar por el temor de que su miseria pudiese constituir deshonor para ellos.

Cuando nos aseamos, debemos percatarnos del significado de cada uno de los elementos de nuestro ajuar.

El *sari* con la franja azul significa la modestia de la Virgen.

El cinturón de cuerda significa la pureza.

Las sandalias significan nuestra libre elección.

El crucifijo es un símbolo de amor...

La pobreza extrema de Jesús

Las Hermanas han de vivir de la mendicidad. Nosotras dependemos por completo de la caridad de los demás.

No debemos tener vergüenza de mendigar de puerta en puerta, si ello es necesario.

El Señor ha prometido su recompensa aun por un vaso de agua dado en su nombre.

Por amor suyo nos hacemos mendigos.

El Señor padeció a veces indigencia real, como se desprende de la multiplicación de los panes y de los peces, la cogida de espigas al borde del camino.

Este pensamiento debe servirnos de consuelo cuando nuestras comidas son escasas.

En la cruz, estaba despojado de todo.

La cruz misma le había sido dada por Pilato.

Los clavos y la corona, por los soldados.

Estaba desnudo.

Al morir, se le despojó de la cruz, de los clavos y de la corona.

Se le envolvió en un lienzo donado por un alma compasiva y fue enterrado en un sepulcro que no le pertenecía.

A pesar de ello, Jesús hubiera podido morir como rey, y hasta hubiera podido librarse de la muerte.

Escogió la pobreza porque sabía que era el auténtico medio para poseer a Dios y traer su amor a la tierra.

Servir

«Amamos los unos a los otros».

Suprimid este mandato y toda la obra de la Iglesia de Cristo sucumbe.

La caridad hacia los pobres debe ser una llama ardiente en nuestra sociedad, y del mismo modo que cuando el fuego deja de arder tampoco desprende calor, así el día en que la congregación de las Misioneras de la Caridad careciese de amor perdería toda utilidad y ya no tendría más vida.

La caridad es como una llama viva: cuanto más seco está el combustible, más viva es la llama.

De la misma manera, nuestros corazones al verse libres de todas las razones terrenas, se entregan a un servicio libre.

El amor de Dios tiene que engendrar un servicio total. Cuanto más repugnante es el trabajo, mayor debe ser el amor, cuando lleva socorro al Señor disfrazado con los harapos del pobre...

Pobreza y riqueza

Creo que la persona apegada a la riqueza, que vive preocupada por la riqueza, en realidad es muy pobre. Si esta persona pone su dinero al servicio de los demás, es rica, muy rica.

Los andrajos de Cristo

Cuando recordamos que, por la mañana en la comunión, hemos tenido en nuestras manos toda la santidad de Dios, nos sentimos más dispuestas a abstenernos de todo lo que puede mancillar nuestra pureza.

De ahí brota un sincero y profundo respeto hacia nuestra persona.

Respeto asimismo para los demás, tratándolos con delicadeza pero absteniéndonos igualmente de todo sentimentalismo fuera de lugar.

Cuando tratamos a los enfermos, nosotras estamos tocando el cuerpo de Cristo que sufre, y este contacto nos da un heroísmo que nos hace olvidar toda repugnancia.

Nosotras tenemos necesidad de la profundidad de la fe para ver a Cristo en el cuerpo maltrecho y en los andrajos sucios bajo los cuales se oculta el más hermoso de los hijos de los hombres.

Nosotras necesitamos las manos de Cristo para tocar estos cuerpos heridos por el sufrimiento.

Vida interior

La verdadera vida interior hace que la vida activa arda de fervor y lo consume todo.

Ella nos hace encontrar a Jesús en los rincones más oscuros de los tugurios, en las miserias más tristes de los pobres; nos pone en contacto con el Hombre-Dios desnudo en la cruz, triste, despreciado por todos, el Hombre de dolores oprimido como un gusano por la flagelación y crucifixión.

¿Qué espera de mí la congregación?

Que sea una colaboradora de Cristo.

¿Dónde podemos realizar esta tarea?

No en las casas de los ricos, sino en las chabolas: allí está nuestro reino.

Nosotras no podemos hacernos cargo de trabajos que nos desvíen de las chabolas, de los suburbios de la miseria.

Ese es el reino de Cristo y el nuestro: nuestro campo de trabajo.

Si un hijo abandona el campo de su padre y va a trabajar a otro, deja de ser colaborador de su padre.

Quienes todo lo comparten, son socios que dan amor por amor, sufrimiento por sufrimiento.

Jesús nos lo ha dado todo: su vida, su sangre.

Todo.

Ahora nos toca a nosotras.

No podemos desertar de su campo...

Sembradoras de paz

En nuestro trabajo, podemos vernos atraídas por charlas inútiles.

Estemos atentas, para no correr peligros cuando visitamos a las familias.

Podemos caer en la tentación de hablar de esto y de aquello, olvidando el punto central de nuestra visita.

Queremos llevar y debemos llevar la paz de Cristo: no seamos vehículos de discordia.

Nunca debemos consentir a nadie que nos hable mal de sus vecinos.

Si tropezamos con una familia que está malhumorada, y que está expuesta a resbalar hacia temas contrarios

a la caridad, dejemos caer algunas palabras para hacerlos pensar un poco en Dios y vayámonos: no hay bien posible si los nervios están excitados.

Otro tanto debemos observar con aquellos que nos hacen perder un tiempo precioso.

Si no les atrae la búsqueda de Dios, dejémoslos: no tenemos tiempo que perder.

Pluralismo

Tiene que haber un gran pluralismo en la Iglesia: unos luchan por la justicia y los derechos humanos.

Nosotras no tenemos tiempo... ¡Hay demasiados pobres que mueren por no tener un pedazo de pan para llevárselo a la boca y por no tener un poco de cariño!

Dar a Cristo

Escuchad lo que nos dice Jesús: «Quiero que seáis mi fuego de amor entre los pobres, los moribundos y los pequeños. Quiero que traigáis los pobres hasta mí».

Aprended de memoria esta expresión y repetidla cuando andéis escasas de generosidad.

Nuestro riesgo es el de rechazar a Jesús cada vez que rechazamos a los demás.

«No os daré mis manos para trabajar, mis ojos para ver, mis piernas para caminar, mi espíritu para estudiar, mi corazón para amar. Llamaréis a mi puerta, pero no os abriré...»

Es un Cristo herido, un Cristo maltrecho, un Cristo deforme el que en este caso daríais a los otros.

Si queréis que lo amen, antes tenéis que dárselo a conocer.

Para ello, dadles un Cristo entero a los que viven en los suburbios, un Cristo lleno de amor, de alegría, de luz. No seáis una luz sombría, sino una luz brillante.

Humildad

La humildad no es más que la verdad.

¿Qué tenemos que no hayamos recibido?, pregunta san Pablo.

Y si lo he recibido todo, ¿qué es lo que tengo mío?

Si estamos convencidas de esto, jamás levantaremos la cabeza por orgullo.

Si sois humildes, nada os tocará: ni la alabanza, ni el desprecio, puesto que sabéis lo que sois.

Conocimiento de sí

El conocimiento de nosotras mismas nos sitúa en nuestro punto justo y es necesario para el amor, porque el conocimiento de Dios da el amor y el conocimiento de sí mismo favorece la humildad.

Dice san Agustín: «Ante todo, llenaos vosotros mismos y sólo entonces seréis capaces de dar a los otros».

El conocimiento de sí misma es algo muy útil.

Los santos llegan a decir con sinceridad que son grandes criminales, porque ellos han logrado ver a Dios y verse a sí mismos y han comprobado la diferencia.

Por eso no se sorprenden, aun cuando se les acusa injustamente.

Buscar a Dios

La pertenencia a una confesión cristiana específica sólo para el individuo tiene importancia.

Si el individuo piensa y cree que ése es para él el único camino hacia Dios, y si no conoce ningún otro, si no tiene duda alguna ni se siente en la necesidad de seguir buscando, en tal caso ése es su camino de salvación: es la manera como Dios viene a él.

Pero desde el momento que un alma tiene la gracia de conocer a Dios, debe buscar.

Si no busca, se aleja del camino justo.

Dios ofrece a todas las almas por El creadas una oportunidad de encontrarse cara a cara con El, de aceptarlo o de rechazarlo.

Coherencia cristiana

La unidad de los cristianos es algo importante, porque los cristianos representan una luz para los demás.

Si somos cristianos, tenemos que parecernos a Cristo: ésta es mi convicción profunda.

Gandhi dijo en cierta ocasión que si los cristianos lo fueran de veras, no habría hindúes en la India.

Todos esperan de nosotros que vivamos en plenitud nuestra vida cristiana.

No debemos juzgar

Dios tiene medios propios de trabajar los corazones de los hombres y nosotros no podemos saber cuán cerca de El se encuentra cada uno.

Pero, a través de sus actos, tenemos una posibilidad de saber si está o no a su disposición.

Ya sea uno musulmán, hindú o cristiano, la medida de su pertenencia a Dios se deduce de su manera de afrontar la vida.

No nos compete condenar, ni juzgar, ni pronunciar palabras hirientes.

Puede ser que alguien no haya oído hablar jamás del cristianismo: no sabemos cómo Dios se muestra a esta alma y cómo se sirve de ella.

¿Con qué título podríamos, pues, emitir el menor juicio de condena?

Mirar a Cristo

A veces no conseguimos de la oración lo que esperamos, porque no fijamos nuestra atención y nuestro corazón en Cristo, por cuyo medio nuestras oraciones llegan hasta Dios.

A menudo, una mirada profunda y ferviente hacia Cristo es la mejor oración: *Yo le miro y El me mira.*

Es la mejor de las oraciones.

Generosidad y amor

Si a veces nuestros pobres llegan a morir de hambre, no depende de que Dios no se cuide de ellos.

Depende más bien de que ni vosotros ni yo somos bastante generosos.

De que no somos instrumentos de amor en manos de Dios para darles alimento y vestido.

No lo reconocemos, cuando una vez más Cristo se nos

presenta bajo apariencias de sufrimiento, en el hombre con hambre, en el solitario, en el niño sin cobijo que va en busca de un lugar donde abrigarse.

Fe y generosidad

La fe es un don de Dios.

Sin fe, no hay vida posible.

Para que nuestra obra dé frutos, para que no pertenezca sino a Dios, ha de cimentarse sobre la fe.

Cristo ha dicho: *Tuve hambre, estaba desnudo, enfermo, sin cobijo... Por mí lo habéis hecho.*

Nuestra obra está fundada sobre la fe en estas palabras de Cristo.

Hoy falta fe, porque hay exceso de egoísmo: se busca sobre todo la ventaja personal.

La fe no puede ser auténtica sin ser generosa.

Amor y fe van juntos: se complementan mutuamente.

El desafío de los jóvenes

Los jóvenes son los que construirán el mañana.

La juventud actual busca el olvido de sí misma como un desafío.

Un joven de una familia rica, en Harlem (EEUU) acudió a nuestra residencia en coche y me dijo: *Lo he dado todo a los pobres y he venido para seguir a Cristo.*

Jesús tiene a veces detalles inesperados.

Una vez, en Londres, recibí una llamada de la policía: *Madre Teresa, hay una mujer en la calle, apestando a alcohol, que pregunta por usted.*

Fuimos a recogerla.

Mientras regresábamos, me dijo: *Madre Teresa, Cristo transforma el agua en vino para darnos de beber.*

Estaba, en efecto, muy borracha.

El juicio de Dios

Todos tenemos tanto de bueno como de malo en nosotros mismos.

Que nadie se glorie de sus propios éxitos, sino que los atribuya a Dios.

Jamás hemos de considerarnos indispensables.

Dios tiene sus propios designios: pero El quiere nuestro amor.

Podemos matarnos para realizar nuestra misión: si no está impregnada de amor, será inútil.

Dios no tiene necesidad de nuestro trabajo.

No nos preguntará cuántos libros hemos leído, cuántos milagros hemos hecho, sino sólo si hemos hecho lo que podíamos por su amor...

El valor de las cosas

Si os sentís desanimadas, es un signo de orgullo.

Es una prueba evidente de vuestra excesiva confianza en vosotras mismas.

No os preocupéis de la opinión de los demás.

Sed humildes y no os dejéis turbar jamás.

San Luis Gonzaga decía que seguiría jugando al billar aunque supiese que su muerte era inminente.

¿Habéis jugado, comido y dormido?

Se trata de deberes: nada es pequeño ante Dios.

Pobres como Jesús

Sería una vergüenza para nosotras ser más ricas que Jesús, que, por nuestro amor, se sometió a la pobreza.

Amor y oración

Nuestras oraciones deben ser manjares sabrosos y calientes que brotan del fuego de un corazón rebosante de amor.

Pobreza y caridad

Nuestras vidas tienen que estar cada vez más penetradas de fe profunda en Jesús, pan de vida, que debe ser comido con y por los pobres...

¿Somos, de verdad, las más pobres entre los pobres?
Con la pobreza, que nos libera, crecerá también la caridad.

Jesús en el corazón

Os deseo la alegría de la Virgen que, por ser humilde de corazón, pudo guardar a Jesús nueve meses en su seno.

¡Qué larga comunión!

Espíritu de sacrificio

Jesús nos ha escogido a cada una de nosotras para ser su amor y su luz en el mundo.

El espíritu de sacrificio será siempre la sal de nuestra sociedad.

Reconciliarnos

Hemos comenzado el año santo de la reconciliación. La reconciliación empieza por nosotras mismas.

Empieza por el corazón puro.

Un corazón puro es capaz de ver a Dios en los demás. La lengua, esta parte del cuerpo que entra en contacto tan directo con el Cuerpo de Cristo, puede convertirse en instrumento de alegría o de sufrimiento...

No os vayáis a la cama cuando sepáis que vuestra Hermana tiene algo contra vosotras.

Perdonar

El gobierno de Bangladesh nos ha pedido que nos ocupemos de las jóvenes que han sido violentadas.

Llamo vuestra atención sobre lo que, respecto a estas jóvenes, ha dicho Mujib Rahman: *Serán tratadas como heroínas nacionales, porque han sufrido lo indecible para defender su pureza.*

Estas jóvenes, hindúes o musulmanas, a causa de su amor natural a la pureza, han tenido que luchar para protegerse.

Muchas de ellas llegaron incluso a suicidarse por miedo de perder esta hermosa virtud de la feminidad.

Nosotras, religiosas que hemos consagrado este don maravilloso a Dios, debemos hacernos cargo de ellas para protegerlas.

Si nosotras no perdonamos, será señal de que no hemos sido perdonadas.

El silencio de Jesús

Hoy día, en que todo se pone en discusión, volvamos a Nazaret.

Cuánto sorprende que Jesús haya transcurrido treinta años sin hacer nada: sin «ofrecerse» una oportunidad. A los 12 años, el muchachito Jesús hizo callar a los sacerdotes del templo con sus respuestas. Pero en 30 años no sabremos otra cosa sobre El, a no ser que todos quedaron sorprendidos cuando le vieron comparecer en público: *¿No es el hijo del carpintero?*

Se oye hablar tanto de personalidad, de madurez, de matriarcado.

En cambio, el evangelio rebosa de palabras como *hijitos*, cuando Jesús se dirige a los apóstoles.

A Jesús por María

Pedid a Jesús que os ayude a personalizar más vuestro amor a María

- para amar como ama El,
- para ser fuentes de alegría, como El lo es,
- para estar más cerca de ella, como El,
- para compartirlo todo con ella, incluso la cruz.

Cada una de nosotras tiene que llevar su cruz: es nuestra señal de pertenencia a Cristo.

Tenemos, pues, necesidad de que María nos ayude a compartirla...

La santidad no es un lujo sino un deber.

Una santidad grande resulta sencilla si pertenecemos por completo a María.

Tenemos que estar muy agradecidas a Dios

— *por los pesados viajes que hemos realizado por las calles, en tren, en avión, en bicicleta, en busca de las almas;*

— *por la alegría que hemos tratado de difundir en el mundo.*

Demos completa libertad a la Virgen para que se sirva de nosotras.

ORACION COMPUESTA POR MADRE TERESA

Oh Jesús que sufres, haz que hoy y cada día yo te sepa ver en la persona de tus enfermos y que, ofreciéndoles mis cuidados, te sirva a Ti. Haz que, aun oculto bajo el disfraz poco atrayente de la ira, del crimen o de la demencia, sepa reconocerte y decir: Jesús que sufres, cuán dulce es servirte.

Dame, Señor, esta visión de fe y mi trabajo no ha de ser jamás monótono.

Encontraré alegría acunando las pequeñas veleidades y los deseos de todos los pobres que sufren.

Querido enfermo, me resultas más querido aún porque representas a Cristo.

¡Qué privilegio se me confiere al poderme ocupar de ti!

Oh Dios, pues que Tú eres Jesús que sufres, dignate ser para mí también un Jesús paciente, indulgente hacia mis faltas, que no mira más que mis intenciones que son de amarte y servirte en la persona de cada uno de tus hijos que sufren.

Señor, aumenta mi fe.

Bendice mis esfuerzos y mi trabajo, ahora y siempre.

Madre Teresa: datos cronológicos

- 27 de agosto de 1910 *Nace en Skopje (Albania-Yugoslavia). Tiene dos hermanas y un hermano más. Recibe el nombre de Agnes Gonxha.*
- 28 de noviembre de 1928 *Entra en las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto, en la casa matriz de Rathfarnham (Irlanda).*
- 1929 *Se la envía a la India, donde desea ser misionera, para hacer el noviciado en Darjeeling. Emitidos los votos religiosos, hace la carrera de magisterio y enseña en la St Mary's High School de Calcuta. Durante algunos años desempeña el cargo de directora de estudios y recibe también el encargo de ocuparse de las «Hijas de Santa Ana», congregación religiosa india agregada a las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto.*
- 10 de septiembre de 1946 *Madre Teresa lo define como «Día de la Inspiración»: durante un viaje en tren para hacer ejercicios espirituales, recibe la de dedicarse por completo al servicio de los pobres más pobres. Pide permiso a sus superiores y al arzobispo de Calcuta para abandonar el convento y poder*

trabajar en los suburbios de la ciudad entre los abandonados y moribundos.

8 de agosto de 1948 *Le llega el permiso de Roma para abandonar las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto y dedicarse a su misión entre los pobres. Hace un curso intensivo de enfermera con las Hermanas Misioneras Médicos en Patna. Por Navidad se encuentra ya en Calcuta, entregada a su misión y huésped, por unos días, de las Hermanitas de los Pobres.*

21 de diciembre de 1948 *Obtiene el permiso para abrir su primera escuela de suburbios: al aire libre, en un parque público, para niños necesitados de aprender higiene antes todavía que el alfabeto.*

1949 (febrero) *Una familia europea establecida en Calcuta le ofrece la buhardilla de su casa.*

19 de marzo de 1949 *Llega la primera vocación: una joven antigua alumna suya que quiere hacer la misma vida que su profesora.*

7 de octubre de 1950 *Surge en Calcuta la congregación de las «Misioneras de la Caridad» que añaden, a los tres votos tradicionales, el de entregarse de por vida y con carácter de exclusividad a los pobres más pobres, sin aceptar jamás recompensa alguna material por su trabajo. De Calcuta, la congregación se extiende pronto a otras poblaciones de la India.*

25 de marzo de 1963 *Surge, inspirada en la obra de Madre Teresa y promovida por el jesuita australiano*

misionero en Calcuta brother Andrew, la congregación de los «Hermanos Misioneros de la Caridad».

1 de febrero de 1965 *Pablo VI concede a la congregación de Madre Teresa la aprobación pontificia. En el mismo año, establecen la primera fundación fuera de la India: en Caracas y Barquisimeto (Venezuela).*

1967-1968-1969 *Abren casas en Ceilán, Tanzania, Roma y Australia, para atender a los pobres de los suburbios más abandonados.*

26 de marzo de 1969 *Pablo VI aprueba la «Asociación de Colaboradores de Madre Teresa» como afiliada a las Misioneras de la Caridad, pero con estatutos propios.*

1970 *Madre Teresa establece nuevas fundaciones en Australia, Jordania y Londres, donde queda constituido el noviciado de las Misioneras de la Caridad para las aspirantes americanas y europeas.*

6 de enero de 1971 *Recibe de manos de Pablo VI el premio internacional de la paz Juan XXIII. También recibe el premio Buen Samaritano en Boston (Estados Unidos). En el mismo año, abre nuevas fundaciones en Harlem (Nueva York), Belfast (Irlanda del Norte) y Dacca (Bangladesh).*

1972 *Recibe del gobierno indio, que ya le había otorgado el máximo galardón de la «Orden del Loto», el premio Pandit Nehru a la comprensión internacional. Mismo año: abre casas en Israel y las Islas Mauricio.*

1973 (mayo) *Aparecen en español las primeras biografías sobre Madre Teresa, con la propuesta de creación de un grupo de «Colaboradores de Madre Teresa».* Mismo año: *Madre Teresa recibe de manos del príncipe de Edimburgo el Premio Templeton, para el que ha sido elegida por unanimidad, entre 2 000 candidatos de diferentes nacionalidades y religiones, por un jurado compuesto por 10 representantes de otros tantos grupos religiosos mundiales. El premio está motivado por la calidad de su testimonio religioso.*

1974 *Nuevas fundaciones en Lima (Perú), Addis Abeba (Etiopía) y Catherine (Australia).*

1975 *Madre Teresa asiste como representante de la Santa Sede a la conferencia mundial, celebrada en México y organizada por la ONU, con motivo del Año internacional de la Mujer. Recibe de la FAO (organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación) el premio Albert Schweitzer, «como muestra de gratitud por su incansable entrega a los hambrientos y a los pobres del mundo entero».*

7 de octubre de 1975 *Las Misioneras de la Caridad, congregación que no sufre crisis de vocaciones sino que va en constante aumento, celebran las bodas de plata. Todos los grupos religiosos presentes en la India rivalizan en su deseo de adherirse a este acontecimiento.*

31 de diciembre de 1976 *Datos estadísticos en detalle referidos a las Misioneras de la Caridad. Casas en la India: 66. Casas fuera de la India, en diferentes*

países: 34. Número de religiosas, entre profesas, novicias, postulantes y aspirantes: 1 343. Número total de escuelas, asilos, leprosarios, dispensarios, mortuorios, y centros de asistencia, en la India y fuera: 729. Número de alumnos (niños y niñas), huérfanos recogidos, leprosos, moribundos y pacientes en general: 6 544 864.

2 de febrero de 1976 *Apertura de un nuevo centro en Sanaa (Yemen), con escuela para niños y adultos y clases de corte y confección para niñas.*

23 de febrero de 1976 *Monjes benedictinos de la orden camaldulense hacen entrega gratuita a las Misioneras de la Caridad del monasterio de San Gregorio en el Monte Celio de Roma. Las Hermanas de Madre Teresa lo destinan a casa para moribundos (con capacidad para 50 camas) y para asistencia a abandonados recogidos durante la noche en las cercanías de la estación de Términi.*

25 de marzo, 31 de mayo, 25 de julio de 1976 *Apertura de nuevos centros de asistencia y fundaciones de las Misioneras de la Caridad en las siguientes poblaciones de la India: Jaipalguri, Chandigarh y Baruipur. Igualmente, el 8 de enero de 1976 Apertura de una tercera fundación en Bombay, denominada Asha Dan (Regalo de la Esperanza).*

8 de abril de 1976 *Abren en la ciudad de México dos centros: uno para moribundos abandonados y otro para niños huérfanos y abandonados también.*

26 de abril de 1976 *Abren un centro para ofrecer asistencia a cuantos quedaron sin hogar a raíz del terremoto del 4 de febrero del mismo año en Guatemala.*

3 de junio de 1976 *Por primera vez viene a España Madre Teresa, donde ha recibido invitación para establecer un centro de asistencia. En una permanencia de 24 horas escasas, como rápida etapa en su viaje de Nueva York a Calcuta, encuentra tiempo para responder a las preguntas de una rueda de prensa, para ser entrevistada por la radio y la televisión, para dejar sentadas las bases y confirmados los cuadros de la asociación Colaboradores de Madre Teresa, para asistir a dos actos religiosos y, sobre todo, para llevar a cabo una amorosa visita a los suburbios de chabolas de Madrid. Interrogada sobre su decisión respecto a la apertura de uno (o varios) centros de asistencia por las Misioneras de la Caridad en España, Madre Teresa contestó: «Sí, he constatado que hay necesidades urgentes. Pero no esperen a que nosotras vengamos para poner manos a la obra. En este momento tenemos ya 84 solicitudes como la que se nos ha hecho aquí para establecer fundaciones...»*

13 de junio de 1976 *En la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y con la participación del cardenal-arzobispo de Nueva York tiene lugar el establecimiento de una nueva rama, más expresamente contemplativa, de las Hermanas de Madre Teresa. Se trata de las Hermanas de la Palabra, cuya misión es «vivir la Palabra de Dios mediante la adoración eucarística y la contemplación y la proclamación de la*

Palabra al pueblo de Dios, para llevar, con María, madre de la Iglesia, la Palabra hecha carne, a fin de que permanezca en los corazones de los hombres».

8 de abril de 1976 *Apertura de un centro de las Misioneras de la Caridad en México.*

26 de abril de 1976 *Abren un centro de asistencia en Guatemala para socorrer a los damnificados por el terremoto de febrero del mismo año.*

1-8 de agosto de 1976 *Madre Teresa toma parte, invitada por los organizadores del 41.º congreso eucarístico internacional celebrado en Filadelfia (USA), en un simposio sobre el hambre, junto con Dom Helder Câmara y los padres Pedro Arrupe y Bernhard Häring. (La conferencia de Madre Teresa está recogida en las primeras páginas de este libro.) Con el mismo motivo del congreso eucarístico internacional, interviene asimismo en una serie de conferencias sobre el tema «La mujer y la Eucaristía», al lado de Dorothy Day, Rosemary Goldie y Eileen Eagan.*

17 de agosto de 1976 *Encuentro en Taizé (Francia) con 15.000 jóvenes de diferentes confesiones cristianas.*

10 de junio de 1977 *De manos del príncipe Felipe de Edimburgo, canciller de la Universidad, recibe el doctorado «honoris causa» en Teología por la de Cambridge (Inglaterra).*

5 de agosto de 1977 *Inauguran un nuevo centro en Haití.*

15 de agosto de 1977 *Madre Teresa inaugura, con cuatro Hermanas más a él destinadas, un centro de asistencia y servicio a los pobres más pobres en la ciudad más industrial de Holanda, Rotterdam.*

1 de noviembre de 1977 *Se cumplen 25 años (bodas de plata) desde la puesta en marcha de la primera Nirmal Hriday (Casa del Moribundo Abandonado) de Calcuta.*

Enero de 1978 *En dicho mes y en fechas sucesivas, las Misioneras de la Caridad inauguran centros de asistencia a los pobres más pobres en Argentina, Líbano, Panamá.*

15 de mayo de 1979 *Profesión religiosa, en el noviciado de Roma, de la primera Misionera de la Caridad española. Su primer destino tras la profesión es Panamá.*

17 de octubre de 1979 *Premio Nobel de la Paz.*

21 de junio 1980 *Inauguración del primer centro de las Misioneras de la Caridad en España. Calle Sevilla, n.º 3 - Leganés (Madrid).*

27 de junio 1980 *Apertura de un centro en Skopje (Yugoslavia), pueblo natal de Madre Teresa.*

CONTENIDO

Un libro de Madre Teresa	5
Generosidad de los pobres	9
Jesús, María y nosotros	23
La cruz de los pobres (36) Qué es ser «Colaborador» (41)	
El cristianismo es entrega	45
La llamada de Dios	59
Servir a los pobres	75
Queridas Hermanas	107
Sonreír a Jesús	141
La unión nos hará más fuertes	151
Darse con alegría	155
Madre Teresa: datos cronológicos	197

DIRECCIONES EN ESPAÑA

Misioneras de la Caridad
Hogar "Inmaculado Corazón de María"
Paseo de la Ermita del Santo, 46
28011 Madrid

Misioneras de la Caridad
Alfonso Sola, 47
08202 Sabadell (Barcelona)

Otros países de lengua española donde tienen casas son: Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Cuba, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay, Venezuela. También en Estados Unidos y Filipinas, Portugal y Brasil.

Hermanos Misioneros de la Caridad
Quijada de Pandiellos, 77
28018 Madrid

Otros países de lengua española donde tienen casas los Hermanos son: Bolivia, Colombia, Guatemala, Honduras, México, República Dominicana, Salvador. También en Estados Unidos, Haití, Francia, Italia, Gran Bretaña, Suecia, Finlandia y Filipinas.

Obras sobre y de la MADRE TERESA DE CALCUTA

La alegría de darse a los demás

El mensaje espiritual de la Madre Teresa

11 × 18 cm. • 204 páginas • fotos en blanco y negro • 10.ª edición

Seremos juzgados sobre el amor

(Mensajes de la Madre Teresa recogidos y comentados por José Luis González-Balado)

14 × 21 cm. • 190 páginas • fotos en color y en blanco y negro • 3.ª edición

JOSE LUIS GONZALEZ-BALADO

El sari y la cruz

(La vida y obra de la Madre Teresa de Calcuta)

14 × 21 cm. • 360 páginas • fotos en blanco y negro y color

MISMO AUTOR

La Sonrisa de los Pobres

(Anécdotas de la caridad de la Madre Teresa)

14 × 21 cm. • 238 páginas • fotos en blanco y negro y color • 4.ª edición

JOSE LUIS GONZALEZ-BALADO

JANET N. PLAYFOOT

Apuesta por Cristo en los Pobres

(La aventura espiritual del Hermano Andrew)

14 × 21 cm. • 186 páginas • fotos en blanco y negro y color

EDICIONES PAULINAS